



*Balada  
de amor para  
un soldado*

∞ NUT ∞

# Índice de contenido

[Portada](#)

[Entradilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primer movimiento.](#)

[Obertura](#)

[Segundo movimiento.](#)

[Interludio](#)

[Tercer movimiento.](#)

[Crescendo](#)

Cuarto movimiento.

Appassionato

Quinto movimiento.

Fine

Agradecimientos

Más nowevolution





*Balada  
de amor para  
un soldado*

∞ NUT ∞

.nowevolution.

EDITORIAL

Título: **Balada de amor para un soldado.**

© 2016 **Nut.**

© Diseño Gráfico: **Nouty.**

Colección: **Noweame.**

Director de colección: **JJ Weber.**

Editora: **Mónica Berciano.**

Primera Edición octubre 2016

Derechos exclusivos de la edición.

© nowevolution 2016

**ISBN: 9788416936045**

**Edición digital noviembre 2016**

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

[www.nowevolution.net](http://www.nowevolution.net) / Web  
[info@nowevolution.net](mailto:info@nowevolution.net) / Correo  
[nowevolution.blogspot.com](http://nowevolution.blogspot.com) / Blog  
[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / Twitter  
[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolutioned) / **Facebook**  
[nowevolution](https://plus.google.com/nowevolution) / **G+**





*Para Juan Carlos, porque sin  
él,  
en mi vida no habría música  
ni amor.*



*La música es el verdadero lenguaje  
universal.*

*Carl Maria von Weber.*  
*Compositor alemán.*

# Primer movimiento.

## *Obertura*

Idris Mackie echó la cabeza hacia atrás con perezoso gesto. Las rastas que componían su peinado, gruesas, largas y suaves, se deslizaron por sus hombros y le acariciaron la desnuda y bronceada espalda. Cerró los ojos y con languidez se acercó a los labios el canuto de maría. Aspiró con fuerza y el humo

picante y especiado le llenó la boca y la garganta colándose hasta los pulmones. Allí lo retuvo unos segundos antes de dejarlo escapar justo en el instante en que una nueva andanada de placer se expandía por su bajo vientre. Entreabrió los párpados y ladeando la mirada, contempló la cabeza de Chace ascender y descender entre sus muslos; la vigorosa cadencia con la que le chupaba el pene le resultaba casi hipnótica. Abrió un poco más las piernas y adelantó la pelvis, con cuidado de no resbalar del escritorio en el que tenía apoyado el trasero.

Chace, de rodillas en el suelo, alzó los ojos hacia Idris, y sus labios, que

abarcaban con apetito la tumefacta carne, se tensaron en algo parecido a una sonrisa. Tragó, bajando enérgico hasta que la nariz se le hundió en el negro y ensortijado vello, y volvió a subir, liberándole con un ahogado jadeo.

—Dame una calada —reclamó.

Idris aproximó al rostro de Chace la mano en la que sostenía el porro, pero en vez de satisfacer la demanda de este, tironeó de algunos de los rubios mechones que le caían anárquicos sobre la frente.

—Primero termina —le exigió con malicia, dando una nueva calada al cigarrillo cuyo extremo se consumió con un leve chisporroteo y un destello ígneo.



Chace insinuó una lasciva sonrisa.

—Con gusto.

Antes de que pudiera tomar de nuevo con su boca el oscuro miembro, Idris le detuvo colocándole el pie sobre el hombro.

—Menéatela.

—¿Te pone cachondo mirarme? —  
inquirió burlón. Enderezó el torso y separó las rodillas, y agarrándose con una mano el erecto pene, rosado y luengo, comenzó a bombearlo sin prisas —. Aprovecha. —Con la mano libre se pellizcó repetidamente uno de sus pezones—. No te pierdas detalle —  
siseó, sacudiendo apenas las caderas al compás del lúbrico movimiento de su

muñeca.

Absorto en la escena onanista que el joven le brindaba, Idris jugueteó con la esfera plateada del piercing que lucía bajo el labio inferior. Saboreó una nueva calada y, a través del humo que expelió por la nariz, observó el veinteañero rostro de Chace relamiéndose complacido.

De todos sus amantes ocasionales, aquel tipo era el que mejor se ajustaba a sus preferencias: ni bajo ni demasiado alto como para sobrepasarle, cuerpo esbelto, proporcionado y no muy musculoso, aunque sin llegar a ser enclenque; lampiño, si bien con una abundante cabellera; tenía unos bellos

rasgos varoniles y ninguna tendencia al amaneramiento. Además, era desinhibido, promiscuo y abierto a nuevas experiencias, le gustaba ceder el mando en la cama, tenía sentido del humor y rechazaba abiertamente cualquier tipo de atadura sentimental, justo lo que esperaba encontrar en los hombres con los que se acostaba.

Siguió con el pie la línea perfilada de la clavícula y bajó por el pecho apretando los dedos contra la pálida piel. Chace se mordió el labio inferior y soltó una risita juguetona. Idris se fijó en su rostro: cuando estaba excitado, las mejillas se le teñían de escarlata y sus verdosos ojos bizqueaban.

—Sigue mamando. —Idris se agarró el miembro por la base y lo agitó haciéndolo oscilar pesadamente—. ¿O no sabes hacer dos cosas a la vez?

Con el talón le dio un par de golpecitos en el pene para entorpecer sus movimientos. Chace le agarró el tobillo con un gesto repentino y se arrimó el pie a la boca. Su lengua asomó obscena entre los delgados labios y con especial deleite lamió el dedo gordo, después lo engulló haciéndolo desaparecer dentro de su boca. Idris le apresó los cabellos y tiró de ellos, no muy fuerte, pero sí lo suficiente como para persuadirlo de que le soltara el pie.

—No es eso lo que te he pedido que

chupes —le reconvino, inclinándose un poco sobre su rostro al tiempo que le obligaba a torcer la cabeza a un lado.

Chace entornó los párpados y movió insinuante la lengua en el aire.

—Tendrás que ser más claro —objetó.

Idris jaló de sus cabellos hasta lograr que la boca de Chace, quien tan solo opuso una teatral resistencia, quedara pegada a sus testículos.

—¿Suficientemente claro?

Chace alzó su sofocada mirada hacia Idris y le dedicó una ancha sonrisa antes de besar con cuidado los apretados genitales.

—Métemela en la boca, Mackie —pidió, emitiendo un corto gemido.

Idris, que aún tenía los dedos enredados en los cabellos de Chace, guio su miembro dentro de la boca de este mientras le retenía la cabeza, forzándolo a que lo recibiera por completo e imponiéndole, con despreocupado gesto, su propio ritmo. Cerró los ojos, abandonándose al lúbrico calor que envolvía su pene. La húmeda caricia de la lengua, los labios, el ocasional roce de los dientes en la tensa piel, le proporcionaba un placer indescriptible que ascendía a oleadas desde su entrepierna para, como vibrantes pulsaciones, irradiarse por todo su ser. Escuchó los sofocados gruñidos de Chace y percibió su

agitación, su urgencia, la trémula tensión de su cuerpo al borde del orgasmo, y al abrir los ojos pudo contemplar como un chorro de semen brotaba del miembro de su amante, derramándose en el suelo y salpicando de lechosas gotas la crispada mano con la que se masturbaba. Una mueca sarcástica curvó los carnosos labios de Idris cuando Chace trató de apartar la cabeza.

—Solo un poco más —le instó con voz ronca.

Chace, disciplinado, intensificó la cadencia con la que devoraba el miembro; sus ondulados cabellos se sacudían aventados por el entusiasmo que imprimía a su boca. Idris volvió a

entornar los párpados sobres sus iris color avellana, se acercó el canuto a los labios y esperó el anuncio del incipiente destello de placer enredándose en sus entrañas para darle una potente calada. La aspereza del humo le invadió los pulmones al tiempo que el delicioso orgasmo estallaba en las profundidades de su ser, enturbiándole los sentidos. Apoyando la mano libre en el escritorio y la otra en la nuca de Chace, adelantó la cadera impeliéndose más profundamente en su amante. Este refunfuñó, pero permitió que el pene permaneciera dentro de su boca hasta que notó que dejaba de latir contra la lengua. Sacudió la cabeza para zafarse



del agarre de Idris y se sentó en el suelo restregándose con el dorso de la mano los labios, torcidos en una descontenta mueca.

—Siempre me haces lo mismo, cabrón —se quejó.

Idris se inclinó hacia delante y le tendió lo que quedaba del porro.

—Porque sé que te gusta.

—Eres un puerco, Mackie —le acusó, sonriendo con socarronería antes de dar una rápida chupada al cigarrillo.

—El que se lo ha tragado eres tú —replicó indiferente. Se levantó del escritorio y con un gesto vago le alborotó los cabellos—. Usa los pañuelos de papel para limpiar el suelo

—le indicó, señalando con el pulgar por encima de su hombro hacia una caja que había entre los papeles, revistas y demás objetos, dispersos por el escritorio.

—No me metas prisa —protestó, concentrado en las caladas que daba al canuto—. Deja que me lo termine.

Idris, ajustándose la banda elástica que mantenía las rastas apartadas de su rostro, se aproximó con paso indolente al sofá ubicado en centro del diáfano apartamento y tomó su pantalón vaquero del respaldo, donde había ido a parar durante los expeditivos preliminares de su encuentro sexual. Lo vistió sin prisas y tras recoger del suelo los slíps de Chace y su pantalón, se los tiró a la

cabeza.

—¿Quieres una *birra*? —le preguntó mientras se dirigía a la nevera, un viejo armatoste blanco y salpicado de abolladuras situado entre la pequeña cocina modular y la puerta de la calle.

—Quiero una ducha.

—Eso en tu casa.

Abrió el frigorífico; en las baldas abundaban las latas y botellas de cerveza Budweiser y escaseaban los alimentos. Se decidió por una lata y apoyado en la puerta, con el aliento fresco de la nevera enfriando el sudor que perlaba su espalda, la abrió y tomó un par de largos tragos.

—No me voy a quedar a vivir —

aseguró Chace. Hablaba con los brazos descansando sobre sus rodillas flexionadas y la mirada perdida en las deshojadas copas de los árboles que se avistaban desde la ventana situada a la izquierda del escritorio—. Solo quiero quitarme las babas que has dejado por todo mi cuerpo.

Idris soltó un resoplido burlón antes de beber un poco más de cerveza.

—Hace un rato no te daba tanto asco mi saliva —comentó, cerrando la nevera con el pie.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta y Chace se levantó de un salto.

—¿Esperas a alguien? —preguntó en un susurro, con los ojos muy abiertos y

el canuto tan alejado de su cuerpo como la longitud del brazo le permitía—. ¿Qué hago con esto? —Al hablar sacudía la mano en el aire al tiempo que lanzaba nerviosas miradas a su alrededor.

—No seas paranoico y tranquilízate —gruñó—. No es la antivicio.

Chace se apresuró a recoger del suelo la ropa que Idris le había lanzado mientras manoteaba en al aire dispersando el humo.

—¿Seguro? —desconfió, tratando de colocarse los pantalones sin quemarlos con el cigarrillo.

Idris puso los ojos en blanco. Fue hacia la puerta y miró a través de la

mirilla. El ceño se le frunció, tanto que sus arqueadas y tupidas cejas casi se le unieron sobre el puente de la nariz.

—Joder —profirió entre dientes—. ¿A qué viene este ahora?

Chace empujó torpemente los slip dentro del bolsillo del pantalón.

—¿Quién es?

—Un gilipollas —suspiró.

Abrió la puerta a medias y se apoyó en el quicio, contemplando con apatía al hombre alto y atractivo, de mirada irónica, sonrisa ladina y blazer de lana gris, que aguardaba en el umbral.

—¿Qué buscas, Brian?

—Buenas tardes a ti también. —Sus grises ojos recorrieron apreciativos el

torso recio y salpicado de vello que exhibía Idris—. ¡Menudo recibimiento! Te traigo el correo. —Sacudió un puñado de sobres en el aire y cuando el otro hizo ademán de atraparlos, empujó la puerta y se coló dentro del apartamento—. ¿Interrumpo? —inquirió con socarrón tono al ver a Chace, el cual, visiblemente confuso, permanecía muy tieso ocultando a su espalda el canuto.

Idris cerró la puerta con un sonoro portazo.

—Teniendo en cuenta que no eres bienvenido... —Le arrebató las cartas de la mano y bebió de la lata mientras les echaba un rápido vistazo—. ¿Cómo

las has conseguido?

—Tienes la cerradura del buzón rota —respondió sin apartar la vista de Chace. Chasqueó los dedos en su dirección—. Te conozco. Paras por el Ty's, ¿verdad?

El aludido le brindó una de sus estudiadas sonrisas de chico encantador e ingenuo.

—Sí, me dejo caer por allí algún sábado. Me llamo Chace Norton.

—Brian Willis.

—Que tenga la cerradura rota no te da vía libre a hurgar en mi correspondencia —intervino Idris.

Tiró las cartas sobre el escritorio. Sacó un par de pañuelos de la caja y se



acuclilló. Mientras frotaba el suelo con el papel para retirar los restos de semen, miró de soslayo a los dos hombres; ambos sonreían seductores mientras se estudiaban mutuamente con ojo de experto.

«Previsible», pensó con despreocupación.

Brian era un consumado cazador que rara vez dejaba escapar una buena pieza, y Chace una presa innata que gustaba de ser cazada. Reunirlos a los dos solo podía conllevar un único resultado.

Tiró los pañuelos a una papelera de metal que había bajo el escritorio y aproximándose a su amante le quitó de los dedos el canuto. Al ver que solo

quedaba de él una colilla apagada, masculló una maldición y lo lanzó también a la papelera.

—¿Me vas a decir qué quieres, Brian?

—Se sentó de golpe en el sofá y tras sacar el mando a distancia del televisor de entre dos cojines, encendió el aparato ubicado en el suelo—. Tengo cosas más interesantes que hacer que perder el tiempo contigo.

En la pantalla plana apareció la imagen de un pomposo hombre del tiempo que con tono impostado, informaba sobre la previsión atmosférica para Manhattan y sus alrededores.

—Yo tengo que irme ya —anunció

Chace.

Se arrodilló y comenzó a buscar sus deportivas bajo el sofá.

—He venido a pedirte un pequeñísimo favor —empezó a explicar Brian. Su mirada recaló en el tonificado trasero de Chace que se movía al ritmo de su gateo—. Por cierto, he visto a ese vecino tuyo, el moreno de los ojos azules, ¿cómo se llamaba? ¿James?

—Jon —le corrigió Idris, ladeando el cuerpo un poco para que Chace pudiera hacerse con la camiseta sobre la que se había sentado.

—Suelo verlo en la cafetería en la que trabaja y cada vez me parece más atractivo. Me estoy pensando ir a por él.

Idris se llevó la lata a los labios pero no bebió. Por un momento se sintió tentado de contarle que su vecino estaba felizmente emparejado con el paramédico del 2A, pero eso solo habría servido para alentar de forma exorbitada el interés de Brian por Jon, y este le simpatizaba lo suficiente como para no hacerle una jugarreta semejante.

—¿Y a mí qué me importa? —rezongó. Se decidió a dar un trago a la cerveza mientras seguía las floridas evoluciones del presentador ante al mapa virtual de la ciudad—. Como si quieres hacértelo con el resto de vecinos.

Chace, que había conseguido completar su vestimenta, le quitó la lata

de la mano y tras beber de ella varios sorbos, se la devolvió.

—Me voy. Nos vemos otro día, ¿ok?

Idris sacudió la mano en el aire en señal de despedida. Chace se dirigió a la puerta y al pasar junto a Brian le obsequió con una sugerente mirada.

—La próxima vez que nos encontremos podrías invitarme a una copa —le insinuó.

—¿Por qué no?

Brian lo siguió con la vista mientras se marcha, deleitándose en la contemplación de su atractivo cuerpo.

Al escuchar cerrarse la puerta, Idris contó mentalmente:

«Tres, dos, uno...».

—¿Estáis saliendo? —inquirió Brian mientras se despojaba del blazer.

Una torcida sonrisa acudió al rostro de Idris; Brian seguía resultando estúpidamente predecible.

—Sabes de sobra que no.

Se sentó en el brazo del sofá arremangándose el jersey azul marino que llevaba debajo.

—Lo digo porque si estuvierais juntos yo...

Idris lo miró.

—¿No intentarías follártelo? —En sus ojos de dilatadas pupilas podía leerse una cáustica ironía—. ¡Venga ya! Los dos sabemos que lo que de verdad te «pone» es inmiscuirte en una relación.

El rostro de Brian adoptó con descaro una fingida expresión de asombro.

—¿Cómo puedes pensar algo tan ruin de mí? —le reprochó exhibiendo una falsa compunción—. Parece mentira que siendo amigos desde hace tanto tiempo me creas capaz de algo semejante.

«¿Amigos?», consideró con cinismo Idris.

Era cierto que ambos se conocían desde hacía años, a decir verdad, demasiados; pero de ahí a juzgarlo como un amigo...

De niño, los padres de ambos, no solo vecinos sino también viejos e íntimos amigos, les obligaban a ir y venir juntos de la escuela. Juntos almorzaban, hacían

los deberes escolares, jugaban, y ello porque los señores Willis creían que su hijo Brian, bajo para su edad, menudo y aparentemente mansurrón, necesitaba un amigo leal y, además, uno con la seguridad en sí mismo de Idris y su talante impertérrito, que mantuviera a raya a los matones. Lo que los adultos ignoraban era que Brian obtenía amigos siempre que se le antojaba y enemigos también, y que a todos sabía bien cómo conducirlos.

Si evocaba al Brian de su infancia, se le venía a la mente la imagen de un crío de sonrisa taimada y naturaleza egoísta, un pequeño estafador, manipulador y caprichoso hasta la pataleta, travestido



de angelical criatura, quien, disponiendo la realidad a su antojo con un batir de sus rizadas y largas pestañas o un mohín candoroso, era capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera. Lo adultos y los otros niños que pululaban a su alrededor sucumbían fácilmente a sus ardides. Idris, en cambio, tal vez porque desde pequeño había sido un niño de carácter firme, quizás porque era demasiado terco para doblegarse, demasiado suspicaz para que Brian pudiera engatusarlo o solo porque pasaban muchas horas en mutua compañía, había llegado a conocerlo lo suficientemente bien como para no caer en la trampa de sus cándidas miradas ni

de su labia.

Si se sentía objeto de sus maniobras, ignorarlo solía dar buenos resultados, la mayoría de las veces. Otras, no era sino con una buena tunda como lograba que le dejara en paz. Vapulear a Brian había promovido algunos de sus peores castigos, pero, por sorprendente que resultase, no fue motivo para que los señores Willis decidieran que su hijo podía estar en mejores compañías ni para que este optara por buscar amistades más dóciles. De hecho, Idris no se libró de él ni siquiera cuando tras terminar la primaria sus padres lo enviaron interno cinco años a la Escuela de Música Juilliard de Nueva York y

cuatro al Real Conservatorio de Música de Canadá. Al regresar por vacaciones a su hogar, allí le estaba esperando siempre Brian, cada año un poco más protagonista y antojadizo, un poco más manipulador.

Cuando Idris decidió cortar los lazos con familiares y amigos y emprender una nueva etapa lejos de su Washington natal, creyó que por fin también dejaba atrás a Brian. Unos meses después de instalarse en Nueva York se lo encontró en un bar de ambiente del Village; aquello le pareció una jugarreta del karma.

Hacía tiempo que Brian había dejado de ser el niño bajito y escuálido de

añaño, con su metro setenta y cinco le aventajaba en unos centímetros; tampoco poseía ya el rostro de un dulce querubín, aunque el conjunto de sus facciones, armoniosas y seductoras, le conferían un magnético atractivo al que sabía sacarle muy buen provecho. Trabajaba como adjunto en un bufete de abogados y empleaba su tiempo libre en llevarse a la cama a cuantos hombres se le cruzaban en el camino y, tanto ejerciendo de abogado como de amante, era famoso por su habilidad para alcanzar, sin importar cómo, sus objetivos.

—Brian, me aburres. —Volvió la vista hacia el televisor. El hombre del tiempo

había dado paso a un presentador que hablaba enseñando su blanca y perfecta dentadura—. Si no me dices ya qué has venido a pedirme, te saco a patadas del apartamento.

—Quiero que me prestes tu violín.

Idris alzó una ceja, suspicaz.

—¿Mi violín?

—Te aseguro que no te lo pediría si no supiera que ya no tocas. —Se inclinó un poco hacia él con los labios levemente arqueados en una capciosa sonrisa—. Porque no lo haces, ¿verdad? Por lo menos desde aquella escena tan desagradable de hace dos años con tus padres, ¿me equivoco? Creo que fue el día de tu veintitrés cumpleaños.

—¿Escena? —repitió en un tono pausado y áspero. Al mirar a Brian directamente a los ojos distinguió la malicia bailando en el gris perlado de sus iris—. Tú no estabas allí. No hables de lo que no sabes.

—Pero mi madre sí. Ella me lo contó. La nuestra sigue siendo una buena relación filial —añadió, poniendo especial hincapié en que sus últimas palabras sonaran mordaces—. Pero oye, no pretendo remover el pasado ni que te disgustes; entiendo que el vínculo entre un músico y su instrumento es muy especial y místico. —Se frotó el castaño y bien cortado cabello como si algo le preocupara—. ¿Sabes qué? Olvídalo.

No lo quiero. ¡Qué insensible por mi parte! A pesar de lo sucedido aún debes de sentir esa unión especial que todo músico tiene con su instrumento, ¿cómo podrías dejar que otras manos lo tocasen? Definitivamente, no lo quiero.

Idris soltó un largo suspiro.

—Si quieres el violín, llévatelo. — Colocó la lata en el suelo y se puso en pie—. Pero deja la psicología inversa para los críos de chupe.

Brian entornó los párpados y arrugó los labios en una mueca divertida. Lo observó agarrar una silla y dirigirse hacia el armario empotrado que había al fondo del apartamento, a un lado de la puerta del baño.

—Vale, no he sido muy sutil, la próxima vez prometo esforzarme más.

—¿Para qué lo quieres? —Abrió el armario y tras subirse a la silla comenzó a rebuscar entre los variopintos objetos que se hacinaban en el altillo—. Ni siquiera te sabes el orden de la escala musical.

—Para ligarme a un tío.

—¿Por qué no me sorprende? —ironizó, torciendo la boca en una mueca de asco.

—Es un cliente del bufete —comentó distraído, examinándose la cuidada manicura—. Uno de esos entusiastas de la música clásica con pase de temporada para NYPO<sup>1</sup>. Ya sé, ya sé, suena a tipo



aburrido, pero tendrías que ver su cuerpo y su...

1 - Abreviatura en ingles de la *New York Philharmonic Orchestra*.

—¿Crees que haciéndote pasar por violinista vas a ligártelo? —le interrumpió. Metió el brazo entre los cachivaches y lo sacó de un tirón con la mano asida al asa de un desgastado estuche de violín. Lo lanzó sobre la revuelta cama y bajó de la silla—. ¿Qué harás si te pide que toques para él?

—Para entonces ya me habré metido en su cama —respondió encogiendo los hombros en un despreocupado gesto. Fue hasta la cama y sosteniendo el estuche entre las manos, lo examinó con atención—. Y me traerá sin cuidado que

sepa que no soy un Pavarotti.

—Pavarotti era un tenor —le corrigió, aburrido—. De verdad que no te entiendo, Brian. No necesitas inventar chorradas para follar, te basta con entrar en un bar y chasquear los dedos.

—¡Sí! —exclamó entre irónico y arrogante—. Y no puedes hacerte a la idea de lo tedioso que llega a ser. Por eso hay que buscar retos como mi melómano, que alivien la rutina del sexo fácil. —Pasó los dedos por las grietas, que como arrugas en un rostro anciano, surcaban la superficie de cuero del estuche—. Un hetero convencido siempre es un gran hándicap.

—¿Hetero?

Idris le quitó el violín de las manos y lo llevó hasta el escritorio.

—¿Qué pasa? —inquirió Brian, desconcertado.

—Esa clase de tonterías pueden joderle la vida a la gente.

Brian adoptó una expresión de burlona incredulidad.

—No exageres, hombre —dijo, apoyando las manos en las caderas con aire indolente—. No es como si fuera a incitarle a consumir crack. Más bien le estoy haciendo un favor al ampliar sus horizontes sexuales. Además, ¿desde cuándo te preocupa alguien que no seas tú?

Idris se recostó contra el escritorio

cruzando indiferente los brazos.

—Lárgate, Brian.

—Espera un momento. —Se le acercó despacio, con una sensual sonrisa perfilando sus labios—. No estarás celoso, ¿verdad? —Alargó la mano y con el dedo índice recorrió un camino imaginario alrededor del pezón de Idris—. Porque si es así, ya sabes que solo tienes que pedírmelo con amabilidad.

—¿Nunca te cansas de intentarlo? —preguntó, asqueado.

Brian se inclinó un poco sobre su rostro. Un pujante deseo había tornado turbia su mirada.

—No quiero morirme sin probar esta *delicatessen* —suspiró con golosa voz.

Entreabrió los labios y los acercó peligrosamente a la boca de Idris. Este no se inmutó, pero sus almendrados ojos se entrecerraron amenazantes y una leve tirantez endureció su mentón.

—No sé por qué te sigo aguantando — masculló. Con un parco gesto apartó la mano del abogado—. No sé por qué te dejo entrar en mi apartamento, por qué escucho tus sandeces. Ni siquiera sé por qué sigo dirigiéndote la palabra. Debo de ser masoquista o gilipollas.

—Nada de eso. —Su sonrisa se acentuó transformándose en una mueca de complacencia. Ladeó un poco la cabeza y al inclinarse sobre la oreja de Idris sus mejillas se rozaron—. Es

mucho más sencillo —susurró—. Me aguantas porque a diferencia de tu familia, a mí no me importa que seas un fracasado.

Idris solo tardó unas milésimas de segundos en hundir el puño, de forma certera y contundente, en la boca del estómago de Brian. Este, emitiendo un quejido gutural, se dobló en dos por la cintura y, boqueando como un pez fuera del agua para poder respirar, retrocedió un par de torpes pasos sosteniéndose en un vacilante equilibrio. Idris lo observó impasible, con los brazos cruzados sobre el pecho y un adusto rictus en la boca.

—¿De verdad, Idris? —farfulló con

las manos en las rodillas y el rostro desencajado—. ¿No tienes mejor argumento que la violencia?

—Fuera —fue su tajante réplica.

—Ya no somos niños. —Brian intentó incorporarse, pero la intensidad del dolor le hizo desistir.

—Por eso mismo harías bien en irte —le advirtió—. Ya no tengo razones para contenerme.

Resoplando, se enderezó a medias, aún con el semblante macilento y la mirada lacrimosa.

—No me lo digas. —Trató de sonreír pero solo consiguió componer una línea torcida—. Me voy olvidando del violín.

Idris se acomodó en el ancho antepecho de la ventana, con las piernas flexionadas y el canuto que acababa de encender entre los labios. Desde allí observó al abogado cruzar la calle a la carrera esquivando el tráfico; aún trastabillaba un poco al andar cuando desapareció tras la esquina.

—Debería haberle sacudido más fuerte.

Cerró los párpados y, con languidez, después de darle una larga calada, retiró el cigarrillo de sus labios. Al cabo de un rato volvió a abrirlos y sus ojos buscaron el estuche del violín que



permanecía olvidado sobre el escritorio. Le resultaba molesto admitir que se alegraba de haber reconsiderado prestárselo a Brian, porque ello suponía aceptar que aún le importaba el viejo trasto, que todavía sentía apego por él y por lo que habían compartido durante tantos años.

A lo largo de su vida había poseído varios violines y todos comprados por sus padres. El primero fue uno de estudio de tamaño  $1/4^2$ , sin marca conocida, tosco y barato, perfecto para un niño que solo buscaba que le prestaran atención. Y es que a muy temprana edad, debido al escaso interés que sus padres —él reputado

cardiólogo, ella afamada escritora—  
ponían en atender sus necesidades  
afectivas, se vio obligado a desarrollar  
ciertas estratagemas con las que lograr  
captar esa atención que le escatimaban.  
Una de ellas era fingir afición por  
pasatiempos y proyectos que eran más  
del agrado de sus padres que del suyo, y  
abandonarlos al cabo de unas semanas.  
Semejante desidia decepcionaba  
profundamente a sus progenitores por lo  
que opinaban era una actitud inaceptable  
en su vástago y, durante unos días, en los  
que Idris, para su felicidad, se convertía  
en el centro de su mundo, se esforzaban  
por tratar de cambiar tal naturaleza  
inconstante y caprichosa. Por ello,

cuando les hizo partícipes de su intención de aprender a tocar el violín, sus padres, imaginando que el final del instrumento sería hacerle compañía a la raqueta de tenis, la silla de montar, los útiles de pintura y el arco de precisión que acumulaban polvo en un rincón del sótano, optaron por adquirir el violín más económico del mercado y contratar los servicios del señor Zukerman, un veterano profesor de música retirado que, debido a la artritis que le deformaba las manos, se había visto obligado a rebajar hasta el ridículo el precio de sus clases particulares. Contra todo pronóstico, Idris no solo perseveró en aquella nueva afición sino que se

sumergió en el aprendizaje del violín con un insospechado entusiasmo. Un año después el viejo Zukerman se reunió con sus padres y, con la voz quebrada por la emoción y un brillo húmedo en la mirada, les dijo:

2 - Clasificación de los violines según su tamaño: 4/4 es el de mayor tamaño destinado a los adultos, 3/4, 2/4 y 1/4 son los utilizados por jóvenes y niños.

—Señores Mackie, el talento de su hijo es un diamante en bruto. Se lo ruego, encuentren a alguien capaz de pulir su genio innato.

Después de aquello, sus progenitores comenzaron a mirarle con unos ojos donde la extrañeza y el orgullo se mezclaban a partes iguales, y a trazar con minuciosidad el futuro de su hijo.

Tras concluir sus estudios de primaria,

Idris aprobó sin muchas dificultades los exámenes de ingreso para la Juilliard. La noche antes de su marcha, el señor Zukerman acudió a su casa para despedirse. Llevaba consigo un estuche de violín ajado como él y oscurecido por el tiempo, que colocó sobre sus manos con reverencia.

—Es para ti —le dijo, acariciando su suave superficie con unos dedos huesudos y deformados—. Para que no te olvides de tu primer maestro.

—Es demasiado grande para mi violín —fue la áspera respuesta de Idris. En su interior un repentino e incomprensible enojo le instaba a ser desagradable con aquel hombre al que tanto quería—. No

me sirve.

—Ya verás como sí —replicó, atusándole con ternura los cabellos—. Pronto tendrás un violín que encaje en él a la perfección.

—¡No lo quiero! —había proclamado entre sollozos, mientras las lágrimas rodaban por sus infantiles mejillas y estrechaba la funda contra su pecho con tanta fuerza que los brazos le temblaban.

El viejo Zukerman tenía razón. El día que sus padres le dejaron en la estricta residencia estudiantil que sería su hogar durante los siguientes cinco años, le regalaron su segundo violín, un costoso Giuseppi de estudio, de madera flameada y quejosa sonoridad, a quien

sus manos supieron doblegar pronto, y cuyo sinuoso cuerpo encontró un hogar perfecto en el viejo estuche. Cuando cumplió los quince años llegó el Stradella, una pieza soberbia para profesionales, elegante, bella y armónica, con una voz engañosamente dócil que hendía el aire con quebrada inflexión. Los señores Mackie se presentaron por sorpresa en Nueva York con aquella joya bajo el brazo, con la supuesta intención de celebrar su cumpleaños.

Henchido de felicidad por la inesperada visita, dispuesto a disfrutar por primera vez en muchos meses de la compañía de unos padres que rara vez

prodigaban su cariño, les acompañó hasta un lujoso restaurante, donde la ilusión de tan prometedora velada terminó por desbaratarse al descubrir que el verdadero protagonista de la noche era un importante promotor musical que, exhibiendo una gran sonrisa de tiburón, les esperaba sentado en la mejor mesa. La cena transcurrió entre exquisitos platos de cocina francesa y ofertas para futuros recitales y giras, los cuales se llevarían a cabo durante la época estival para que el «talentoso muchacho», como lo llamaba aquel individuo fatuo y condescendiente, no tuviera que perder clases en el conservatorio.



Antes de que llegaran los postres, Idris había agarrado la mano de su madre para captar su atención.

—Por favor, quiero volver a casa —le suplicó en voz baja.

Su madre, hermosa siempre, pero especialmente radiante aquella noche, le regaló una dulce sonrisa y, tras acariciarle la mejilla, replicó:

—Tranquilo, regresaremos a la residencia antes de que cierren.

—Allí no, mamá. —Y al hablar, su doliente voz había delatado la desesperación de su corazón—. ¡A casa!

Aquel verano fue un agotador, ir y venir por todo el país de recital en recital, acompañado por una estirada

asistente cuarentona, violonchelista frustrada, que apenas si le permitió hacer otra cosa aparte de dormir, comer y tocar. El bello Stradella fue quien más padeció, condenado a sufrir la rabia que Idris ya no lograba contener, nacida de la impotencia y el desconsuelo de tener que vivir una vida que sentía que no le pertenecía y del rencor hacia la música, que comenzaba a crecer inexorablemente en su interior solapado con el que llevaba años forjando contra sus progenitores.

Cuando fue aceptado en el Real Conservatorio de Música de Canadá, sus padres le regalaron, para sustituir al maltratado y casi irreconocible

Stradella, el que sería su último violín.

—Un concertista de tu talla merece un instrumento que esté a su altura —había asegurado su padre con teatralidad, entregándole el costoso estuche que contenía el nuevo violín.

Idris no se dignó a abrirlo, lo que provocó la silenciosa cólera de su padre y una hostil contrariedad en su madre.

Unos días después, una vez instalado en su nueva residencia en Canadá, descubrió que lo que había despreciado era, ni más ni menos, que un extraordinario Cremona rojo sangre, de cuerpo esbelto y curvas equilibradas, fabricado en maderas de arce y abeto, tan suave al tacto que parecía estar

envuelto en seda y con una sonoridad capaz de hacer vibrar el aire a su alrededor como azotado por una tormenta eléctrica. Tardó casi seis meses en someter su orgullosa voz, en adiestrar sus cuerdas, que se empeñaban en revelarse y herirle los dedos hasta hacerle sangrar; en hacer suya su fuerza, su indescriptible y bello sonido, en aprender a amarlo y odiarlo. Fue su único compañero en las giras por Europa y Asia de los siguientes años, su único paño de lágrimas, el resignado consignatario de su resentimiento, y el único objeto en su vida que le unía aún al pasado.

Con un gruñido de frustración y algo de torpeza, consecuencia de la marihuana, se levantó del antepecho para acercarse al escritorio. Se quedó contemplando el estuche y un poco de ceniza del porro que sostenía entre los labios cayó sobre él. Con ambas manos limpió la ajada superficie.

Las mejores, las más soberbias melodías que había interpretado en su vida, aquellas que casi rozaron la perfección, las había alumbrado con el palpitante corazón de madera, de iridiscente piel y poderoso canto que, condenado al silencio y al ostracismo desde hacía ya más de dos años, descansaba allí, en el interior del

estuche del viejo Zukerman.

Rozó con la yema de los dedos los deslustrados cierres metálicos sintiendo que la tentación de abrirlos le cosquilleaba los brazos como electricidad. Pero antes de dejarse arrastrar, cerró las manos en un par de apretados puños y, mascullando una maldición, le dio una patada a la mesa. Agarró el asa del estuche y tiró de él con rabia. Al levantarlo, las cartas que estaban debajo cayeron en cascada al suelo.

—¡Joder! —profirió sin separar los labios.

Se agachó para recoger los desparramados sobres y entonces sus

ojos recalaron en el nombre que aparecía en la esquina superior de uno de ellos.

—¿Soldado Kevin Miller? —leyó, parpadeando con fuerza para alejar el aturdimiento que comenzaba a rondarle.

La carta procedía de la base militar de Fort Hamilton, en Brooklyn, más exactamente de la Sede de la División del Atlántico Norte del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos, como varios sellos oficiales estampados debajo del nombre del remitente así atestiguaban.

Se sentó en el suelo, sopesó el sobre color sepia y lo miró al trasluz. Estaba seguro de que no conocía a nadie

llamado Kevin Miller, mucho más si el tipo era un soldado; su visceral antimilitarismo le mantenía alejado de todo aquello que pudiera oler a castrense. Por ello le desconcertaba bastante que su nombre y su dirección aparecieran clara y correctamente escritos en el lugar del destinatario. Tras leer de nuevo varias veces sus datos para asegurarse de que el cartero no había cometido ningún error, rasgó de parte a parte un extremo. Del interior cayó un CD perfectamente envuelto en plástico de burbujas.

Se quitó el canuto de los labios y murmuró:

—Pero que mierda...



Sin levantarse, abrió el cajón superior del escritorio y extrajo de él un pequeño portátil. Mientras se encendía, retiró el envoltorio de burbujas del CD y al hacerlo pudo ver que alguien, con letra de imprenta, había escrito *The Letter* en su dorada superficie. Cuando introdujo el disco en el ordenador, constató que contenía un solo archivo de sonido con el mismo nombre que el CD. Pensativo, le dio una relajada calada al porro antes de decidirse a poner en marcha el reproductor de música del portátil. Inmediatamente se oyeron unos aplausos y a continuación una animada melodía interpretada al piano, propia del estilo musical de los años sesenta, a la que se

le unió una batería y la voz áspera y brumosa de un intérprete masculino.

*Give me a ticket for an aeroplane. I ain't got time to take no fast train<sup>3</sup>.*

<sup>3</sup> - Dame un billete para un avión. No tengo tiempo de tomar ningún tren rápido.

Idris alzó las cejas algo sorprendido. No conocía la canción pero el solista era fácilmente reconocible.

*Oh, the lonely days are gone... I'm coming home. My Baby she wrote me a letter<sup>4</sup>.*

<sup>4</sup> - Oh, los días de soledad se han ido... Estoy yendo a casa. Mi chica me escribió una carta.

«Joe Cocker», pensó, esbozando una aturdida sonrisa. «¿Quién coño me manda una canción de semejante reliquia?».

La escuchó de principio a fin un par de veces más, abstraído, saboreando lo que le quedaba del canuto; no sabía quién era Kevin Miller, pero había que admitir que el tipo tenía buen gusto musical. Después de apagar la colilla en el suelo y tirarla a la papelera, sacó el CD y cerró el portátil. Hizo girar el disco entre sus dedos, menos interesado que hacía unos minutos por la persona que se lo había enviado y sus motivos y, con un gesto desgano, lo lanzó dentro de la

papelera. Levantándose con parsimonia, recogió del suelo el estuche; fue hasta la cama y con un hábil movimiento lo lanzó debajo dejándose caer a continuación a todo lo largo sobre el colchón.

—Lo siento soldado Kevin Miller — dijo en voz alta, estirándose perezosamente y cerrando los párpados —. La próxima vez haz como la chica de Cocker y escíbeme una carta.

Idris prefería el Ty's a otros bares del Village. Para su gusto sobraban algunas banderas arco iris, la bola de espejo que pendía del techo y las canciones de

ABBA que era habitual escuchar de fondo; pero se trataban de detalles que podía pasar por alto a cambio del ambiente relajado que encontraba en él y de su popular política de precios asequibles. Cuando acudía acompañado de sus amigos, prefería ocupar siempre el mismo lugar, un reservado pequeño con asientos corridos y acolchados en escay bermellón, situado en una esquina al fondo del local. Acostumbraba a sentarse en el extremo, de cara a la acristalada entrada y la barra, así le era posible observar el ir y venir de la clientela mientras escuchaba la charla reflexiva de Nicholas, a Jason interrumpirlo con frivolidades y a

Patrick protestar porque no lograba seguir el hilo de la conversación.

—¿Qué te parece, Mackie? ¿Te apuntas a una escapada a New Haven?

Al oír que se dirigían a él, Idris apartó con desgana la vista del tipo delgado y de cabellera bermeja acodado displicente en la barra y cuyo masculino atractivo había captado su interés desde el momento en que lo vio entrar en el local, para mirar directamente a Jason, sentado frente a él al otro lado del reservado. El pecoso y gordinflón rostro de su amigo exhibía una persuasiva sonrisa.

—¿New Haven? —repitió Idris.

—¡Aja! —asintió Jason, ensanchando

la ya de por sí enorme sonrisa.

—¿Este fin de semana?

—Viernes, sábado y domingo.

—Trabajo —replicó escuetamente

Idris.

Agarró la botella de cerveza que tenía delante y se la llevó a los labios a la vez que retomaba la vigilancia del tipo pelirrojo.

—¡Vamos, Mackie! —protestó—. Eres el encargado de la floristería, te tomas días libres cuando te viene en gana. Hazlo ahora.

—¿Para qué? —suspiró—. ¿Qué se nos ha perdido en New Haven?

Jason echó hacia delante su corpulento cuerpo, apoyando los brazos gruesos

como troncos, sobre la mesa.

—Alcohol, tíos y con algo de suerte, mucho sexo. Mi amigo Charlie dice...

—¿El de los coches usados? —le interrumpió Patrick, sentado a su derecha y más interesado en los frutos secos de un cuenco de madera que había en la mesa que en la respuesta de su amigo.

—No, ese es Liam —le corrigió—. Charlie es el de la lavandería.

—¿El mismo que te recomendó aquel tugurio de Queens? —se inmiscuyó Nicholas. Se hallaba recostado blandamente contra el respaldo del asiento, a la izquierda de Idris, con una sonrisa cargada de sorna adornando sus



labios—. No me puedo creer que aún le dirijas la palabra —añadió, apuntándole con la pajita roja de su Long Island Ice Tea.

—Bueno, aquello fue una metedura de pata, lo admito. —Con aire molesto se rascó la rubicunda perilla que le adornaba el mentón y daba a su semblante un aire de atractiva dejadez—. Pero esta vez me ha asegurado...

—Yo no conduzco noventa millas para echar un polvo —sentenció Idris sin mucho interés.

—Claro —gruñó, desairado Jason. Siguió la mirada de Idris hasta el tipo de la barra a tiempo de ver como este le lanzaba a su amigo un significativo

vistazo—. Dices eso porque no tienes problemas para ligar.

—Tú tampoco —replicó, frotando distraído con la yema del pulgar la esfera de su *labret*<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> - Piercing que se coloca centrado bajo el labio inferior.

—¡Uy, él sí! —afirmó Patrick. Encontró una almendra e ilusionado, se la metió en la boca—. Lleva por lo menos dos...

—Cállate, Pat —se adelantó Jason, asestándole un rápido codazo—. No entres en innecesarios detalles.

Patrick soltó un lastimero quejido y, melodramático, se frotó el delgado brazo. Sus cristalinos ojos azules, dulces y hermosos, le dedicaron a Jason una mirada desdeñosa.

—Yo no tengo la culpa de tu escasez de ligues.

—¡Te quieres callar!

—Hablando de gays que no tienen problemas para ligar —comentó inesperadamente Nicholas con su habitual tono melifluo. Inclinandose hacia delante apoyó los codos en la mesa y, con delicado gesto, el mentón en sus largos dedos entrelazados—. Mirad quién acaba de aparecer.

Jason tuvo que voltear la cabeza por encima de su hombro para poder ver de quién se trataba.

—Brian Willis. —Pronunció cada sílaba del nombre con enojo—. El impresentable del amiguito de Mackie.

Idris giró el rostro en dirección a la puerta justo cuando un animado y sonriente Brian, vistiendo tejanos oscuros, costosa camisa blanca y chaqueta de cuero negro, entraba en el Ty's con Chace caminando a su lado.

—No es mi amigo —aclaró.

—¿No? —Aquella afirmación desconcertó a Patrick. Dubitativo se pasó la mano por sus cortos y castaños cabellos—. Creía que habíais crecido juntos.

—Pat, cielo. —Nicholas le acarició con la punta del dedo la mejilla, salpicada de una cuidada e hirsuta barba que perfilaba su anguloso rostro—. No hurgues en la herida.

Idris miró de reojo a Nicholas. No había rastro de burla en el semblante color ébano de su amigo, pero si detectó, en la profundidad de sus ojos negros, un destello malicioso.

—Oye, Mackie —Jason entornó los párpados con suspicacia—. Ese que va con Willis, ¿no es uno de tus ligues?

Idris miró hacia Chace, que junto a Brian, se había sentado en uno de los taburetes con respaldo alineados a lo largo de la barra. Sus miradas se cruzaron y el joven, esbozando una cordial sonrisa, movió la cabeza a modo de saludo.

—Me lo tiro de cuando en cuando, si es a eso a lo que te refieres —

respondió, devolviéndole el saludo a Chace.

—Pues de la manera en que se le pega Willis, creo que ahora es él quién se lo está follando —apuntó Patrick, masticando otra almendra.

—¡Qué cabrón! —se indignó Jason—. Siendo tu colega, debería de respetar lo que es tuyo.

Idris chasqueó la lengua y dejó caer la cabeza hacia un lado con pesadez.

—Ni Brian es mi colega ni Chace es nada mío, ¿hablamos de otra cosa?

—Yo le aplastaría de un puñetazo su «bonita» nariz —manifestó con satisfacción Jason.

—¿A qué viene esa repentina antipatía

hacia Willis? —inquirió Nicholas.

—Es un hijo de puta pretencioso —gruñó—. Míralo. Va por ahí creyéndose mejor que los demás.

—Bueno, en realidad es más alto, atractivo y elegante que la mayoría —comentó Patrick, arrugando el entrecejo reflexivo.

Jason lo taladró con una mirada hosca.

—Y también es más gilipollas que la mayoría.

Patrick torció la boca en un mohín infantil.

—¿Y eso a quién le importa?

—¿Qué es lo que tanto te molesta de él? —quiso saber Nicholas.

—Me joden los tipos de su calaña,

preocupados solo por follar y que la lista de sus conquistas crezca. —Sus tres amigos se le quedaron mirando fijamente en un acusador silencio—. ¿Qué? —inquirió sacudiendo los hombros.

—«Que tire la primera piedra quien esté libre de pecado» —salmodió Nicholas, alzando suplicante las manos.

—¿Eso qué significa? —se extrañó Patrick.

Nicholas le ofreció a Jason una socarrona mueca.

—Que en esta mesa, más de uno tiene mucho en común con Willis.

—¡No me compares con él! Que me guste ligar no significa que sea un



mentiroso retorcido como Willis. Tengo dignidad.

—Yo tampoco miento —se le unió Patrick, lanzando un almendra al aire y recogéndola con la boca.

Nicholas esbozó una mueca socarrona.

—Decir que te mide veintidós centímetros es mentir —arguyó.

Patrick casi se atraganta con el fruto seco; agarró su jarra de cerveza y bebió una buena cantidad para conseguir que la almendra siguiera su curso.

—Yo no lo calificaría como una mentira —se defendió. Con el dorso de la mano limpió la sombra de espuma que le había quedado en los labios—. Apenas si se puede considerar una

exageración.

—Mentir sobre cuánto te mide la polla es una minucia comparado con lo que hace Willis —aseveró Jason—.

¿Verdad, Mackie?

El aludido, que parecía más interesado en jugar con su botella que en atender a la conversación, se limitó a lanzarle una apática mirada.

—¿Verdad? —le apremió.

Idris, ignorando la insistencia de Jason y su ceñudo semblante, ladeó un poco la cabeza para poder observar a Chace y al abogado. Los dos seguían sentados en los taburetes, muy cerca el uno del otro; Brian rodeaba el hombro del joven con el brazo e inclinado sobre su rostro, le

hablaba al oído con sensual complicidad.

«Tienes razón, Jason», pensó. «Brian no se conforma con mentir. Disfruta manipulando y haciendo todo el daño posible».

Advirtió que los ojos del abogado vagaban avizores por el local mientras continuaba susurrándole a Chace. Sus miradas se encontraron y la expresión de Brian se tornó victoriosa. El abogado le guiñó un ojo y arrugando exageradamente los labios, lanzó un silencioso beso al aire. Después, sin apartar la mirada de Idris, acercó la boca al cuello de Chace y le lamió lentamente la piel con la punta de la

lengua; el joven se estremeció riendo por lo bajo.

Idris disimuló la sonrisa que acudió a sus labios dando un buen trago de cerveza; era irrisorio que Brian aún insistiera en provocarle con exhibiciones tan patéticas.

—¿No dices nada? —le reprochó Jason, evidentemente molesto ante su mutismo—. Pues lo diré yo —declaró tajante—. Willis es un miserable sin escrúpulos ni conciencia. ¿Os acordáis del amigo de Yun? Un chico flaco y con el pelo rizado; su novio falleció el año pasado de sida. ¿Sabéis de quién os hablo? —Patrick y Nicholas asintieron en silencio, Idris se limitó a levantar las

cejas—. Willis no esperó a que el cuerpo del novio se enfriara para saltar sobre el chico. Lo atrajo contándole una desvergonzada mentira sobre cómo había logrado recomponer su vida tras la muerte de una ficticia pareja enferma de cáncer. Le hizo creer que la tragedia que tenían en común los unía, que le importaba su sufrimiento, que lo ayudaría a superar el dolor, y todo para follárselo. Cuando después le dio la patada, el chico apenas pudo rehacerse de la ruptura. —Cruzó los brazos sobre su ancho pecho y miró desafiante a Idris—. Y ahora dime, ¿es o no es un cabrón tu amiguito?

—No es mi amigo —silabeó cortante

Idris. Y al ver que Jason abría la boca para replicar, se adelantó a él con una pregunta—: ¿Os he contado que creo que me están acosando?

—¿No me cambies de tema! —exigió.

—¿Te están acosando? —preguntó asombrado Patrick—. ¿Pero eso no le pasa solo a los famosos?

—Él es famoso, Pat. Ya lo sabes —terció Nicholas. Se reclinó un poco hacia Idris acortando la escasa distancia que los separaba—. El famoso concertista Idris Mackie. Su nombre se susurra con fervor en los pasillos de las salas de concierto más importantes del mundo.

—Nick —le advirtió secamente Idris.

—Cualquier crítico de música clásica te dirá que es el violinista con el mayor talento desperdiciado de...

Idris dejó la botella en la mesa con un sonoro golpe y Nicholas, alzando hacia él una mirada falsamente compungida, aparentó cerrarse la boca con una cremallera invisible.

—Entonces... —Patrick, dubitativo, se pellizcó el labio inferior—. ¿Te está acosando un fan?

—No tengo fanes —masculló Idris, aún con sus almendrados ojos vueltos con rencor hacia Nicholas—. Y no puedo asegurar que me estén acosando.

—Vale, has despertado mi curiosidad. —Jason se reclinó sobre el respaldo—.

¿Cómo lo hace exactamente? ¿Te sigue por la calle? ¿Te fotografía? ¿Te acosa por Internet?

—¿Te llama por teléfono y te dice cosas guarras? —inquirió Patrick, entusiasmado—. ¿Qué te dice?

—No. —Idris se llevó la botella a la boca antes de añadir—: Me manda por correo CD's con canciones.

—¿Y ya está? —Jason sacudió desilusionado su afeitada cabeza—. ¿Un CD de música? Eso no es acoso, hombre.

—¿Qué aburrido! —se quejó Patrick—. Yo habría preferido las llamadas guarras.

—Me ha enviado varios CD's —



aclaró—. Desde hace algo más de un mes y medio me llega uno por correo cada ocho o nueve días, con una única canción.

—¿Siempre la misma? —se interesó Nicholas.

—No. La primera fue una interpretada por Joe Coker, *The Letter*. —Caviló unos segundos tratando de recordar—. Después *Nothing Else Matters...*

—Esa es de las mejores de Metallica, ¿verdad, Jason? —interrumpió Patrick—. *Trust I seek and I find in you. Every day for us something new. Open mind for a different view and nothing else matters*<sup>6</sup> —cantó con engolada voz.

<sup>6</sup> - Busque confianza y la encontré en ti. Cada día para nosotros algo nuevo. La mente abierta para una mirada

diferente y nada más importa.

—Si James Hetfield te oyera destripar así su canción, recaería en el alcoholismo —comentó Jason.

—También *Who wants to live forever?* —continuó enumerando Idris—. *All by myself...*

—¿La versión original de Eric Carmen o la de Celine Dion? —volvió a interrumpirle Patrick.

Jason lo miró fastidiado.

—¿Qué más te da?

—*All by myself, don't wanna be, all by myself anymore*<sup>7</sup> —entonó con voz de falsete—. Esa es Celine Dion —indicó con una feliz sonrisa de oreja a oreja.

<sup>7</sup> - Completamente sola, no quiero estar, completamente

sola ya no más.

—La versión de Eric Carmen —  
precisó Idris—. Alguna más que no  
recuerdo y la última: *Fortunate son*.

—De los Creedence Clearwater  
Revival. —Nicholas tomó un sorbo de  
su coctel—. El gusto musical de tu  
acosador es muy variopinto.

—¿Esas canciones tienen algún  
significado para ti? —preguntó Jason.

Idris movió a un lado y a otro la  
cabeza.

—Ninguno en particular.

—¿Y sospechas quién puede ser el o  
la que te las manda?

—Sé que se llama Kevin Miller y que  
es soldado del cuerpo de ingenieros de  
la base militar de Fort Hamilton.

Los otros tres le miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Un soldado? —repitió incrédulo Jason—. ¿Tú, amigo de un soldado?

—No le conozco, sus datos están en los sobres.

—Un acosador que no se oculta. —Nicholas mordisqueó la pajita del Long Island pensativo—. Aquí hay algo que no encaja.

—Claro que no encaja. —Jason agarró su jarra de cerveza y apuntó con ella a Nicholas—. No es un acosador sino alguien que sabe lo mucho que este aborrece a los militares y que quiere gastarle una broma.

—¿Y qué hay de divertido en mandarle

todas las semanas una canción pasada de moda? —señaló Patrick, escarbando con un dedo entre los frutos secos del cuenco—. Menuda broma estúpida.

—Debe de ser una equivocación —opinó Nicholas—. Seguramente las cartas son para otra persona.

—Mi dirección y mi nombre aparecen correctamente escritos en cada sobre.

—Está claro —sentenció Jason—. Alguien te está tomando el pelo.

—No, no. —Nicholas entornó los párpados y se acarició el rasurado mentón con el dorso de la mano—. Cabe la posibilidad de que sí sea un error. Tal vez ese Miller este de reemplazo en alguna zona en conflicto.

—¿Y? —le animó a continuar Idris, mostrando un leve interés.

—Cuando nuestros soldados se encuentran en una misión militar fuera del país, de las que se suelen mantener en secreto, ya sabéis; no se les permite dar a conocer su ubicación exacta ni a familiares ni a amigos —explicó Nicholas—. El Ejército evita el rastreo de las llamadas telefónicas, e-mails, videoconferencias y por supuesto, el correo ordinario. Por ello, si un soldado quiere mandar una carta, la remite primero a su base militar y desde allí se reenvía a su destinatario. Quizás en ese proceso alguien ha cometido algún error.

—Muy rocambolesco —opinó Jason

—. Sigo pensando que es una broma.

—¿Cómo sabes todo eso? —quiso saber Patrick, admirado.

—Mi hermana tuvo un novio militar — comentó lacónico Nicholas. Se giró interrogante hacia Idris—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Tengo que hacer algo? —replicó desconcertado.

—Si esas cartas no son para ti, sí. — Escudriñó el indolente rostro de su amigo—. Seguramente alguien debe de estar esperándolas y preguntándose por qué no le llegan; ir a Fort Hamilton y devolverlas sería un buen gesto por tu parte.

—¿Ir a dónde? —Soltó un resoplido,

se le tensó el mentón y su entrecejo se contrajo levemente—. ¿A una puta base militar?

—Oh, oh —gimoteó Patrick.

—¡Allá vamos de nuevo! —suspiró Jason, elevando resignado la vista al techo.

Nicholas intentó mediar.

—Pero esas cartas...

—Me importa una mierda las cartas y el «Rambo» que las envía —le atajó. Su voz sonaba desapasionada, pero sus pupilas se habían tornado profundas y turbias—. Lo que me importa es que este puto país sigue fabricando psicópatas en serie en sus productivas bases; paletos a los que colocan un fusil en las manos,



lavan el cerebro y sueltan por el mundo para que aniquilen a todo aquel que no esté envuelto en la bandera americana.

Mientras hablaba, Jason y Patrick intercambiaron una rápida mirada. Al unísono se levantaron, cogieron sus bebidas y en silencio se dirigieron a la barra, donde se acomodaron antes de que Idris terminara con su diatriba.

—¿Qué les pasa a esos dos? —inquirió, observando sus encorvadas espaldas.

—Que te conocen demasiado bien —respondió Nicholas, sonriéndole condescendiente—. Y saben lo fanático que te vuelves cuando expones algunas de tus inamovibles opiniones.

—¿Yo, fanático? —se asombró—. ¿Soy un fanático porque a diferencia del resto del país, no simpatizo con asesinos y violadores uniformados? —le espetó, desabrido.

—Cariño, no es eso. —Nicholas apoyó la cabeza en la palma de la mano y con un lento parpadeo, miró directamente a Idris—. Tu problema es lo tozudo que llegas a ser. Vas por ahí dentro de tu caparazón de indiferencia y apatía, fingiendo que el mundo te importa una mierda, pero cuando alguien toca alguno de tus temas tabú, te ofuscas. —Nicholas contempló el ceñudo semblante de Idris durante unos silenciosos segundos—. Recuerdo

cuando llegaste a la Juilliard —  
rememoró con expresión nostálgica.

—Nick, no empieces —le instó Idris  
con aire desaprobador.

—Nadie sabía cómo acercarse a ti —  
continuó, obviando con descaro su  
demanda—. Parecías tan maduro para tu  
edad, que el resto nos sentíamos  
cohibidos, intimidados. Pero cuando a  
alguien se le ocurría llevarte la  
contraria... —Abrió mucho los  
párpados—. Verte montar en cólera era  
como observar una implosión. No  
levantabas la voz ni gesticulabas, no  
perdías el control. Todo el furor se te  
acumulaba en los ojos, te hinchaba el  
pecho, te subía por la garganta y te

llenaba la boca, pero nunca lo permitías escapar. Llegamos a pensar que si un día dejabas salir lo que acumulabas en tu interior, el conservatorio estallaría como un globo. —Tomó una profunda bocanada de aire antes de continuar—. Pero entonces llegó el momento en que te subiste al escenario y tocaste para nosotros, y fue como una gran revelación. Todo aquello que llevabas dentro, tu rabia, tu ternura, tu alegría, tus dudas, todo, lo gritabas a través del violín. Él era tu voz. Se enfadaba por ti, reía por ti, sufría por ti.

—Muy conmovedor —se burló con desgana.

—Te odié profundamente. —Alargó

los brazos y extendió las manos con los dedos muy separados—. Tenías doce años, tres menos que yo, y ya había en ti más talento del que nunca habría en mí. —Contempló sus elegantes manos con tristeza—. Míralas, gracias a ellas soy un pianista con una buena reputación y tengo en la Juilliard un trabajo de profesor adjunto que adoro. Pero cambiaría todo el talento que hay en mis manos por el que tú tienes en tu dedo meñique.

—Deja de decir sandeces —le ordenó, apartando la vista en dirección a la barra.

—Ese mismo talento al que has sido capaz de renunciar tan egoístamente —

prosiguió, haciendo odios sordos a la hostilidad en la voz de Idris—. ¿Y por qué? Por una pataleta infantil, por un deseo pueril de venganza, por...

Idris volvió apenas el rostro y alzó un solo dedo, silenciándolo. Nicholas advirtió las familiares señales en su semblante: los párpados tensos y entornados, las pupilas agujijoneándole como puntas de lanzas, la frente plegada en un par de finas arrugas, los labios convertidos en una delgada línea recta. Reconoció la tempestad agazapada bajo la sobria superficie, y supo que estaba llegando a ese límite que Idris no dejaba traspasar a nadie, ni siquiera a él. Pero aun así, decidió aventurarse:

—... Por hacerle daño a los que te quieren, te has arrancado la voz —sentenció.

Con un gesto resuelto, Idris agarró a Nicholas por la pechera de su camiseta; retorció la tela con un gruñido sordo y, sin esfuerzo, tiró de él obligándole a que sus rostros quedaran enfrentados y muy próximos. Nick no intentó resistirse.

—No eres un fanático —musitó. Tomó una de las rastas que reposaban sobre el hombro de Idris y la acarició entre los dedos—. Pero tu enfermiza obstinación te ciega, te vuelve irracional, y te empuja a pensar y actuar como un sectario, y también a tomar decisiones extremas que solo te perjudican a ti.

Idris movió la cabeza y Nicholas permitió que la rasta escapara rozándole los dedos.

—¿Por qué tienes que sacar a relucir siempre el mismo tema de mierda? —le reprochó Idris apartándolo sin brusquedad.

Nicholas se dejó empujar de nuevo contra el respaldo.

—Tal vez sea porque te sigo odiando —comentó alisándose la camiseta—. O porque me preocupo por ti. —Sacudió la mano en el aire, exagerando un femenino ademán—. O quizás porque me aburro soberanamente.

Idris agarró la botella de cerveza y se dispuso a levantarse.



—¿A dónde vas?

—A follar —respondió flemático, moviendo la cabeza en dirección al tipo pelirrojo, el cual, con la espalda apoyada en la barra y una mano en el bolsillo de sus ajustados pantalones, contemplaba a Idris sin disimulo y una sonrisa invitadora bailando en los labios —. ¿Quieres mirar? —le ofreció, con un matiz desafiante en su tono.

Nicholas soltó una breve carcajada.

—Me confundes con Pat; yo prefiero que me lo cuenten. —Antes de que Idris diera un paso, preguntó—: ¿Iras a Fort Hamilton?

—¡Qué perra has cogido con eso! —exclamó—. Si lo sé no te lo cuento.

—Hazlo por el soldado Miller. Quizás no sea el asesino despiadado que imaginas y merezca que le hagas el pequeño favor de devolverle las cartas.

Idris alzó una de sus cejas.

—Oye, no conocerás a ese tal Miller, ¿verdad? —insinuó.

—No. —Negó con la cabeza—. Pero si le gusta *Fortunate son*, creo que es un soldado que no le complace mucho serlo. —Entrecerró los ojos con un suspiro placentero—. *Some folks inherit star spangled eyes, ooh, they send you down to war, lord*<sup>8</sup> —canturreó, llevándose el vaso del cóctel a los labios—. *And when you ask them, "How much should we give?" Ooh,*

*they only answer “More! More! More!”*

*Yoh<sup>9</sup>.*

8 - Algunas personas heredan ojos tachonados de estrellas, Dios, te mandan a la guerra.

9 - Y cuando les preguntas: “¿Cuánto se espera de nosotros?” Solo responden: “¡Más! ¡Más! ¡Más!”, sí.

# Segundo movimiento.

## *Interludio*

Idris estudió con desprecio al soldado que, con las piernas separadas y la mano derecha apoyada en la funda de la Beretta que llevaba al cinto, le había salido al paso al intentar franquear la entrada para peatones de Fort Hamilton. Era alto, robusto, y de espaldas anchas y cuadradas. Se cubría la cabeza con una

gorra de camuflaje calada hasta las cejas que daba a su semblante un cariz amenazador, vestía un uniforme que le venía algo estrecho y en el brazo izquierdo lucía un ajustado brazalete negro con las siglas MP<sup>10</sup>. Sin perderlo de vista, Idris tiró al suelo la colilla del cigarrillo que había estado fumando y la pisó con desgana. Hubiera preferido que fuera un canuto, para ver qué cara ponía aquel impasible guardia, pero hasta él sabía cuándo una provocación podía convertirse en una arriesgada majadería.

<sup>10</sup> - Siglas de Military Police.

—Vengo a traer unas cartas.

Abrió la bolsa de tergal rojo que llevaba en bandolera y sacó un puñado de sobres que agitó delante del ceñudo

rostro del militar.

—No tiene aspecto de cartero —  
replicó con voz bronca el soldado.

Idris echó un irónico vistazo a su vestimenta: camiseta negra de mangas largas con los números «46664»<sup>11</sup> en el pecho, cazadora vaquera y unos viejos pantalones de algodón verde, anchos y de cinturilla baja.

<sup>11</sup> - Número de presidiario de Nelson Mandela que fue popularizado durante una campaña contra el sida durante el año 2003.

—¡Qué tío más observador! —ironizó con una parca sonrisa—. Son cartas que he recibido por error de un soldado de esta base. —Con un brusco ademán le instó a cogerlas—. Vamos, que tengo que tomar el metro de regreso.

Idris vio asomar por debajo de la gorra las peludas y gruesas cejas del guardia cuando este las frunció suspicaz.

—¿Viene a devolverlas?

Se encogió un poco de hombros antes de responder.

—Aunque parezca una idiotez, sí.

El soldado movió una mano e Idris supuso que su intención era la de agarrar los sobres, pero lo que en realidad hizo fue apuntar con el pulgar en dirección a la base militar.

—Eso tiene que hacerlo en las oficinas.

—¿Qué? Venga, tío, no me jodas. ¿No puedes simplemente hacerte cargo tú?

Las cejas del guardia se inclinaron aún

más sobre su nariz.

—No. No sé si hay un protocolo para estos casos, así que tendrá que consultarlo en las oficinas.

Y para hacer más patentes sus palabras, tensó el pulgar e hizo un único y contundente movimiento hacia la enrejada puerta.

Dispuesto a abortar aquella necia ocurrencia, Idris dio un paso atrás espoleado por la misma urgencia de regresar a casa que le había invadido cada vez que las puertas del vagón de metro en el que había viajado desde Greenwich Village hasta Fort Hamilton, se abrían en cada estación. En esos momentos la lucidez le empujaba a



saltar al andén y olvidar todo el asunto tomándose una cerveza en el primer bar que le saliera al paso, pero sus sensatas intenciones terminaban siempre por diluirse antes de que las puertas se cerrasen. Y cada vez que optaba por proseguir, se hacía el mismo reproche: ¿valía la pena? ¿De verdad valía la pena sacrificar unas horas libres en la floristería para hacer de improvisado mensajero y beneficiar a alguien a quien ni siquiera conocía?

Si aquella mañana había decidido rescatar los CD's y sus sobres de la papelera donde se acumulaban para dirigir después los pasos hacia la base, no era porque deseara complacer a

Nicholas; lo estimaba lo suficiente como para no tenerle en cuenta su molesta tendencia a enjuiciar sus decisiones, pero otra cosa era consentirle todos sus caprichos. Tampoco lo hacía por el soldado Miller. Le traía sin cuidado si se trataba de un militar convencido o un pacifista confuso tanto como los motivos que le llevaban a enviar sobres con canciones en vez de palabras escritas. Era la persona que estaba dejando de recibir las fastidiosas cartas quien en realidad le motivaba a poner los pies en aquel lugar detestable.

«Seguramente alguien debe de estar esperándolas y preguntándose por qué no le llegan», había sugerido Nicholas.

Las palabras de su amigo, siempre tan oportunas, le habían hecho pensar en ese sujeto anónimo, y también cavilar sobre una vieja y amarga herida, que se remontaba a su primer curso en la Escuela Juilliard y que no estaba tan enterrada en su memoria como le hubiera gustado.

Aquel fue un año muy difícil. En los primeros meses tras ingresar en el conservatorio, telefonar a sus padres todos los días, algunos incluso dos veces, era lo único que le ayudaba a soportar su nueva vida. Los Mackie se tomaron aquello como un inadecuado signo de inmadurez en su hijo de trece años. Mostraron cierta inicial paciencia,

pero al poco tiempo ya le animaban a reducir el número de llamadas así como a circunscribirlas a los fines de semana.

—Te hemos educado como un chico independiente y autosuficiente —fue su pretexto cuando le instaron a realizar una llamada al mes—. ¿Para qué necesitas hablar con nosotros tan a menudo?

Idris comenzó entonces a escribirles largas cartas que concluía siempre con el ruego de que le permitieran regresar. Cartas que pocas veces eran respondidas con algo más que unas líneas en una cuartilla. Cuartillas que pronto se convirtieron en postales, cuando sus padres viajaban, o alguna

ceremoniosa tarjeta de felicitación tras un recital. Todos los días revisaba el correo y, ante la ausencia de una respuesta, se preguntaba con angustia si sus cartas se habrían perdido en el camino. Al cabo de unos meses dejó de dudar de la eficiencia del Servicio de Correos para hacerlo del afecto de sus padres. Sus misivas comenzaron entonces a ser menos extensas y su número menor. Un año después, había dejado de escribir cartas.

Aquella mañana, tal vez porque el día anterior había vuelto a recibir un nuevo CD por primera vez desde su conversación con Nicholas, se había

levantado con un pensamiento recurrente:

«Yo sé lo que es esperar una carta que nunca llega».

Un pensamiento que había seguido merodeando incansable por su cabeza hasta que tomó la decisión de hacer una visita a la base militar, y que en aquel momento, frente al adusto guardia, a pesar de lo mucho que se esforzaba por enterrarlo, se manifestaba de nuevo.

—Protocolo, ¿eh? —Idris le miró con sorna—. Seguro que tenéis un protocolo hasta para mear. —Señaló hacia la verja—. ¿Tengo que ir por ahí?

—Antes necesito sus datos —le indicó el soldado colocándole la mano delante

de la cara—. ¿Tiene algún documento oficial que le identifique?

Idris se tragó un exabrupto, guardó las cartas y con fastidio rebuscó su cartera en la bolsa. Al cabo de unos minutos caminaba por la base con un pase de visitante prendido de la camiseta y el desprecio pintado en su rostro.

Para su sorpresa, el lugar no resultó ser lo que había imaginado. No vio pelotones de soldados corriendo en formación mientras entonaban groseras canciones, tampoco sargentos pulcramente uniformado intimidando a jóvenes reclutas ni hombres pertrechados con engorrosas mochilas y fusiles, arrastrándose por el barro bajo

una alambrada de espino. En su lugar se cruzó con jardineros acicalando setos y madres que empujaban carritos infantiles. Bajo un sicomoro vio un grupo de mujeres uniformadas que charlaban animadamente, y al entrar en la zona de viviendas a una cuadrilla de pintores remozando la fachada de una casa unifamiliar.

Siguiendo las indicaciones, no tardó en llegar al edificio de oficinas. Pero aún tuvo que exhibir repetidas veces su pase y explicar en dos ocasiones más a sendos guardias sus motivos para estar allí, antes de poder acceder a una sala estrecha, dividida en dos por un largo mostrador, tras el que se parapetaba una



mujer con uniforme de campaña y galones de sargento, que nada más verlo entrar, lo diseccionó con sus redondos y expresivos ojos verdes.

—¿Qué desea? —inquirió, ajustándose sobre el puente de la nariz las gafas de pasta que usaba.

Tras ella había tres escritorios y los soldados que los ocupaban levantaron a la vez la cabeza cuando la oyeron hablar.

—He venido a devolverle esto a su dueño —explicó, dejando los sobres en el mostrador revestido de formica.

La mujer contempló las cartas por encima de sus gafas.

—No entiendo —dijo, mirando a Idris

y a los sobres alternativamente.

—Ha habido una confusión —comenzó, hastiado de repetir tantas veces la misma historia—. No dejo de recibir estas cartas, pero no son para mí. Devuélvanselas al soldado que las envía o quémelas, me da igual, pero no quiero volver a encontrarme ninguna más en mi buzón.

La mujer examinó uno a uno los sobres antes de preguntar:

—¿Es usted Idris Mackie?

Frunciendo los labios en una mueca de fastidio, asintió.

—¿Y vive en el 77 de Perry Street, apartamento 3B, Manhattan, Nueva York?

Idris emitió un sordo gruñido antes de contestar escuetamente:

—Sí.

—Pues entonces estas cartas son para usted —resolvió la sargento, empujando los sobres hacia él.

—Oiga —Idris se los regresó con un gesto brusco—. No conozco al tal Kevin Miller, ¿de acuerdo? Así que yo no puedo ser el destinatario de estas cartas. Ustedes deben de haber cometido algún error.

—¿Nosotros? —La mujer irguió los hombros y su expresión displicente se acentuó—. La dirección del destinatario de estos sobres está escrita por el remitente.

—Tengo entendido que si el soldado se encuentra destinado fuera del país, ustedes se encargan de su correo — señaló—. ¿Podría ser este el caso?

La sargento estudió de cerca uno de los sobres.

—Efectivamente —anunció, señalando los sellos estampados en el papel—. Estos sobres han sido reenviados por la base, pero nuestros soldados nos los hacen llegar con todos los datos impresos. Nosotros, únicamente, los franqueamos y remitimos al Servicio Postal.

—Pero tiene que haber un error. —Golpeó repetidamente las cartas con el dedo—. ¿No se da cuenta?

—El que no se da cuenta es usted, señor Mackie —replicó indolente, ajustándose las gafas—. Si está recibiendo estas cartas es porque el soldado Miller quiere que las reciba. Pero si usted no quiere que siga enviándoselas, háblelo directamente con él.

Idris apoyó ambas manos en el mostrador, acercando sin miramiento el rostro al de la mujer.

—Le digo que no le conozco —aseveró pronunciando cadenciosamente cada palabra.

Impasible, la sargento se limitó a levantar una ceja con extrema lentitud. Detrás de ella, un soldado se puso en

pie.

—¿Va todo bien, sargento? —inquirió, fulminando con la mirada a Idris.

En respuesta, la mujer alzó una mano y el soldado, obediente, volvió a sentarse.

—Entonces, señor, —La mujer se inclinó un poco hacia delante eliminando casi por completo la distancia entre sus rostros—, escriba al soldado Miller devolviéndole las cartas y explicándole la situación. Eso habría hecho yo desde un primer momento, ahorrándome así venir hasta aquí y, sobre todo, hacer perder el tiempo al personal de la base. —Reunió con eficientes movimientos los sobres y se los tendió—. Y ahora, si me disculpa,

tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

Idris miró las cartas y de nuevo a la mujer, sintiéndose de repente muy estúpido. ¿Por qué razón no se le había ocurrido una solución tan simple?

«Demasiada marihuana», se habría burlado Jason. «Tienes adormecidas todas las neuronas».

Pero el problema no estaba en sus neuronas, sino en Nicholas. Ya que el pianista se había empeñado en meterle ideas tontas en la cabeza, al menos podrían haber sido más prácticas.

—De acuerdo —masculló—. Es evidente que no he estado muy lúcido en este asunto, pero ya que me encuentro

aquí, ¿por qué no se quedan con las malditas cartas?

—Nuestro trabajo no es mediar en los conflictos personales que la tropa pueda tener con civiles —replicó la mujer con indiferencia.

—No, claro —corroboró, esbozando una inexpresiva sonrisa. Tomó las cartas y las guardó sin prisas en la bolsa—. Vuestro trabajo es invadir países siguiendo las órdenes de burócratas comprados por la industria armamentista. Asesinar civiles, violar mujeres, confundir hospitales y escuelas con arsenales enemigos; encarcelar, torturar y ejecutar a presuntos terroristas.



Una expresión entre ofendida e incrédula, trastocó el semblante de la mujer. Dos de los soldados a su espalda se levantaron de sus asientos con ademanes beligerantes y el tercero emitió una grosera blasfemia.

—¿Cómo dice? —preguntó la sargento, tratando de controlar los agudos en su voz.

—Digo que, dejando a un lado las miles de víctimas inocentes que os cuelgan de las conciencias, vuestro trabajo no es tan malo. —La mirada de Idris se volvió insidiosa—. Os permite conocer mundo, otras culturas, otros idiomas, socializar con otros psicópatas. Un jodido chollo, ¿eh?

Diez minutos después, dos ceñudos y herméticos soldados acompañaban a Idris a la entrada de peatones de la base, después de haberlo llevado hasta allí custodiado en un vehículo militar.

—No es bienvenido —comunicó uno de los soldados al guardia de la puerta.

Este contempló taciturno como Idris, detenido a un par de metros de él, se entretenía sin prisas en encenderse un cigarrillo.

—¿Por qué no me sorprende? —comentó con desdén.

Como respuesta, Idris le mostró un tieso dedo corazón acompañado de una cáustica mueca.

—¿Así que conseguiste que te echaran de la base? —Nicholas, tumbado a todo lo largo en el sofá, alzó un poco la cabeza para poder lanzarle una socarrona mirada a Idris, acomodado en el antepecho de la ventana con la espalda apoyada en cristal y las luces nocturna de la ciudad recortando su figura—. Enhorabuena.

—Cada vez se supera más, ¿eh, Nick? —Rio Patrick. Se hallaba sentado en el suelo, cruzado de piernas frente al portátil encendido y con un puñado de CD's desperdigados a su alrededor. Cogió uno y lo introdujo en el ordenador

—. ¿Qué has decidido hacer con todo esto?

Los acordes de *Who wants to live forever?*, comenzaron a sonar con un volumen bajo y sin mucha calidad de sonido.

—Lo más lógico —respondió. Formó con los labios un círculo y el humo que contenían sus pulmones brotó de la boca convertido en un insustancial anillo—. Reunirlas en un bonito paquete y mandársela de vueltas al pelma del soldado Kevin Miller.

—¿Vas a contactar con él? —Patrick hablaba marcando con la cabeza el ritmo de la música.

—¿He dicho yo eso? —replicó, dando

una distraída calada a su cigarrillo.

—Podrías acompañarlo con unas líneas —le sugirió Nicholas.

—Sí, preguntándole por qué te las manda.

—También puedes interesarte por él —agregó el pianista—. Por cómo le va en el Ejército, por sus gustos...

—¿Por qué haría algo así? —Idris lo miró con extrañeza.

—¿Por amabilidad? —Se incorporó recostándose en el respaldo del sofá—. Ese soldado trata de comunicarse contigo...

—Conmigo no —le interrumpió—. A ver si esa idea se os graba a todos en el cerebro. No le conozco y no tengo

intención de conocerle. Le reenviaré las cartas y una nota aclarando que las he recibido erróneamente, y punto final a la historia.

—¿No se va a resolver el misterio? — Los labios de Patrick se curvaron en un mohín plañidero—. ¡Qué pena! — Rebuscó entre los CD's—. ¿Has recibido alguno más desde que nos lo contaste?

Idris pellizcó la boquilla del cigarrillo mientras recorría con la vista el suelo.

—Sí. —Señaló uno de los CD—. Ese de ahí.

Patrick lo asió triunfante.

—*Mad World*. No está mal. Por cierto, Idris. —Examinó con curiosidad la

estancia, fijándose en su modesto mobiliario: un único estante en el que había algunos libros sobre jardinería y botánica y un número considerable de cómics; un banco de abdominales bajo la ventana de la derecha, un sofá, la cama sin cabezal, la cocina con su fregadero atestado de platos sucios, y el escritorio—. Sigues sin tener un reproductor de música.

—No lo necesito.

—El portátil suena de pena.

Idris se encogió de hombros.

—No suelo oír música.

—¡Qué raro! —Sacó el CD del lector e introdujo el de *Mad World*—. Me imaginaba que los músicos estabais

siempre escuchando música.

Idris miró a Nicholas, el cual le observaba con relajada expresión, y después ladeó la cabeza hacia la calle.

—¿Estoy equivocado? —insistió Patrick, poniendo en marcha la reproducción.

—Pat, cariño —medió Nicholas—. ¿Qué tal una ronda de cervezas?

—No quedan. —Señaló la lata vacía que había junto al portátil—. Esa era la última.

—Pues el que se las termina va a por más. —Sacó del bolsillo de sus vaqueros unos dólares y se los tendió.

—¡Venga ya! —se quejó.

El pianista sacudió los billetes en el



aire.

—Vamos, sé un chico bueno.

—Está bien —suspiró. Le quitó los dólares de un zarpazo y se puso en pie —. Tardo diez minutos. Ni se os ocurra fumaros un canuto sin mí —les advirtió. Y antes de salir del apartamento, les instó, mirándolos con infantil severidad —. Ni uno.

Nicholas se incorporó, y con paso sosegado y las manos en la espalda se fue acercando a Idris.

—¿Sabes en qué me hace pensar esta canción?

—¿En lo que ha tenido que ganar Gary Jules cuando la versionó?

—En la soledad —le confesó—. ¿Y a

ti? ¿En qué te hace pensar?

Esbozando una media sonrisa irónica, apagó el cigarrillo en el sucio cenicero que había sobre el antepecho y se cruzó de brazos.

—¿Lo preguntas en serio?

—¿Puedes oírla?

—¿Tus estupideces?

—La música.

—Los oídos todavía me funcionan — se burló Idris señalando la oreja bajo sus rastas.

—Con el corazón, ¿puedes aún oír la música?

Idris soltó el aire de sus pulmones en una larga exhalación y contempló a su amigo entornando los párpados sobre

una mirada indiferente.

—No, no puedes. O mejor dicho, no quieres. —Nicholas clavó sus agudos ojos en los de Idris—. Hasta ese punto has desterrado la música de tu vida. Ni discos ni reproductores que puedan hacerte caer en la tentación. Tal vez incluso te has deshecho del violín. ¿Eres ahora más feliz? ¿Has conseguido desembarazarte de la tristeza? ¿Del dolor? ¿De los recuerdos? Lo dudo.

—No sabes nada, Nick.

—Sé que antes habrías podido oír lo que ese soldado trata de contarte.

Nicholas alargó los brazos hacia Idris y con gesto brusco asió con ambas manos algunas de sus rastas. Este no

trató de zafarse; permaneció quieto, imperturbable, y cuando el pianista tiró de su cabeza, se dejó guiar mansamente hasta que los rostros de ambos quedaron muy cerca y enfrentados.

—¿Cómo has podido...? —musitó, contemplando con cariño el semblante sereno de Idris—. ¿Cómo puedes vivir sin música?

Idris contempló su reflejo en las hondas pupilas del pianista. Percibió el leve aroma almizclado que desprendía su piel, esa mixtura a sudor reciente y *aftershave* tan familiar y sugestiva. Notó el aliento templado impregnado de olor a cerveza rozarle los labios, la cercanía de su cuerpo firme y sensual, su calor

filtrándose a través de la ropa, llegando a hasta él para envolverlo como un invisible y sutil abrazo. Cerró los ojos buscando atajar sus excitados instintos, queriendo combatir la atracción que la latente sexualidad de aquel hombre ejercía sobre su persona. Se repitió que lo único que le estaba permitido era fantasear con las lúbricas caricias y los besos voraces que Nicholas reservaba para sus amantes. Se obligó a recordar el daño que infringía a su amigo siempre que se dejaba mal aconsejar por el deseo que le inspiraba.

—Echo tanto de menos oírte tocar —  
oyó susurrar al pianista.

Abrió los párpados sabiéndose, sin

remordimientos, derrotado y, adelantando un poco el rostro, lo suficiente para que la boca del Nicholas quedara a su merced, entreabrió los labios, deleitándose por anticipado del encuentro con aquella boca carnosa de líneas perfectas y sabor a lujuria, y con la lengua jugosa y diligente que cobijaba. Pero el pianista frenó su casi imperceptible maniobra tirándole hacia atrás de los cabellos.

—No necesito tus limosnas —le amonestó, con menos rencor del que destilaban sus ojos.

Al ver que se apartaba para darle la espalda, Idris pensó en retenerlo, pero su mano, cobarde, apenas se movió, y

los dedos solo llegaron a rozar la tela de su jersey. Observó su rígida espalda, la redondez delicada de los hombros, los estilizados brazos colocados en jarras, las caderas estrechas, masculinas, las piernas largas, delgadas pero fuertes, sobre las que se sustentaba; y sintió lástima de Nicholas, por no poder entregarle lo que realmente deseaba, por no ser capaz de amarle, de amar como necesitaba que lo amasen, por no entender sus sentimientos como se merecía. Y también sintió lástima de sí mismo por no estarle permitido disfrutar de los placeres de aquel cuerpo delicioso, una lástima que sabía mezquina y ruin.

En verdad quería a Nicholas; lo quería, sí, pero de esa forma sencilla y natural con la que una persona ama a alguien que forma parte de su vida desde hace mucho tiempo. Con ese tipo de amor, tan parecido a la gratitud, que se experimenta hacia aquellos a los que se considera verdaderos amigos, esos pocos elegidos a los que se les abre sinceramente el corazón. La primera vez que le oyó dirigirle la palabra, que vio de cerca la sonrisa amistosa y la mirada intensa y escrutadora que era su enseña y con la que parecía poder sondear en las almas, lo supo, supo que Nicholas estaba destinado a ser algo más que un compañero de escuela o una efímera



amistad, supo que él sería uno de «esos pocos».

Acababa de interpretar el *Concierto para violín en mi menor, Op. 64* de Mendelssohn ante el conjunto de los alumnos de la Juilliard, cuando aquel muchachito vivaz y delgaducho se le acercó:

—¡Tío, te odio! —le soltó, con tal naturalidad que Idris llegó a pensar que debía de estar siendo completamente sincero—. Te mataría, pero sé que con eso no voy a conseguir robarte el talento, ¿o sí?

—¿Me estás haciendo un cumplido o amenazándome? —inquirió, con pasividad.

—Te estoy diciendo que has conseguido que a partir de ahora solo viva para lamentar mi mediocridad —respondió, pasándole el brazo amistosamente por encima de los hombros—. Para compensarme, invítame a comer alitas de pollo en la cafetería, hoy hay oferta.

—No tengo dinero.

—Apiádate, acabas de convertirme en un músico frustrado —suplicó, esgrimiendo un puchero—. ¿Qué tal si compartimos una hamburguesa y una Coca-Cola?

—Paso.

Y deshaciéndose con tranquilidad del abrazo de Nicholas, se había marchado

sin prestar atención a sus burlonas protestas pero con una disimulada sonrisa de complacencia en los labios.

Cuando años después abandonó la Escuela Juilliard para ingresar en el prestigioso Real Conservatorio de Música de Canadá, Nicholas fue lo único que hubiera deseado no tener que dejar atrás. La amistad que tan inesperadamente había terminado por arraigar entre ellos para perdurar sin altibajos durante los cinco años que Idris estuvo en Nueva York, se dilató en el tiempo y el espacio y los mantuvo unidos a pesar de la distancia. La raras veces en las que sentía la necesidad de soltar algo del lastre que la

insatisfacción, la soledad y la pérdida de las ilusiones iba acumulando en su interior con el transcurso de los días, marcaba el número de móvil de Nicholas con la seguridad de que él estaría al otro lado para escucharle. No le importaba que le sermonease, recibir consejos que de antemano sabía que no seguiría, escuchar verdades con las que jamás estaría conforme; el pianista, aun hallándose a cientos de kilómetros de distancia, era quien más cercano estaba del él, quien mejor le comprendía, quien lograba llenar ese espacio vacío que desde niño percibía cerniéndose a su alrededor.

Al término de su segundo curso en

Canadá, una gira con la Orquesta Sinfónica de Toronto le llevó en verano a Nueva York y a reencontrarse en persona con él. Fue entonces cuando hicieron el amor por primera y única vez. Idris quedó deslumbrado por la experiencia de Nicholas, por su habilidad y su desenmascarada sensualidad, por la forma desinhibida en la que se entregaba. Le fascinaba su cuerpo, a pesar de la feminidad que gravitaba en él; las caricias, los besos hambrientos y a la vez subyugadores que prodigaba, la cadencia voluptuosa con la que tomaba y se dejaba tomar. Hubiera querido pasar cada uno de aquellos días de la gira enterrado entre

sus piernas y, después, poder regresar a él cada vez que el deseo se le despertara en las entrañas. Pero Nicholas le puso condiciones que, nada más oírlas, supo que no sería capaz cumplir. Las palabras «amor», «relación», «pareja», «enamorado», salieron de la boca de su amigo para hacerle intuir el error que ambos acababan de cometer. Ningún futuro en donde esos términos pudieran tener cabida existía en sus planes. Demasiadas experiencias aún por vivir, demasiados hombres aún por conocer, demasiado sexo anónimo, casual y despreocupado del que disfrutar, fueron sus excusas.

—No es nada de eso —le había

corregido Nicholas antes de darle el que sería su último beso, un beso que le supo a lágrimas y amargura—. Simplemente, no estás enamorado de mí.

—Pero te quiero —se escuchó decir, más preocupado por la posibilidad de no volver a gozar de su cuerpo que por el daño que podían hacer sus palabras.

—Por eso seguiremos siendo amigos —había replicado el pianista antes de abandonar el lecho sin querer mirarle a la cara—. Siempre seré tu amigo, pero nada más.

Y por ello, años después, cuando abandonó Washington dejando atrás la que había sido su vida hasta entonces, decidió regresar a Nueva York, porque

allí vivía Nicholas, su amigo, la persona que mejor le entendía, que mejor le conocía, el hombre que le amaba, pero que nunca, desde aquella primera y única vez entre las sábanas, había vuelto a declararle su amor.

Idris apartó la vista de la espalda del pianista y se estiró con pereza.

—No te enfades —le pidió.

—No me enfado porque siempre estés en celo. —Nicholas se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y pulsó algunas teclas del portátil para que *Mad World*, que hacía rato había concluido, volviera a sonar—. Ya estoy acostumbrado. —Comenzó a reunir los CD's y a amontonarlos unos encima de otros—.



Prefiero enfadarme contigo por tu egoísta forma de enfrentar los problemas.

—¿Seguimos hablando de ti, de mí y el sexo? —inquirió, dudando sinceramente.

—Hablamos de ti, de tu estupidez y de la música —le corrigió, con calma.

A punto estuvo de atajar aquella conversación con alguna de sus habituales réplicas desdeñosas, pero un bosquejo de culpabilidad le aleteaba dentro de la cabeza. Se cruzó de brazos y apoyó la nuca en el cristal. Nicholas se merecía una pequeña compensación por haber sufrido su desconsiderado comportamiento de hacía unos minutos, así que cerró los párpados y se tragó sus

ácidos comentarios.

Los dos se quedaron callados y la parsimoniosa voz de Gary Jules desterró el silencio hasta que la canción llegó a su fin.

—¿Cuándo terminará este pulso con tus padres? —preguntó el pianista. Sacó el CD e introdujo otro—. ¿O acaso no le has puesto una fecha de caducidad?

—No es un pulso, Nick —musitó—. Es una decisión firme. Pero tú no puedes entenderlo y no te lo reprocho; felizmente para ti, has crecido en una familia que en nada se parece a la mía.

—No te hagas el mártir —le amonestó sin mucha convicción. Conectó el reproductor y las primeras notas de

*Rocket Man*, se dejaron oír—. Las familias no pueden ser perfectas.

—¡Quién busca que lo sea! —Se impacientó. Apartándose de la ventana comenzó a deambular con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros —. Dices que la tuya no lo es, pero para tus padres eres importante, lo has sido siempre, y han sabido demostrártelo. Me habría conformado con la mitad de lo que tú tuviste —agregó con un amargo gruñido.

—Suenas como si te corroyera la envidia.

—Me corroe —confirmó, encogiéndose de hombros mecánicamente.

—Tus padres...

Idris salvó la distancia que los separaba de un par de pasos y, con una patada, cerró de golpe el portátil, cercenando de raíz la frase de Nicholas y los gorjeos de Elton John.

El pianista le contempló en silencio, sin que su expresión desvelara sorpresa ni irritación.

—Mis padres querían ser un matrimonio modelo —declaró, inclinado hacia delante con el mentón tenso, un par de arrugas en el entrecejo y las manos profundamente hundidas en los bolsillos—. Poseían un buen estatus social, éxito profesional; para ser un ejemplo a seguir únicamente les faltaba un hijo perfecto.

Pero no tuvieron en cuenta que un hijo no es un objeto decorativo al que basta con sacudirle el polvo de cuando en cuando ni una mascota de la que poder deshacerse cuando comienza a morder los cojines. En sus organizadas y satisfactorias vidas no había cabida para un niño que reclamaba un cariño y una dedicación que a ellos no les sobraba. Antes de tocar el violín las cosas no estaban bien: para ellos yo era poco más que un mal necesario. Después fue peor porque me convertí en una especie de trofeo que mostrar con orgullo a las amistades, como si todo el sacrificio, todo el esfuerzo para llegar hasta donde llegué, fuese solo mérito suyo.

—Idris, no puedes dejar que todo eso te siga consumiendo. —Nicholas sacudió la cabeza con verdadero pesar —. Tienes que pasar página.

—Y he pasado página. —Asintió con desgana mientras sacaba del bolsillo de atrás del pantalón un paquete de tabaco —. Hace dos años y algunos meses. — Se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió con el mechero que guardaba dentro del paquete. Exhaló el humo por la nariz con vehemencia—. Y si tú no te empeñaras en recordármelo una y otra vez, todos seríamos más felices.

El pianista se puso en pie con parsimonia.

—Tú nunca serás feliz —afirmó,

sacudiéndose sin ganas los pantalones —. No con tanto resentimiento. No hasta que vuelvas a tocar. Y me duele que sea así —musitó, bajando unos ojos que se habían vuelto opacos—. No sabes cuánto me duele.

Idris no tuvo tiempo de replicar. La puerta del apartamento se abrió de golpe y Patrick entró portando victorioso un pack de seis latas de cerveza.

—He sido rápido, ¿eh? —se jactó.

—Cambio de planes, cariño. — Nicholas caminó hacia él con flemático paso—. Salgamos a que nos dé el aire. —Volvió el rostro por encima del hombro para poder mirar a Idris. Sus labios sonreían, sus ojos no—. ¿Vienes?

Prometo comportarme como un mal amigo durante las próximas horas y no sermonearte.

Idris alzó una ceja y torció la boca en una mueca incrédula antes de coger del respaldo del sofá su vieja cazadora vaquera y echar a andar.

—Podíais haberlo pensado antes de mandarme de compras, ¿no? —se quejó Patrick, haciéndose a un lado para dejarlos pasar—. ¿O es que lo hacéis adrede para joder? —inquirió inocentemente.

El instinto fue lo que despertó a Idris,



porque como le sucedía a menudo, se había olvidado de poner el despertador.

Se incorporó despacio, y enseguida se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Le pesaba la cabeza como si hubiera aumentado desmesuradamente de volumen y las sienes le pulsaban con hiriente perseverancia. Sentía los párpados hinchados y al tratar de abrirlos le dio la dolorosa impresión de que debajo tenía arena, así que desistió. Notaba la lengua pastosa y su saliva era una agria y espesa mezcolanza de sabores que le recordaron la cantidad de cerveza, chupitos de *whisky*, tabaco, tequila y enchiladas, que había consumido esa noche. Levantó la

muñeca izquierda y entreabriendo apenas los párpados en unas diminutas rendijas, consultó la hora. Eran las nueve menos cuarto, en quince minutos tenía que abrir la floristería. Se palpó el pecho y las piernas; se había acostado vestido. Si prescindía de la ropa de trabajo podía considerar que estaba listo para salir. Acercó la camiseta a la nariz y el intenso hedor a humo de cigarrillo, sudor y alcohol transpirado que desprendía, le hizo desistir de la idea de ir al trabajo con aquel atuendo.

Arrastrando los pies y deshaciéndose de la ropa a tirones, entró en el baño. Torpemente se metió en la reducida bañera y a punto estuvo de resbalar al

enredarse con las cortinas. Mientras el chorro de agua helada caía inclemente sobre su cabeza, intentó rememorar sus pasos de la noche anterior. Recordaba haber iniciado la juerga en el Gym, donde se les había unido Jason y el último ligue de este, un grandullón barbudo, de risa fácil y contagiosa. Allí comenzaron el largo y alcohólico periplo que les llevó por los bares de la zona buscando coincidir con su «hora feliz», hasta llegar al Splash. El club se hallaba abarrotado, como todos los sábados por la noche, y tras regresar de su segunda visita al «cuarto oscuro», le fue imposible dar con sus amigos. A quien sí encontró en mitad de la pista de

baile, restregándose con un tipo que parecía salido de las páginas centrales de *Out*, fue a Brian. Cuando el abogado le vio, le hizo señas para que se les uniera. Algún retazo de conciencia apresado entre sus difuminados recuerdos le decía que fue entonces cuando decidió volver a casa.

Salió de la ducha sintiendo la mente menos nublada, aunque con la misma falta de predisposición para ir a trabajar de hacía cinco minutos. Se lavó los dientes y usó el enjuague bucal mentolado varias veces, pero aun así no consiguió desembarazarse del espeso regusto a excesos que le llenaba la boca. Vistió unos pantalones de tergal azul y

una camiseta verde de mangas largas, con el dibujo de un elaborado logotipo *vintage* en la espalda y el mismo, pero más pequeño sobre el pecho, que era de obligado uso para todos los empleados de la floristería. Se colocó encima la cazadora y, al acercarse al escritorio para coger sus gafas de sol, se percató de que el portátil aún estaba en el suelo y que junto a él se hallaban los CD's del soldado Miller, perfectamente amontonados, tal y como los había colocado Nicholas. De golpe, la inoportuna conversación mantenida con su amigo y todas esas desagradables reminiscencias del pasado que había traído consigo hasta el presente,

felizmente ahogadas en alcohol durante el transcurso de la noche, regresaron de nuevo a su mente. Le entraron ganas de pisotear los discos, pero ello requería una coordinación que no creía poder conjurar y también un esfuerzo físico que no le apetecía emprender en esos momentos. Salió del apartamento prometiéndose que de ese día no iba a pasar; aprovechando que los domingos por la tarde la floristería cerraba, dormiría una reparadora siesta y después metería toda aquella basura en un sobre para mandarla de vuelta al agujero del que había salido.

Cuando llegó a la puerta de la tienda, veinte minutos después de la hora de

apertura, los dos empleados a su cargo, una chica de ascendencia coreana que se ocupaba de los pedidos por Internet y el cincuentón cascarrabias responsable del transporte y cuidado del género, le esperaban con sendos vasos de humeantes cafés en las manos.

Idris saludó con un gruñido y quitándose las gafas de sol, que se ajustó sobre la cabeza, sacó de un bolsillo las llaves de la persiana. Sun Hee, pequeña, menuda y de ojos tan rasgados que parecían un par de líneas pintadas en su redondo y pálido rostro, le mostró su sempiterna sonrisa al tiempo que le señalaba la cara con un dedo danzarín.

—Una larga noche, ¿eh? ¿Sexo, drogas y rock and roll? —Alzó la mano con el pulgar, el índice y el meñique estirados y concluyó el comentario con un «¡Oh, yeah!».

Idris refunfuñó mientras se agachaba para introducir la llave en la cerradura.

—Deberías hacer algo con ese pelo. —Harry, el otro empleado, encogido dentro de su deslucido abrigo, apuntó con su vaso hacia la cabeza de Idris—. Cuando te lo mojas pareces una fregona. El aludido, parpadeando molesto por la claridad que hería sus ojos, echó un vistazo a la calva pecosa y arrugada del empleado y se encogió de hombros.

—Si me prometéis pasar la mañana



calladitos, cerraremos una hora antes.

Sun Hee palmeó feliz y poco le faltó para derramar su café. Harry soltó un desdeñoso «¡bah!», pero se guardó de añadir nada más.

A media mañana y después de ingerir una buena cantidad de café bien cargado y amargo, Idris logró disipar parte de su resaca; a la hora del almuerzo fue capaz de abrir por completo los ojos y cuando a las cuatro de la tarde abandonaba la floristería con un sobre de mediano tamaño guardado en el bolsillo de atrás de su pantalón, el dolor de cabeza no era más que un leve malestar entre los ojos. Al llegar a su apartamento se sentía lo suficientemente recuperado como para

posponer la siesta y dedicar unos minutos a zanjar el tema del soldado Miller.

Recogió del suelo los CD's y los metió en el sobre. En una hoja de papel que arrancó de una libreta garabateó: «Soy Idris Mackie. No te conozco, por lo que entiendo que te estás equivocando de persona al enviarme estos CD's. Te los devuelvo, por favor, no me envíes más», y la añadió al sobre. Estaba a punto de cerrarlo cuando recordó que posiblemente quedaba un disco dentro del portátil. Lo abrió al tiempo que lo levantaba del suelo; el aparato tardó unos segundos en reiniciarse y cuando lo hizo, la voz de Elton John revivió con

sonoridad:

*Oh, no, no, no... I'm a rocket man. Rocket man, burning out his fuse up here alone. And I think it's gonna be a long, long time 'til touch down brings me round again to find. I'm not the man they think I am at home*<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> - Oh, no, no, no... Soy un astronauta. Un astronauta, quemando sus fusibles allá afuera solo. Y yo creo que va pasar mucho, mucho tiempo hasta que aterrice y me traigan de vuelta otra vez. No soy el hombre que ellos piensan, estoy en casa.

Dejó el ordenador sobre la mesa y escuchó pensativo.

Nicholas le había acusado de no poder oír lo que el soldado Miller pretendía

comunicar con aquellas canciones. Pero se equivocaba. Aquel tipo era transparente como una pompa de jabón, tan solo un sordo, por su evidente imposibilidad física, habría sido incapaz de captar la común historia que había tras aquellas canciones. El hombre que las enviaba adolecía de soledad o de impotencia o de incompreensión o de todo junto, algo que le ocurría a la mitad de la población mundial. Seguro que era alguien que, como tantos, se sentía menospreciado, necesitaba el amor de otra persona para creerse realizado y temía a la muerte; un tipo corriente que había perdido la esperanza en el mundo y se sentía tan desubicado, tan aislado y

frustrado, como un astronauta en órbita alrededor de un planeta cuyos habitantes ni siquiera sabían de su insignificante existencia. O también podía suceder que el soldado Miller no fuera más que un palurdo descerebrado, inepto hasta para escribir una dirección correctamente, que en vez de matar el tiempo de obligado servicio en el culo del mundo limpiando su fusil o masturbándose, se dedicaba a buscar canciones por Internet que ni siquiera entendía para mandárselas a una novia que menos las iba a entender, como una muestra de su mediocre sentido del romanticismo.

Soltó un resoplido despectivo y con desgana sacó un cigarrillo del paquete

que llevaba en el bolsillo del pantalón y lo encendió.

Tanto si era un depresivo crónico o un paleta, le traía sin cuidado; ¿por qué debería importarle? Él no era de los que se preocupaba por los desconocidos, de hecho, incluso pocas veces se preocupaba por aquellos que sí conocía. ¿Y qué si el soldado Miller se sentía solo? ¿Y qué si le tenía miedo a la muerte? ¿Y qué, si como pensaba Nicholas, no se encontraba a gusto en el Ejército? Desde 1973 el servicio militar en los Estados Unidos había dejado de ser obligatorio, si era soldado, lo era por propia elección. No podía entender qué empujaba a un ser racional a tomar

tal decisión, pero si ahora se arrepentía de ello, era su problema, un problema que seguramente se merecía.

Con el cigarrillo en los labios y la ceniza amenazando con caer sobre el portátil, sacó el CD y lo metió en el sobre.

«¿Y tú? ¿Tienes lo que te mereces?».

De no ser porque sabía que se encontraba solo en el apartamento, habría pensado que Nicholas acababa de pronunciar aquellas dos preguntas. Pero no, era su conciencia quien hablaba imitando el tono melifluo y malicioso de su amigo, su conciencia dando inoportunas señales de vida.

Miró hacia la cama. Debajo de ella

permanecía el estuche de violín acumulando polvo y pelusas.

—Supongo que sí —masculló.

Se acercó a la ventana y, apoyando las manos a ambos lados, observó el paisaje que se abría al otro lado. Los árboles que jalonaban la calle mostraban las primeras yemas anunciando la recién estrenada primavera, arriba y abajo caminaban desocupados viandantes, los coches circulaban ruidosos, un grupo de chavales bebían refrescos y manipulaban sus teléfonos móviles sentados en la escalinata del edificio de enfrente. Idris exhaló el humo del cigarro por la nariz y por un instante



todo quedó difuminado por una nube blanquecina.

Nicholas estaba en lo cierto, no era feliz, claro que no lo era, en realidad no creía que nadie pudiera ser feliz, al menos no de esa idílica y artificial forma que la sociedad se empeñaba en recrear en películas, novelas y anuncios, en vender como auténtica cuando solo era una cruel falacia. La diferencia que existía entre él y el resto de infelices, era que estos se esforzaban por alcanzar ese imposible estadio de estabilidad emocional y desesperaban al no poder lograrlo. Idris, en cambio, ni lo intentaba, y en el lugar donde debería hallarse el desconsuelo por saberse

incapaz de ser feliz, existía un profundo pozo lleno de indiferencia que había cavado él mismo.

Sin desearlo, regresaron de nuevo a su mente los recuerdos de aquella lejana noche, tan vividos, aún tan amargos que se diría que desde ese día habían transcurrido unas pocas horas y no más de dos años.

Había llegado a la vivienda de sus padres directamente del Aeropuerto Internacional de Dulles, al día siguiente de la conclusión de su gira por Francia con la Orquesta Sinfónica Nacional, todavía con las quejas, los reproches, los paternalistas consejos del director musical revoloteando como molestos

pájaros dentro de su cabeza; aún sopesando los pros y los contras de tomar la drástica decisión que había estado meditando durante el vuelo desde París a Washington D.C. Al traspasar el umbral de la casa, en lo único en que quería pensar era en una ducha caliente, una cena tranquila y una larga noche de descanso. Tan agotado y ensimismado se encontraba que ni siquiera recordó que era su vigésimo tercer cumpleaños hasta que se asomó al salón.

Allí vio a sus progenitores y a los señores Willis, los padres de Brian, también a la vistosa y talluda editora de su madre y a un tipo alto y elegante, a cuyo rostro, aunque remotamente

conocido, no fue capaz de poner nombre. Todos ellos sostenían una copa de vino blanco, sonreían y charlaban animadamente mientras degustaban el caviar que la señora Farrell, la asistente, les ofrecía en una bandeja de plata.

Hasta que pasados unos largos y lentos segundos no dejó caer al suelo el ajado petate que le servía como equipaje, nadie se percató de su presencia. Las miradas se volvieron hacia él y entonces las sonrisas se acentuaron, resplandecientes, solícitas, y las felicitaciones llovieron. Su madre le besó las ásperas mejillas sin apenas rozarlas, su padre le palmeó la espalda

y comentó algo, en voz baja y casi jocosa, sobre cuando iba a deshacerse de las rastas. Ambos le animaron a entrar y participar en la que era la celebración de su cumpleaños, pero Idris se quedó donde estaba, con el petate a los pies y el estuche del violín colgando de su mano derecha.

—Tenía previsto llegar mañana — comentó, con tanta indiferencia que dio la impresión de que no daba importancia a lo que estaba diciendo—. Pero hubo un problema y me adelantaron el vuelo. ¿Cómo supisteis que llegaría hoy?

—No lo sabíamos —respondió su madre con naturalidad—. Nos pareció buena idea celebrar tu cumpleaños

aunque tú no estuvieras. —Y le acarició la mejilla con un estudiado gesto cariñoso.

—Ya ves —intervino la editora, atusándose con artificio los dorados y lacios cabellos—. Tus padres siempre están pensando en ti.

«Sí», se dijo Idris. «Soy el pretexto perfecto para montar una fiesta».

—Me voy a la cama, estoy hecho mierda.

—Cariño, ese lenguaje —le reprochó su madre, frunciendo levemente el entrecejo en un gesto casi idéntico al que su hijo solía esgrimir cuando algo le contrariaba.

—Espera un momento. —Su padre

tomó del brazo al hombre alto y elegante y lo guio hasta él—. ¿Recuerdas a Elliot Gibson?

Idris ni se esforzó en hacer memoria.

—No.

—¡Claro que sí! —replicó su padre, con una forzada sonrisa que estiró sus gruesos labios—. Lo conocimos hace unos meses, en la recepción después del recital para el senador Johnson, es un afamado representante de concertistas.

—¡Oh, no soy tan famoso! —objetó el hombre exhibiendo una falsa modestia mientras tendía una mano que Idris estrecho con desapego.

—Entre otros, representa a la mismísima Lucia Micarrelli —le

informó su progenitor con tono admirado —. Hemos estado hablando y está dispuesto a incluirte entre sus representados.

Idris miró incrédulo a su progenitor.

—Yo ya tengo representante, ¿recuerdas? Henry, el tipo bonachón que ha estado haciendo tu trabajo de padre durante los últimos años.

Sus ásperas palabras quedaron flotando en el silencio que aconteció, roto solo por los pasos de la señora Farrell que, voluntariamente ajena a lo que sucedía a su alrededor, continuaba ofreciendo caviar. Los señores Willis acentuaron sus sonrisas y buscaron un punto en el infinito en el que fijar la



mirada, la talluda editora esgrimió una expresión de hostil reproche antes de beberse todo el vino de su copa, y Elliot Gibson, mirando incómodo a sus anfitriones, dio un par de pasos hacia detrás apartándose de Idris y sus padres.

—¿Cómo puedes decir algo...? —comenzó su madre.

Pero su esposo la hizo callar con un leve pero autoritario gesto de la mano.

—Henry es sin duda un estupendo representante —admitió, circunspecto, sin que pareciera que las palabras de su hijo le habían afectado—. Pero ya ha hecho por ti todo lo que podía. Te hallas en un momento magnífico de tu carrera y no podemos permitir que se malogre por

una falta de visión. Necesitamos los contactos y la experiencia de Elliot. Estás entre los cinco mejores violinistas del país, con él, estarás entre los cinco mejores del mundo.

La rigidez en el mentón de Idris se hizo ostensible, se le tensaron los labios en una línea recta y sus párpados bajaron lentamente hasta casi ocultar su acerba mirada; por su expresión parecía a un paso de iniciar una disputa, pero al hablar, el tono de sus palabras fue sosegado, casi amable.

—«¿Podemos?». «¿Necesitamos?». ¿Por qué hablas en plural, papá? — Movi6 un poco la cabeza a un lado y a otro con aparente decepci6n—. No.

Aquí el plural no encaja. Vosotros, tú papá —señaló al hombre y después a su madre—, y tú mamá, no padecéis de dolores de espalda y de cuello, no sabéis lo que es la tendinitis de Quervain<sup>13</sup>, no perdéis el sentido del tiempo y de las estaciones de tanto ir de un lugar del mundo a otro; no sufrís el estrés que suponen los extenuantes ensayos y las continuas exigencias de músicos, de directores, de gerentes, del público, que te mira y te escucha pero no te ven ni te oyen. No pasáis horas y horas y horas en estaciones de tren, en aeropuertos, soñando solo con regresar a casa para poder olvidar por unos días el estudio, las partituras, el maldito

movimiento que no termina de salir, las zancadillas de unos, los desprecios de otros, las hipocresías, el impotente miedo al fracaso. No vivís en habitaciones de hotel sintiendo que la soledad os carcome por dentro como un cáncer...

13 - Dolencia producida por la irritación o inflamación de los tendones de la muñeca en la base del pulgar a la que son propensos los violinistas.

—¡Por Dios, Idris! —le cortó con vehemencia su padre arrugando su amplia frente—. ¿Pretendes hacernos creer que tu vida es un tormento? Tienes talento, tienes fama. Medio mundo te admira y te envidia. ¡Eres un privilegiado que puede vivir haciendo lo que le gusta! ¡Tú escogiste esta vida!

—¡No! —profirió, provocando el

sobresalto de su madre e intimidando a un Elliot Gibson que no sabía cómo escabullirse de aquella situación. Por primera vez Idris parecía capaz de perder los estribos. Se encaró con su padre, tan alto como él y reiteró—: No. Yo no escogí las giras, los conciertos, los concursos, ni estudiar en conservatorios de élite. Quería tocar para ser visible, para que mis padres se percatasen de que tenían un hijo. Amo el violín, ¡sí! Amo la música que soy capaz de arrancarle a sus entrañas, pero tenía suficiente con tocar para vosotros y con las clases del maestro Zukerman. Todo lo demás fue por complaceros, por lograr retener vuestra atención y

admiración. Todo fue por vosotros.

Su padre quiso replicar, pero Idris se apartó de él para dirigirse hacia el afamado representante.

—Lo siento, señor Gibson, estoy estudiando seriamente la posibilidad de tomarme un año sabático, así que creo que este no es el mejor momento para hacer negocios juntos. ¿Usted qué opina?

—¿Dejar la música? ¿Ahora? —se horrorizó su padre—. ¿Pero te has vuelto loco? ¿Es que quieres ponérselo en bandeja a los que te vienen pisando los talones?

—Querido... —intentó tranquilizarle su esposa.

—¡Tres meses sin tocar y estarás fuera de los circuitos! —bramó, ignorando a su mujer—. Nadie recordará tu nombre. Tu futuro se habrá ido al garete y todos nuestros esfuerzos y sacrificios no habrán valido de nada. ¡De nada!

—¿Sacrificios? —repitió Idris, con la voz engarrotada—. ¿Vosotros?

—Nosotros, sí, los que hemos costado esos «conservatorios de élite» que ahora parecen sobrarte. ¿Crees que el dinero crece en los árboles? Pues no, requiere mucha voluntad, sudor y dedicación conseguirlo, muchas desilusiones y renunciaciones. Así que deja de comportarte como un crío caprichoso y madura. Has escogido un camino y vas

a continuar por él.

—¿Y si no? —inquirió Idris, clavando sus punzantes pupilas en los iracundos ojos del hombre.

—Y si no ya puedes salir por esa puerta y no volver a poner los pies en esta casa —replicó resuelto.

—¡Francis! —exclamó su mujer, agarrándose a su brazo—. Por todos los santos, ¿qué dices?

Idris ladeó un poco la cabeza y mientras contemplaba a su envarado padre y a su temblorosa y sobrecogida madre, una sonrisa descarnada dio forma a sus labios.

—De acuerdo —replicó, con una suavidad extrañamente sonora, firme,



afilada, que dejó a todos paralizados—. Pero escucha bien esto, papá: jamás volveré a tocar el violín. Está sí que es mi elección.

Se echó el petate al hombro y salió de la casa sin mirar ni una sola vez atrás, y hasta que la empleada de la línea aérea a la que compró un billete para Nueva York le preguntó si quería facturar su equipaje, no se percató de que aún llevaba el estuche del violín aferrado con una mano de nudillos blancos y dedos crispados.

Al llegar a Manhattan se fue directamente al apartamento de Nicholas. Los siguientes tres días los pasó bebiendo cerveza y fumando una

cajetilla de tabaco tras otras. Apenas durmió ni tomo bocado, ante el desasosiego y la impotencia de su amigo que a pesar de sus esfuerzos, fue incapaz de sacarle dos palabras seguidas. Al cuarto día por fin habló, para contarle con pelos y señales la pelea con sus padres y sus consecuencias.

—¿Nunca más vas a tocar? —repitió incrédulo Nicholas—. Ni siquiera tú eres tan terco.

Seis meses después Nicholas, furioso, impotente y descorazonado ante la evidencia indiscutible de que Idris había renunciado por completo a la música, se le enfrentó con una inusitada cólera.

—¡No puedes hacer esto para castigar

a tus padres! No puedes ser tan obcecado, tan rencoroso. Ni esforzándote puedes ser tan estúpido. ¡Hay algo más! ¡Aunque lo niegues sé que tiene que haber algo más!

Y lo había, claro que había algo más. Pero Idris no quiso confiárselo a Nicholas ni a nadie.

Se apartó de la ventana y apagó la colilla del cigarrillo en un cenicero mirando de reojo el sobre con los CD que había quedado abandonado sobre el escritorio.

—El mundo está lleno de infelices que tienen lo que se merecen, ¿eh, soldado Kevin Miller? —manifestó con un deje burlón en sus palabras.

De repente, por algún motivo que se le escapaba, sintió lástima por aquel tipo. Una lástima parca, casi anecdótica, pero lástima al fin y al cabo.

«Te mueres por contarle tus desdichas a alguien y tenías que dar con un tipo como yo», caviló con una media sonrisa. «Menuda mala suerte. No podías encontrar peor oyente».

Se le ocurrió una idea absurda y soltó una risa semejante a un resoplido. Conectó el portátil a Internet y buscó la canción que, sorprendentemente, había acudido a su mente. Tardó en encontrarla más de lo previsto, pero mientras se descargaba a su ordenador, vació el sobre y comprobó uno a uno si los CD

eran regrabables. Ninguno le servía, así que rebuscó en los cajones del escritorio hasta que encontró uno en el que podía copiar la canción.

—*Please allow me to introduce myself. I'm a man of wealth and taste. I've been around for a long, long year. Stole many man's soul and faith*<sup>14</sup> —  
entonó con tranquilidad, observando cómo crecía la barra de color que indicaba el proceso de copiado en el CD.

<sup>14</sup> - Por favor deja que me presente. Soy un hombre de riquezas y buen gusto. He estado aquí por muchos, muchos años. Robé el alma y la fe de muchos hombres.

Una vez hubo concluido, lo sacó del portátil y escribió en su superficie plateada: *Sympathy for the Devil* por

Guns N' Roses. Metió este y el resto de los CD's de nuevo en el sobre y lo cerró. Estampó en el reverso con letra aguda el nombre y el apellido del soldado y la dirección de la base militar, y en la esquina superior izquierda, junto al logotipo de la floristería, sus datos.

Salió del apartamento camino del buzón de correos más cercano, canturreando satisfecho:

—*Pleased to meet you. Hope you guess my name. But what's puzzling you, is the nature of my game*<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> - Encantado de conocerte. Espero que adivines mi nombre. Pero lo que te está confundiendo, es la naturaleza de mi juego.

Al regresar a su apartamento se

percató, con enorme desagrado, que se había dejado sobre el escritorio la nota manuscrita para el soldado Miller.

Cuando un par de días después encontró en su buzón un sobre color sepia, no se alteró; la nueva misiva había sido expedida mucho antes de que él enviara de regreso todos los CD así que simplemente ambas cartas se habían cruzado. Con la misma dejadez de los primeros envíos, tiró el sobre a la papelera bajo el escritorio, esta vez ni se preocupó en abrirlo.

Tras dos semanas, lo que apareció en

el buzón fue un sobre más grande de lo acostumbrado cuyo contenido Idris adivinó con solo ponerle la mano encima. Estuvo a solo un par de sonoros tacos de abrir la puerta del vestíbulo y lanzar el sobre a la calle, pero le pudo la curiosidad y eso le resultó chocante.

Lo abrió en su piso y, como sospechaba, de su interior cayeron todos los CD que en su momento el soldado Miller le había hecho llegar. No había ninguna nota en la que pudiera leerse porque volvían como un maldito bumerán, pero sí un nuevo disco compacto con la misma letra de imprenta de siempre.

—Serás hijo de puta... —masculló



entre dientes sin mucha animosidad.

Los primeros acordes de *House of the rising sun*, interpretados con la visceralidad inconfundible de la banda Muse, le sorprendieron, acostumbrado como estaba a escuchar aquella canción en las *sesenteras* voces de los componentes del grupo británico The Animals. Tumbado en el suelo se entretuvo fumando un canuto y lanzando aros de humo al techo mientras hacía que la canción sonara una y otra vez. Era menos larga y con menos estrofas que la original, pero poseía una melodía más frenética y turbadora que lograba captar su esquivo interés.

—Así que tú tampoco eres un buen

tipo —comentó, contemplando abstraído las vigas del techo—. Yo el diablo y tú un «pobre chico»<sup>16</sup>, menuda combinación.

<sup>16</sup> - Hace referencia a una de las estrofas de *House of the rising sun*: There is a house in New Orleans, they call the Rising Sun. Well it's been the ruin of many a poor boy. And God, I know, I'm one. Traducción: Hay una casa en Nueva Orleans, que llaman del Sol Naciente. Bien, ha sido la ruina de muchos pobres chicos. Y Dios, sé que soy uno de ellos.

Aspiró con fuerza una calada y con placer contuvo el especiado aire en los pulmones.

—Está bien, soldado Kevin Miller, lo has conseguido —susurró paladeando el humo que abandonaba su boca—. Has captado mi atención.



# Tercer movimiento.

## Crescendo

El sol le quemaba la espalda, las nalgas bajo el pequeño bañador, las piernas, ocasionándole una incómoda picazón; pero Idris permanecía inmutable, tumbado sobre la toalla con la frente en el dorso de las manos enlazadas, percibiendo cómo el sudor le empapaba el pelo que le nacía en la

nuca, formaba delgados regueros que descendían por su columna vertebral y goteaba de sus velludas axilas.

—Tengo calor —oyó que gimoteaba Patrick.

—Estamos en Coney Island, en pleno mes de julio —suspiró Nicholas—. Lo raro, cariño, sería que tuvieras frío.

Idris ladeó la cabeza hacia su izquierda para poder mirar al pianista, tumbado en la arena sobre sus antebrazos, de cara a un mar de color gris deslustrado, burbujeante y encrespado por el chapoteo de cientos de bañistas. Dejó vagar la mirada por el largo y flexible cuerpo de su amigo cuya oscura piel el sol bruñía. Se fijó en sus

pies, pequeños y delicados como los de un niño, y subió por las depiladas piernas hasta un bañador turquesa tipo bóxer, muy ajustado, que ponía de manifiesto que era el perfecto ejemplo del aquel viejo cliché sobre los afroamericanos y su extraordinario miembro viril. Continuó por su vientre cóncavo y su pecho lampiño, se detuvo en los oscuros pezones, y al levantar la vista, se encontró con los ojos entornados de Nicholas, acusadores y severos; y supo, sin que ello le provocara ninguna inquietud, que había sido descubierto en su lúbrica contemplación.

—Harías bien en darte un paseo y

buscar a alguien con quien desahogarte —le recomendó con relajado ánimo Nicholas.

—Eso requiere demasiado esfuerzo —resopló. Se dio la vuelta y, recolocándose la gruesa coleta en la que había logrado recoger sus rastas, se tapó el rostro con el antebrazo para protegerse los ojos del sol—. Y hace mucho calor.

—¿Verdad que sí? —intervino Patrick. Estaba sentado a la derecha de Nicholas, se cubría la cabeza con una gorra y el flaco torso con una camiseta blanca que le venía grande, y se abanicaba el rostro usando para ello un periódico doblado en cuatro partes—.

Esto es una tortura.

—Yo dije de ir a Los Hamptons —  
apuntó Jason que, acomodado junto a  
Idris con la pose de un rubicundo buda  
tocado con una gorra de los New York  
Knicks, se entretenía embadurnándose  
los peludos hombros de protector solar  
—. Pero este con sus prejuicios —  
golpeó con su enorme pie la cadera de  
Idris que, apático, ni siquiera protestó  
—, no quería tener que soportar a los  
esnobs de la zona.

—Creo que allí está haciendo el  
mismo calor que aquí —comentó con  
socarronería el pianista—. Pat, cariño,  
¿por qué no te quitas la camiseta?  
Seguro que comienzas a transpirar



mejor.

—¿Quieres que termine tan rojo como una langosta? —le reprochó Jason. Metió la mano, pringosa de crema, en la mochila isotérmica que descansaba a su lado sobre la arena, y sacó una lata de cerveza Budweiser que lanzó a Patrick —. Toma, a ver si te estás calladito un rato.

Idris se incorporó de golpe al escuchar el efervescente chasquido que la lata produjo al abrirse. Alargó la mano y sacó otra de la mochila.

—¡Qué pronto espabilas cuando te conviene! —ironizó Jason.

Con las piernas flexionadas y los brazos apoyados en las rodillas, fue

tomando pequeños tragos de cerveza mientras contemplaba el ir y venir de los numerosos bañistas que a unos pocos metros pululaban por la orilla arrastrando sombrillas, neveras y hamacas plegables.

Surgiendo de entre los gritos de los niños que correteaban persiguiéndose con cubos de arena y agua y el murmullo monótono de la charla de los ociosos instalados a su alrededor, se dejó oír la armónica voz de Celine Dion interpretando *All by myself*. Patrick entonó una estrofa de la canción haciendo grandes aspavientos con los brazos y sin preocuparse de que los agudos desafinados que brotaban de su

garganta estuvieran atrayendo hacia él desaprobadoras miradas.

—¡Bebe y calla, por Dios! —le suplicó Jason arrugando su pecoso rostro—. Eso que haces es atentar contra la música. Por cierto. —Volvió la vista hacia Idris con subida curiosidad—. ¿Qué fue de tu acosador?

Este le miró de reojo.

—Sí, hombre —insistió, interpretando erróneamente la mirada de su amigo como un interrogante—. Me refiero al tipo que te mandó *All by myself* y las otras canciones. El de los CD's. —Durante unos segundos esperó una respuesta que no llegó—. El soldado, coño. ¿No me digas que no te acuerdas?

—Claro que se acuerda —afirmó Nicholas, en un tono a la vez irónico y dulce.

—Eso, ¿qué paso? —se interesó Patrick—. ¿Te pusiste en contacto con él? ¿Averiguaste de qué iba la historia?

—Sí que contactó con él. —Nicholas cerró los párpados y alzó el rostro hacia el cielo para recibir directamente los rayos solares—. Le envió todos los CD's juntitos en un sobre pero se olvidó de explicarle el motivo por el cual se los devolvía, así que el amable soldado Miller se los remitió nuevamente.

—Hay gente que no coge las indirectas —rio Jason. Apretó el tubo de crema que sostenía con una mano y un denso y

nacarado chorro cayó sobre la palma de la otra—. ¿Y entonces? ¿Sigue enviándote música?

—No solo eso. —La boca de Nicholas adoptó una mueca de burlona complacencia antes de añadir con su melosa entonación—: Ahora Idris también le manda canciones.

Jason dejó de untarse crema en sus lanudas piernas y Patrick interrumpió de golpe un sorbo de cerveza y a poco estuvo de atragantarse. Ambos miraron a Idris, tan intrigados como sorprendidos, sin que a este pareciera importarles lo más mínimo su desconcierto.

—¿En serio? —inquirió Patrick con los ojos muy abiertos—. ¿Ya te caen

bien los militares?

—¿Le mandas canciones a un tío raro que no conoces? —Jason sacudió incrédulo la cabeza—. ¿Por qué?

—Eso, Idris —se unió el pianista, entornando ladino los párpados—. ¿Por qué lo haces?

El aludido lo miró de soslayo y le tendió su lata de cerveza.

—¿No quieres beber un trago, darte un baño o enterrar un rato la cabeza en la arena? —le preguntó con un hosco sarcasmo.

—No vale la pena disgustarse —observó, frunciendo la boca en un mohín pusilánime—. Tarde o temprano se habrían enterado de este nuevo hobby

tuyo.

—No hay quién te entienda, Mackie.

—Jason prosiguió con su tarea de aplicarse protección en aquellas zonas de las piernas que no llegaba a cubrir su larga bermuda floreada—. Primero te cabreas porque crees que un soldado anda cachondeándose de ti y ahora te pones a cartearte con él como si fuerais un par de tortolitos.

Idris soltó un gruñido con los labios apretados pero Jason hizo caso omiso de su malestar.

—¿No quieres explicarnos de qué va el asunto?

—¡Cuenta, cuenta! —le animó Patrick—. Me divierten los misterios.

—No hay nada que contar —objetó Idris, desentendiéndose de la conversación con un gesto vago de la mano.

Y no mentía. Aunque hubiera querido, aunque su intención hubiese sido explicarles el porqué de su insólito comportamiento, no habría podido, ya que ni él mismo tenía una justificación lógica para su reciente interés por aquella correspondencia musical ni creía tener deseos de encontrar una.

Podía haber atribuido su actuación a la tenacidad del soldado Miller o al hastío alojado como una rémora en su cotidianidad, el cual le empujaba a buscar estupideces en las que entretener



la mente. O tal vez a que había vislumbrado un desafío, imposible de ignorar, tras esa última canción de The Animals con hombres malos cantando como plañideras arrepentidas por haber errado su camino en la vida, enviada en respuesta a su burlona insinuación de que él era un Lucifer encarnado. Incluso utilizar como excusa un acceso repentino de curiosidad habría valido para calmar su conciencia y despachar momentáneamente el fisgoneo de sus amigos. Pero le constaba que nada de aquello le había animado a navegar nuevamente por Internet, esta vez tras la pista de la vieja canción de la Steven Miller Band, *The Joker*, para

descargarla y tras hacer una copia de ella en un CD, mandarla camino de Fort Hamilton. Y tampoco encontraba motivos para haber escogido esa canción y no otra. Quizás su elección se debía a que la recordaba divertida, a que se identificaba con la irreverente afirmación de Steven Miller de que era «un porrero de medianoche» o porque una de sus estrofas: *You're the cutest thing that I ever did see. I really love your peaches. Want to shake your tree. Lovey-dovey, lovey-dovey, lovey-dovey all the time. Ooo-eee baby, I'll sure show you a good time*<sup>17</sup>, conseguía hacerle reír al pensar en el soldado Miller tratando de dilucidar si había un

significado oculto en las palabras o debía de tomarlas en sentido literal. Habría sido lógico pensar que escoger *The Joker*, como el hecho mismo de enviarla, no era una decisión meditada sino más bien un impulso cargado de burla como antes lo fue *Sympathy for the Devil*, y que posiblemente, teniendo en cuenta lo pronto que se aburría de las novedades, habría sido el último... Pero no lo fue.

17 - Eres la cosa más mona que he visto en mi vida. Me encantan tus melocotones. Quiero sacudir tu árbol. Lovey-dovey, lovey-dovey, lovey-dovey todo el rato. Ooo-eee nena, te voy a hacer pasar un buen rato.

El siguiente sobre, con su previsible contenido, llegó una semana y media después e Idris, sin percatarse de lo rutinario que se había hecho el gesto,

metió despreocupadamente el disco compacto en el portátil dispuesto a escuchar la nueva canción mientras se preparaba la cena. Acababa de sacar del congelador un envoltorio de lasaña de verduras precocinada cuando el piano y los violines comenzaron a sonar. El cuerpo se le tensó, y una corriente helada y dolorosa recorrió sus venas. A la carrera fue hacia el portátil y lo cerró de un golpe, interrumpiendo bruscamente la melodía de *Little Impulse*<sup>18</sup>. Se quedó mirando el ordenador con una sucia sensación de pérdida escarbando en su pecho, como si dentro del dispositivo hubiera un monstruo, indefinible, pero dañino,

esperando para saltar sobre él.

18 - Pieza instrumental incluida en la banda sonora de la película *El piano*.

Aquella no era una melodía que hubiera interpretado con el violín muchas veces, posiblemente no más de media docena. No se trataba más que de una cancioncilla anecdótica con la que alguna vez jugueteó, una melodía sencilla de interpretar por su simpleza y brevedad que no le inspiraba ningún sentimiento, que no le recordaba a nadie, que no tenía para él ningún significado oculto. Y aun así, al oírla, el corazón se le había encogido asaltado por una desgarradora nostalgia.

Permaneció largo tiempo de pie, envuelto en el sereno silencio del

apartamento. Se le helaron los dedos con los que sujetaba la lasaña, pero todo él estaba tan frío que casi no lo notó. Miró en dirección a la cama y tras unos momentos de indecisión se aproximó a ella. Arrodillándose en el suelo alargó el brazo bajo el mueble, tanteando en busca del estuche. Pero nada más sus dedos lo rozaron, los retiró con la celeridad de quien teme quemarse.

La añoranza del etéreo aroma a barniz, del tacto caliente y terso de la madera, de la suavidad casi irreal de las cuerdas, del eco armónico, vital, íntimo de su canto, se convirtió en un dolor sordo que le penetró hasta los huesos con la agudeza de un estilete, en un ansia

muda y espesa que no fue suficiente para persuadirle de romper su promesa, para forzarle a admitir que ese «jamás» era un juramento fatuo sin valor nacido en el calor de una inútil discusión, una pobre excusa con la que pretendía ocultar su cobardía. Nada fue suficiente para obligarle a reunir el valor necesario y atreverse a comprobar, de una vez por todas, la realidad de una sospecha, de un temor que había germinado mucho antes de los dramáticos acontecimientos en su vigésimo tercer cumpleaños.

En vez de tomar el violín, como su corazón deseaba, como sus dedos, sus brazos suplicaban, se levantó y fue hacia la cocina. Desenvolvió la lasaña, la

metió en el microondas, y con la vista en la giratoria bandeja esperó a que el tiempo transcurriera. Al cabo de unos minutos, la campanita estridente del electrodoméstico le anunció que la cena estaba lista. Pero él se quedó inmóvil, con la vista en la puerta de cristal, como si la luz del microondas aún estuviera encendida y el plato en movimiento.

Sentía que algo se le había atravesado en la garganta: un grito, un sollozo, una blasfemia, una súplica, un reproche; algo que le estrangulaba como un nudo apretado y reseco. Sintió ganas de telefonar a Nicholas y de confesarle que no era capaz de vivir sin música, que su decisión dolía cada día más, que



no era feliz, que no lo sería nunca. A punto estuvo de coger el móvil y llamar a su amigo para revelarle que tenía razón, que como había sospechado su decisión era más que un pulso, que una venganza infantil, que una renuncia voluntaria. Pero en vez de eso se sentó ante el portátil, y mientras se torturaba con la repetición de *Little Impulse*, buscó una canción en la red cuya melodía le recordaba a un grito, a cómo en aquellos momentos creía que debía sonar su impotencia y su ira contenida.

Al día siguiente, camino del trabajo, echó en el buzón un sobre con destino a Fort Hamilton que contenía un disco compacto con *Space Dementia* de Muse.

Ni en ese momento, ni mucho antes cuando decidió buscar la canción ni mucho después en la playa siendo interrogado por sus amigos, podía entender por qué lo hizo, pero la sensación de ahogo enredada en su garganta había desaparecido nada más ver caer el sobre en el interior de la boca del buzón.

—No hay nada que contar. No hay nada que contar —refunfuñó Jason—. ¡Claro que hay que contar! Podrías empezar por decirnos qué canciones son las que le estás mandando, creo que eso sería muy revelador.

—Yo preferiría que nos contara por

qué lo hace —manifestó Patrick.

—Eso no quiere decídnoslo.

—Pues a este —señaló con el dedo a un desentendido Nicholas—, sí que se lo ha contado. ¿Por qué a nosotros no, Idris? —le reprochó con desdichado tono.

El aludido no hizo ni el intento de mirarlo y se limitó a beber tranquilamente de su lata.

—A mí no me ha explicado el porqué —se defendió el pianista—. Solo que lo ha hecho. Y estaba colocado cuando me lo contó, así que podríamos decir que no lo ha compartido conmigo voluntariamente.

—¿Cuántas cartas le has mandado? —

inquirió Jason con evidente curiosidad —. ¿Y él? ¿Cuántas te ha mandado ya?

—¡A mí eso me da igual! —exclamó Patrick alzando los brazos al cielo—. ¡Yo quiero saber por qué!

—¡Todos queremos saber por qué, pesado! Pero no va a soltar prenda si insistes tanto.

Idris se puso en pie y, sin prisas, sacudió la arena que tenía adherida a las piernas y al bañador.

—¿A dónde vas? —preguntó Nicholas.

—A seguir tu consejo y buscar con quien desahogarme —replicó, lanzándole una desafiante mirada.

Se marchó caminando lentamente entre los bañistas, bajo la atenta vigilancia de

sus tres amigos.

—¿Quiere encontrar a alguien con quien pegarse? —preguntó Patrick, arrugando el entrecejo como si le hubiera costado mucho trabajo llegar a esa conclusión—. ¿No deberíamos impedirlo?

Nicholas suspiró cansadamente antes de darle un par de amistosos golpecitos en la pierna.

—Cariño, va a buscar con quién follar. Céntrate, por favor.

—Oye, Nick, admite que toda esta historia es rara hasta para Mackie —dijo Jason—. ¿Seguro que no sabes qué está pasando?

—Sé poco más de lo que ahora sabéis

vosotros. —Con el antebrazo se secó el sudor que perlaba su frente—. Desde mayo le manda canciones. Las escoge según su estado de ánimo.

—Pues todas deben de ser marchas fúnebres —comentó Patrick, retomando su abanico.

El pianista se echó a reír.

—Bueno, no sé si *Sympathy for the Devil* podría considerarse una marcha fúnebre.

—Yo no le encuentro sentido —declaró Jason—. ¿Y tú?

—Tampoco —Nicholas reclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Pero creo que para ellos funciona como una especie de terapia musical.

—¿En serio? —cuestionó Patrick—. A mí me parece que son dos tíos aburridos con mucho tiempo libre.

—Pues yo pienso que es algo retorcido. Esto no va a terminar bien —vaticinó solemne Jason.

—Quizás —admitió el pianista—. Pero de momento, el soldado Miller ha conseguido en unos meses lo que yo llevo más de dos años intentando infructuosamente.

Patrick y Jason lo miraron con curiosidad.

—¿El qué? —preguntó este último.

—Que vuelva a escuchar música —respondió Nicholas, y en su tono se pudo apreciar un rastro de tristeza.

Esa noche, los cuatro, aún con las mochilas, las deportivas llenas de arena y la piel irritada por el sol y el salitre, decidieron dar por concluido aquel caluroso domingo tomando chupitos de *whisky* y sándwiches de pollo en el Ty's. Idris regresó a su apartamento de madrugada y borracho y, como no era raro que le sucediese, olvidó poner el despertador. A la mañana siguiente, de mal humor por la resaca, llegó a la floristería treinta y cinco minutos tarde. Sus subordinados, Sun Hee y Harry, le esperaban ante la entrada de la tienda



bebiendo café. Mientras abría la persiana la chica cantó una estrofa de la pegadiza canción de Ian Dury, *Sex and drugs and rock and roll* y Harry dio rienda suelta a un soliloquio sobre los autodestructivos excesos de la juventud.

—Está bien —masculló Idris, mirándolos con sus sanguinolentos ojos por encima de las gafas de sol—. Si hacéis el favor de olvidaros de que existo, me encargaré de cerrar la tienda yo solo para que os podáis ir una hora antes.

Harry apretó los labios y se encogió de hombros y Sun Hee le lanzó un silencioso beso con la mano.

Inesperadamente, el ajetreo de clientes

de aquella mañana logró hacer olvidar a Idris su reseca, y la ligera cabezada que echó en la trastienda después del almuerzo, terminó de recomponerle la mente y el cuerpo. Como prometió, cerró solo la tienda a las siete de la tarde. Camino de su apartamento se detuvo a comprar comida china en El Palacio Dong Hai. Mientras esperaba el pedido, Jason le llamó al móvil. Le propuso verse en el Fat Cat para jugar unas partidas de billar, pero Idris declinó la invitación aduciendo que se encontraba muy cansado.

—¡Estás viejo, Mackie! —se burló Jason.

Idris le dio la razón y colgó sin

ceremonias.

Poco después subía las escaleras hacia su apartamento cargado con un pack de seis cervezas y una bolsa de papel que arrojaba una mezcla de aromas especiados. Estaba ya en la segunda planta cuando se percató de que no había revisado el buzón. Regresó sobre sus pasos, sin ser consciente de que meses atrás no se le habría pasado por la cabeza bajar nuevamente las escaleras por el simple hecho de consultar si tenía correo. En el buzón había varios folletos publicitarios, la factura de la luz y el móvil, y un sobre color sepia que no le molestó encontrar.

«Siempre puntual», comentó para sí

guardando la correspondencia en la bolsa y retomando la marcha. «El Servicio Postal te debe apreciar mucho».

Sentado en el sofá, con los pies sobre la mesa y un partido de béisbol en la televisión, cenó ternera en salsa de ostras, arroz frito con gambas y rollos de primavera. No se molestó en servir la comida en platos sino que la tomó directamente de las cajas de cartón en las que venía envasada. Después, se lio un canuto y disfrutó de las primeras caladas antes de colocar el portátil

sobre la mesa, entre cajas de cartón y latas de cerveza. Cuando fue a introducir el CD leyó el título de la canción; desde el día que *Little Impulse* le abordó por sorpresa, se aseguraba de saber qué estaba a punto de escuchar.

—Mierda —refunfuñó al ver de qué se trataba.

Se reclinó sobre el respaldo del sofá con el canuto en una mano y el disco en la otra.

*Lux Aeterna*<sup>19</sup> no era una pieza que le gustase demasiado. Su rechazo no se debía a las posibles carencias de la composición, no llegaba a juzgarla una genialidad como muchos solían hacer pero era capaz de reconocer que se

trataba de una obra de considerable calidad. Prefería evitar escucharla porque le molestaba tener que aceptar que aquella pieza que había perdido frescura y originalidad debido a su extrema fama y su continuado uso en todo tipo de productos audiovisuales, tenía la dudosa virtud de provocar en su ánimo una desazón embarazosa y pueril.

19 - Pieza instrumental compuesta por Clint Mansell para la banda sonora de la película *Requiem por un sueño*.

—¿Qué tripa se te ha roto, soldado Kevin Miller? —inquirió dando vueltas al CD entre los dedos, observando abstraído su plateada superficie—. ¿Más deprimido de lo normal? —Cerró el portátil y tiró encima el disco—. ¿Un poco más amargado? —Cogió una lata

de cerveza y sin prisas la abrió—. ¿O es que a ti esta canción no te arruina el humor?

Apoyó las piernas en la mesa y bebió un par de sorbos. Con los ojos entornados contempló en el televisor un desfile de anuncios de chicas en ropa interior, cremas contra el envejecimiento, coches último modelo y comida rápida.

Entre caladas y tragos de cervezas, cayó por primera vez en la cuenta de que, desde *Little Impulse*, el carácter luctuoso que caracterizaba a las canciones que solía enviarle, se había acentuado. *Brothers in Arms*, *How to Disappear Completely*, *Hurt*,

interpretada por un moribundo Johnny Cash; esas y algunas otras, habían ido arribando a su apartamento sin que él les prestara demasiado atención, más interesado en el novedoso entretenimiento de elegir canciones y bajarlas de Internet para luego remitirlas al soldado Miller, que en el aburrido juego de intuir qué pretendía este transmitirle con las suyas.

No se sintió culpable al reconocer su desidia, no le preocupó que la suya fuera una actitud egoísta. ¿Por qué habría de preocuparle si entre él y aquel desconocido no existía compromiso alguno, si por no haber nada no había ni algo que pudiera definirse como



amistad? Pero en cambio, sí notó un incipiente interés, o más bien una frívola curiosidad, hacia lo que fuera que estaba cociéndose en la cabeza del soldado Miller y que le volvía más mohíno de lo habitual.

Se terminó la cerveza y tras una última calada, metió dentro de la lata la colilla del canuto que se apagó con un flojo chisporroteo. Por un momento se planteó sacar del cajón los CD y escuchar una por una las últimas canciones, pero la idea apenas sí duró unos segundos en su lánguida mente.

«Otro día». Se desperezó con brazos y piernas. «Demasiado esfuerzo».

Y tras desnudarse, apagó la luz y se

metió en la cama.

Dos semanas después, a Idris comenzó a chocarle la tardanza en la llegada de un nuevo sobre. Cuando se cumplió casi un mes sin noticias, se percató de que, muy a su pesar, los echaba de menos.

Una noche en el Fat Cat, mientras jugaba al billar junto a Jason y Nicholas, hizo notar, sin percatarse de lo espontánea e intempestiva que era la observación, la inesperada interrupción en la correspondencia musical.

—El tipo ese ha dejado de mandarme cartas.

—¿Qué? —inquirió distraído Jason; inclinado sobre la mesa de billar, apuntaba con el taco hacia la bola blanca mientras controlaba con la vista la número cinco

—El soldado. —Pellizcó pensativo la bola de su piercing—. Ahora que su extravagante juego comenzaba a entretenerme le da por desaparecer —agregó con un refunfuño.

—¡Eres increíble, Mackie! —soltó Jason. Golpeó con fuerza la blanca y tras un choque violento, la bola cinco salió disparada hacia la tronera y cayó con estruendo en su interior—. Te cabreas porque un tipo te envía canciones, ahora porque no te las

envía... No se puede ser tan voluble, ¿verdad Nicholas?

El aludido, de pie en un lateral de la mesa, jugueteaba abstraído con los hielos de su Long Island Ice Tea, empujándolos hacia el fondo del largo vaso con una pajita.

—Nick —insistió Jason, elevando la voz por encima del murmullo de las conversaciones de los clientes y el entrecuchar de las bolas sobre el tapete de las numerosas mesas de billar dispuestas por el amplio local. Ante el aparente desinterés de su amigo, centró su atención en Idris, que esperaba su turno apoyado displicente en el taco—. De todos modos yo no me alarmaría.

Seguro que es solo un retraso del Servicio de Correos.

—¿Quién está alarmado? —preguntó con desgana—. Juega ya.

Jason se inclinó sobre el borde de la mesa con una sonrisa taimada en su rostro salpicado de pecas.

—Quizás la última canción que le mandaste no fue de su gusto y ha decidido romper contigo.

—¿Juegas o lo hago yo? —le apremió Idris estoico.

—O ha encontrado a otra víctima de acoso más interesante que tú, lo cual seguro que no es muy complicado. —Su taco golpeó la bola blanca que hizo carambola con la dos y la seis, colando

esta última en la tronera de la banda derecha—. Patrick se va a llevar un disgusto cuando sepa que te ha abandonado, le ilusionaba llegar a conocer el misterio tras las cartas del soldadito.

—Tal vez le ha sucedido algo que le impide seguir con la correspondencia —apuntó Nicholas, interviniendo por primera vez en la conversación.

Sus dos amigos le miraron: Idris frunciendo levemente el ceño, Jason con cierta perplejidad.

—¿Algo como qué? —inquirió este último.

—Supuestamente no estamos en guerra. —Nicholas se encogió de

hombros—. Pero nuestros soldados siguen muriendo en Afganistán, en Irak...

—¡Qué cenizo eres! —le interrumpió Jason. Cogió del borde de la mesa una botella de cerveza y le dio un rápido trago—. Seguro que al tío se le ha olvidado echar el sobre a correos y nada más —aventuró, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—«¿Nuestros soldados?» —repitió entre dientes Idris, inclinando la cabeza hacia delante con gesto hosco—. Serán los tuyos, Nick. «Tus soldados». Míos no son nada. Esa gente no tiene nada que ver conmigo ni con mi vida

—Alegato antibelicista no, Mackie —

se quejó Jason con un resoplido.

—Pues yo diría que con el soldado Miller has hecho una excepción —replicó el pianista sin animosidad—. ¿O acaso, con tu proceder hacia él, no le estas permitiendo formar parte de tu vida?

Idris estudió el sereno rostro de Nicholas con los párpados entornados y cierto destello de desconfianza en los ojos.

—No te equivoques —le advirtió al cabo de unos instantes—. No siento ningún tipo de simpatía por ese tipo ni busco establecer con él relación alguna. Solo mato el tiempo. Lo mismo me daría ir al Central Park a darle de comer a los



patos.

—Pues ve pensando en hacerlo —se entrometió Jason con risueño tono al tiempo que retomaba la partida—. Porque tengo la impresión de que el soldadito ha decidido que tú no eres lo suficientemente bueno para él.

—Juega de una puta vez —le instó adusto—. ¿Por qué tenéis siempre que opinar sobre todo? —se quejó.

—Oye, Mackie —Jason se incorporó para poder mirarlo directamente—. Si tanto te jode que opinemos sobre este tema, no lo saques a relucir. Nadie te ha preguntado, ¿recuerdas? Y por favor, deja ya de querer convencernos de que eres un tipo duro al que le trae sin

cuidado que el resto del mundo y en particular el tal Miller, se vayan al infierno. Si fuera así —apuntó con el taco hacia Idris, acusador—, no te habrías molestado ni en abrir los jodidos sobres. No sé muy bien qué te infunde ese tío ni por qué, pero desde luego no te es indiferente, así que, ¡asúmelo!

—¡Amén, hermano Jason! —exclamó con teatralidad Nicholas alzando el brazo—. ¡Amén!

Idris le brindó una disgustada mirada de reproche.

—¿Qué? —El pianista se encogió inocentemente de hombros—. Cuando tiene razón es de justicia dársela. ¿No,

«tipo duro»?

—Cállate, Nick —le ordenó entre dientes—. Me aburres. Ambos me aburrís.

Tiró el taco contra la mesa formando un estruendo considerable y esparciendo por el tapete las pocas bolas que quedaban, y se marchó en dirección a la barra.

—¡Serás capullo! —le increpó Jason, y dirigiéndose a Nicholas, inquirió—. ¿Y ahora qué le pasa?

El pianista bebió sin prisas de su coctel.

—Le jode darse cuenta de las cosas por terceros.

A mediados de agosto, un martes que regresaba de la floristería, cuando ya pensaba que jamás volvería a tener noticias del soldado Miller, Idris halló dentro de su buzón un sobre sepia. No lo cogió, lo dejó donde estaba y se fue a su apartamento dispuesto a ignorar su existencia. Dos horas después, al comprender que su comportamiento se asemejaba mucho al de una novia despechada, volvió a bajar únicamente para recogerlo. Lo abrió en su casa. Dentro, como era habitual, solo había un CD con el título de la canción pulcramente escrito en una de sus caras.

Tras leerlo y sin tener muy claro el motivo, le asaltó la brumosa sensación de que acababan de darle una mala noticia. Segundos después, al comprender lo que el soldado Miller podría querer referirle con aquella canción, emitió un corto exabrupto que chocó contra sus apretados dientes.

Para cerciorarse de que el título coincidía con la música grabada en el disco compacto, introdujo este en el portátil que descansaba sobre el escritorio y encendió el reproductor. Las primeras notas interpretadas al piano y una voz melódica pero firme confesándole a una madre «acabo de matar a un hombre », confirmaron a Idris

que no había error.

Se encendió un cigarrillo y, mientras Freddie Mercury iba poniendo de manifiesto estrofa tras estrofa su contrición, él fue dando cortas y bruscas caladas con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista clavada en sus zapatillas. En realidad no necesitaba oír la canción para saber qué decía su letra. Como casi cualquier persona, por parca que fuera su cultura musical, conocía el contenido de *Bohemian Rhapsody* y, aunque eran muchos, entendidos y profanos, los que habían elaborado sus propias teorías sobre el trasfondo real de la composición, nadie discutía que literalmente el solista de la banda Queen

confesaba ser un hombre que había asesinado a otro.

—¡Qué cabrón...! —masculló.

Cuando el solo de guitarra de Brian May dio paso a las operísticas voces del coro, apagó el reproductor martilleando varias veces con los dedos en el teclado.

—¿Y ahora qué? —interpeló al portátil—. ¡¿Qué?!

Apagó en cigarrillo con rabia en un cenicero y se dirigió al frigorífico dando grandes y enérgicas zancadas.

—¿Qué se supone que me estás contando? —Cogió una lata de cerveza del interior de la nevera y volvió a cerrar la puerta con un golpe violento—.

¿Qué basura me quieres contar?

Con los labios apretados y la lata comprimida en un crispado puño, se quedó inmóvil en mitad del apartamento.

—No quiero tu mierda —manifestó con desprecio—. ¿Has matado a alguien? ¿Es eso? ¿Te has buscado a Freddie Mercury para contarme que te has cargado a un tío? ¡¿Es eso?!

Abrió la lata y bebió de ella con tragos largos hasta vaciar la mitad de su contenido. Se acercó de nuevo al escritorio y sacó el CD que inmediatamente tiró a la papelera.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? —inquirió a la nada arrastrando las palabras—. ¿Crees que me das lástima?



¿Qué me inspiras alguna compasión? Eres un puto soldado; estés donde estés, te enviaron a matar, para eso te programaron. ¿A qué viene ahora lamentarse? ¿O es que estás presumiendo de tus méritos? ¡Gilipollas!

Le dio una patada a la papelera, que chocó con un estruendo metálico contra una de las patas del escritorio, antes de rodar por el suelo desparramando todo su contenido de colillas y envoltorios. El disco compacto que acababa de tirar, girando en precario equilibrio como una noria, fue a perderse en la oscuridad bajo el sofá.

—¡Joder! —exclamó frotándose la frente con unos rígidos dedos—. ¿Por

qué coño me altero tanto?

Se sentó de golpe en el sofá, rebuscó entre los cojines el mando a distancia y con movimientos bruscos pulsó las teclas para encender el televisor. Bebió de la lata con los ojos en la pantalla pero sin ver el carrusel de anuncios publicitarios que discurría por ella.

—¿Por qué tengo que aguantar yo tu mierda? —protestó. Cerró los párpados e hizo rodar la lata por su frente; el frescor del metal logró enfriar su templada piel—. Búscate a otro. ¿No tienes familia o amigos a los que joder con tus problemas? No voy a ser tu puto paño de lágrimas, no señor. Ve a llorarle a otro, cabrón. Como si yo no tuviera

suficiente con mi mierda —añadió entre dientes.

Se terminó la cerveza y estrujó con fuerza la lata.

—No me das pena, soldado Kevin Miller —afirmó. Su semblante había recuperado cierto sosiego y su cuerpo ya no mostraba la tensión que sus emociones le conferían—. Tienes lo que te has buscado. Si quieres palmaditas de consuelo tendrás que encontrar un idiota a quién le importes algo.

Y como si con ello quisiera poner fin a su soliloquio o silenciar sus exaltados pensamientos, subió el volumen del televisor hasta que el sonido reverberó contra las paredes. Al cabo de un rato,

las quejas del señor Dunning, el inquilino del piso inferior, gritadas a pleno pulmón y acompañadas por el seco golpeteo de una escoba en el techo de su apartamento, le animaron a bajar nuevamente el volumen. Para entonces, con un canuto en la mano, una nueva cerveza en la otra y un ánimo mucho menos belicoso, estaba seguro de haber logrado sacudirse de la cabeza al soldado Miller y sus posibles vicisitudes.

Mientras veía el show de Conan O'Brien cenó una pizza que había

descongelado en el microondas y después se fue a la cama. Al poco de posar la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormido. Fue en algún impreciso momento durante la madrugada, cuando escuchó una voz que a través del denso velo del sueño pronunciaba con claridad su nombre, y despertó de inmediato.

Se sentó en la cama sin sobresalto pero completamente alerta. Sabía a ciencia cierta que aquella voz no era real, que había sonado dentro de su cabeza fruto de su dormida imaginación, pero aun así registró con la mirada la penumbra que perfilaba muebles y objetos, apenas disuelta por la luz del

alumbrado público que penetraba por los dos altos ventanales.

Frotándose los párpados volvió a tumbarse. Hacía mucho que no le sucedía algo parecido.

En los primeros meses tras su traslado a Nueva York para estudiar en la Escuela Juilliard, eran numerosas las noches en que despertaba en mitad del sueño al oír cómo alguien le llamaba. En ocasiones identificaba la voz como la de su padre, otras sonaba igual que la de su madre. Las primeras veces despertaba pensando que venían en su busca para llevarle de regreso a casa, y saltaba de la cama con un ahogado grito de alegría que terminaba transformarse en un

lastimero sollozo cuando comprendía que en el dormitorio solo estaban él y su compañero de habitación. Incluso en alguna ocasión despertó espantado, creyendo que quien le llamaba era el fantasma de uno de sus progenitores que desde el más allá venía para anunciarle su fallecimiento. Pero con el tiempo comprendió que aquellas inquietantes llamadas nocturnas no eran sino una proyección de su subconsciente, la forma onírica en la que su anhelo por regresar a casa se manifestaba. A partir de entonces se fueron produciendo de forma esporádica, hasta que un día dejó de oír su nombre en sueños.

¿De quién era la voz que esta vez

había querido recrear su imaginación? De su madre no; el timbre era claramente masculino. Tampoco se trataba de la voz de su padre; a pesar del tiempo que llevaba sin oírla la habría reconocido entre un millón.

—¿Qué más da? —musitó girando el cuerpo y abrazándose a la almohada.

Que su mente volviera a jugar con él a los fantasmas no era agradable ni tranquilizador, pero al menos no resultaba tan inquietante como cuando era un crío, no tanto como para quitarle el sueño. Así que cerró los ojos y entre gruñidos se acomodó bajo las mantas tratando de hundirse de nuevo en el blando sopor del que había sido sacado



tan repentinamente. Al cabo de un tiempo que le pareció una eternidad, los abrió de nuevo. No conseguía dormirse. Por algún motivo que se le escapaba, sus pensamientos, en vez de aletargarse hasta volverse imprecisos y sucumbir al cansancio, regresaban una y otra vez a esa voz desconocida, firme, directa, que había sonado en su cabeza.

Se tumbó sobre un costado y después sobre el otro. Durante un tiempo indefinido probó un buen número de posturas buscando conciliar el sueño, sin lograr otra cosa que desordenar la ropa de cama. Tanteando el suelo con la mano buscó la cajetilla de tabaco y el mechero que siempre dejaba junto a la

cabecera. Se fumó el cigarrillo recostado contra la pared, contemplando abstraído cómo las luces de los esporádicos coches que circulaban por la calle se proyectaban en el techo, y dejando caer la ceniza al suelo. Cuando quiso apagar la colilla constató que se había olvidado de coger un cenicero. Mascullando improperios se levantó de la cama. Llegó hasta el escritorio sorteando el sofá, palpó su superficie en busca del cenicero y sus manos tropezaron con el portátil.

Por un momento se olvidó de la colilla que se quemaba entre los dedos, de su desvelo, del motivo por el cual se había levantado; y pensó en la voz

desconocida, y en sus padres, y en lo silencioso, frío y vacío que estaba el apartamento. Pensó en lo vacía que estaba su vida. Pensó en el soldado Kevin Miller.

—No serás tú el que me ha hecho perder el sueño, ¿verdad? — Suspirando, estrujó el cigarrillo en el cenicero—. Menudo cabrón...

El soldado Miller no se hallaba en aquella habitación, muy posiblemente ni siquiera se encontraba en el país. Andaba perdido en algún remoto y podrido agujero del mundo rodeado de otros infelices como él, tan desesperado por ser escuchado, por ser comprendido, por escapar de la soledad que le

acechaba que, semejante a un náufrago, enviaba mensajes de socorro esperando que quien los recibiera, fuera quién fuese, pudiera rescatarle. Idris consideraba al soldado Miller como una anécdota, un entretenimiento pasajero con el que escapar de la rutina, una incógnita que no le incumbía, en resumen: un insignificante grano de arena en un gran desierto, y aun así había terminado por colarse en su mente, por infiltrarse en los recovecos de su conciencia y trastear en su subconsciente hasta el punto de convertir a este en un silencioso aliado.

«Debo de estar perdiendo el juicio...».

Abrió uno de los cajones del escritorio y extrajo un sobre grande y manoseado en cuyo interior había guardado todos los CD. Cogió el portátil y el cenicero, y con ambos objetos y los discos compactos, se metió en la cama. Copió todas las canciones en el disco duro y después las fue escuchando según el orden en que creía recordar que las había recibido, una y otra vez, hasta que las luces del amanecer se colaron en el apartamento.

Lo primero que hizo al levantarse fue coger un CD virgen, lo segundo, copiar en él una canción. Después, se duchó tranquilamente, desayunó, metió el disco compacto en un sobre, escribió en él la

dirección de la base militar y sin prisas, dando un tranquilo paseo, se dirigió a su trabajo. Cerca de la floristería había un buzón. Durante un buen rato permaneció delante de él, sin moverse. Ajeno a las miradas curiosas de los transeúntes, contempló con fijeza su estrecha y alargada boca, repitiéndose que aún estaba a tiempo, que aún podía eludir implicarse emocionalmente con el soldado Miller, que si se olvidaba del sobre que llevaba consigo y de la canción que contenía, esa con la que había decidido comunicarle que podía considerarlo un amigo, no tendría que arrepentirse más adelante.

Por fin, con un reniego y un gruñido,

extrajo de la bolsa que llevaba al hombro el sobre y transcurridos unos segundos, la dejó caer por la abertura.

—Lo lamentaré, lo sé —dijo en voz alta.

Sacó el móvil de la bolsa y marcó el número de Nicholas. Su amigo tardó en responder y cuando lo hizo, el tono de su voz era una mezcla de contrariedad y sorpresa.

—¿Idris?

—¿Te he despertado?

Hubo un murmullo de descontento al otro lado del teléfono antes de que el pianista respondiera.

—Estoy de vacaciones, ¿recuerdas? Claro que me has despertado. ¿Qué

quieres?

—Darte las gracias.

—Las gracias —repitió—.

Refréscame la memoria, ¿qué he hecho para merecerlas?

Idris se quedó callado un instante. Echó la cabeza hacia atrás y tras tomar aire, dijo:

—Estar siempre a mi lado. Regalarme tu afecto, tu apoyo y tu amistad. Ser mi amigo a pesar de todo... a pesar de mí.

—Cariño, ¿va todo bien? —inquirió con un deje de inquietud.

—Sí.

—¿Seguro?

—Va todo bien.

Nicholas tardó unos segundos en



replicar.

—De nada. Recuérdate cuando nos veamos que te de un beso. Y por favor —añadió—, la próxima vez que sientas la necesidad de ser agradecido y encantador, espérate por lo menos hasta la hora del *brunch*.

Idris no pudo reprimir una sonrisa.

—De acuerdo.

El pianista se despidió con un bostezo e Idris, tras guardarse el móvil, continuó su marcha hacia la floristería canturreando estrofas de *Stand by me*<sup>20</sup>, la canción que, por ser el más extendido cliché sobre la amistad que conocía, había escogido enviar al soldado Miller.

<sup>20</sup> - Canción escrita e interpretada por Ben E. King e incluida en la banda sonora de la película *Cuenta*

conmigo.

*—If the sky that we look upon should tumble and fall and the mountains should crumble to the sea, I won't cry, I won't cry. No I won't shed a tear. Just as long as you stand, stand by me<sup>21</sup>.*

21 - Si el cielo que vemos encima se desmoronase y cayese y la montaña se derrumbase sobre el mar, no lloraré, no lloraré. No, no derramaré ni una lágrima. Siempre y cuando te quedes, quédate conmigo.

# Cuarto movimiento.

## *Appassionato*

Las primeras lluvias de otoño llegaron a comienzos de octubre. Idris odiaba mojarse, pero todavía más usar paraguas, por ello aquel jueves por la mañana, a pesar de que los negros nubarrones que se agolpaban unos contra otros en el cielo vaticinaban lluvia, salió hacia el trabajo con la única

cobertura de su vieja cazadora vaquera y la capucha de la sudadera que vestía debajo. En el trayecto de regreso a su apartamento, al término de la jornada laboral, la fuerte lluvia que había comenzado hacia el mediodía consiguió empaparle hasta la ropa interior.

No se entretuvo mucho tiempo en el vestíbulo del edificio, el suficiente para recoger el correo y dejar un cristalino charco sobre las baldosas del suelo. Subió los escalones de dos en dos dando a la vez un rápido vistazo a la correspondencia. Como ya sospechaba, el sobre del soldado Miller apareció entre la publicidad y las facturas a pesar de que hacía apenas cinco días que

había recibido el último.

Desde que Idris le enviara el disco compacto con la grabación de *Stand by me*, el tiempo de espera entre misivas musicales había ido disminuyendo y el tono general de las mismas había pasado de ser funesto a relativamente optimista. Primero llegó *With a little help from my friends* interpretada por un bronco Joe Cocker que a la pregunta del angelical coro: *Are you sad because you're on your own?*<sup>22</sup>, respondía: *No, I get by with a little help from my friends*<sup>23</sup>. Aquella canción le dio a entender a Idris que el soldado Miller no solo había captado el ofrecimiento de apoyo que trataba de hacerle llegar a través de la

letra de *Stand by me*, sino que además lo aceptaba. Después arribaron canciones tan dispares en estilo y género entre sí como *Good Vibrations* o *Dancing in the street*, que ponían de manifiesto, con una claridad casi pueril, el progresivo buen humor de su remitente.

22 - ¿Estás tristes por qué estás solo?

23 - No, lo conseguiré con una pequeña ayuda de mis amigos.

Una vez en su apartamento, Idris dudó entre detenerse a escuchar la nueva canción o darse una ducha caliente que entibiara sus helados huesos. Optó por esto último, pero antes sacó del sobre el CD, intrigado por cuál sería la siguiente canción:

—*Vida loca*. Francisco Cespedes —

leyó en voz alta con una muy deficiente pronunciación—. ¿Qué idioma es este? ¿Español?

Un escalofrío que le serpenteó desde la nuca hasta la rabadilla, erizándole el vello de todo el cuerpo, le hizo recordar que aún vestía la mojada ropa. Se la fue quitando camino del baño y antes de entrar en la bañera, la dejó en un desordenado montón dentro del lavabo.

El primer chorro de agua que salió de la ducha estaba tan frío como la lluvia que le había empapado, pero al cabo de unos segundos comenzó a brotar caliente y reconfortante. Idris estiró los brazos y apoyó las manos en la pared, e inclinado hacia delante la cabeza, dejó que el agua

se derramara sobre su nuca y de allí por todo su anguloso cuerpo.

Reflexionaba sobre lo inusual que resultaba que el soldado Miller le enviase una canción en otro idioma cuando se percató de que nunca se había detenido a pensar en cómo sería aquel hombre. Sabía o creía saber algunas cosas sobre él, pero desconocía detalles tan simples como su edad, su altura, su color de pelo y de ojos o su raza. Había dado por hecho que se trataba de un caucásico paliducho oriundo del Medio Oeste, presbiteriano practicante y defensor a ultranza de la Segunda Enmienda<sup>24</sup>, con debilidad por la comida basura, los coches último



modelo y las rubias oxigenadas. Uno de esos tipos, vieja gloria deportiva del instituto, que aún conservaba la cazadora del equipo, la escopeta de cartuchos que su padre le regaló a los quince años y la certeza de que el destino le había robado una vida de éxitos. Alguien lo suficientemente desesperado o estúpido como para tratar de hallar en un desconocido la comprensión y el apoyo que no era capaz de encontrar en los que estaban a su alrededor. Pero ahora, repentinamente espoleada su curiosidad, se preguntaba hasta qué punto podría estar errado. Tal vez Miller, a pesar de su apellido anglosajón, fuera de ascendencia latina

o asiática, el típico pequeñajo de pelo lacio y negro y sonrisa obsequiosa. Quizás se trataba de un caucásico grandullón con alopecia o incluso de un afroamericano delgado, joven y sexualmente dinámico.

24 - Derecho a poseer armas.

Salió del baño frotándose el cuerpo con una toalla y luciendo la sonrisa cáustica que la imagen de un imaginario y desnudo soldado Miller, de piel oscura y notable paquete, había hecho brotar en su rostro. Terminó de secarse los hombros y las axilas a la vez que preparaba el portátil para escuchar la nueva canción.

Los primeros acordes, emitidos por un piano, le parecieron melancólicos, y la

voz del intérprete, próxima a la de un barítono, expresiva, intensa y nostálgica, elegantemente enlazada a una melodía con ciertos tintes de desesperanza que a intervalos ascendía para después abandonarse en un sosiego triste. No comprendía ni una sola palabra de la letra pero le gustó su aparente simpleza y la armonía entre la voz y las notas del piano. Era una canción corta y en el tiempo en que tardó en vestir unos viejos pantalones de algodón y una camiseta, y en liarse un canuto, la hizo sonar hasta tres veces. Para cuando se tumbó en el sofá con el portátil sobre el estómago y el porro encendido haciendo equilibrios entre sus labios, ya tarareaba

algunas estrofas. Navegó por Internet con la intención de encontrar una traducción de la letra, lo cual no le supuso más de unos minutos, y mientras escuchaba de fondo la melodía, fue leyendo en voz baja la transcripción en inglés. La primera lectura le dejó algo desconcertado, la siguiente le dibujó arrugas de extrañeza en la frente, la tercera lo hizo incorporarse en el sofá.

*—Aunque estés adentro y este sentimiento se me antoje eterno, esta lejanía duele cada día porque no te tengo —leyó en voz alta, haciendo oscilar el cigarrillo arriba y abajo—. No tengo tu boca no tengo tus ganas y por más que intento ya no entiendo*

*nada.*

Dio un par de largas caladas al porro antes de retirarlo de su boca.

—Yo sí que no entiendo —afirmó, expeliendo el humo con fuerza.

Leyó de nuevo la primera frase de la canción:

—*Porque tú me faltas...*

Cerró el portátil y lo dejó a un lado. Se cruzó de piernas y durante unos minutos se dedicó a fumar con parsimonia, con la vista perdida en los velos de humo blanquecino que flotaban ante sus ojos.

—No te estarás declarando, ¿verdad?  
—preguntó esbozando una torva mueca  
—. ¡No me jodas! ¿Se te ha ido ya del

todo la sesera, soldado Kevin Miller?

Reclinó la cabeza sobre el respaldo del sofá y cerró los ojos.

—*Esta lejanía duele cada día...* —  
recitó de memoria.

No sabía muy bien hasta qué punto la traducción que había encontrado podía considerarse correcta, pero en base a ella, las posibles interpretaciones de la letra eran pocas. O mucho se equivocaba o el soldado Miller pretendía a través de aquella canción, confesarle su amor a...

Gruñó algo ininteligible y se cubrió el rostro con el antebrazo en un gesto malhumorado.

¿A quién? ¿A él? ¿A Idris Mackie? ¿Al

Idris Mackie que no había oído hablar del soldado Kevin Miller en su maldita vida? ¿Al Idris Mackie que en el colmo de la despreocupación había terminado por adoptar el papel de destinatario de unas misivas que en nada le incumbían, unas misivas que, era indudable, no iban dirigidas a su persona? ¿A quién le hablaba el soldado Miller de amor, de su amor? ¿Al que ignorante de la existencia de unas cartas que nunca le llegaron vivía su vida apaciblemente o al que había decidido responderlas? ¿A ese individuo sin rostro, ni nombre, ni dirección al que un equívoco o la mente desquiciada del soldado había otorgado la identidad de Idris Mackie o al que

contra todo pronóstico había respondido finalmente a su llamada?

Dio una chupada perezosa al cigarrillo y con los dedos libres de la misma mano que lo sostenía, se masajeó el puente de la nariz.

—Vamos, Idris —se dijo—. Te estás equivocando.

Se equivocaba, seguro. Aquella era una canción de amor, eso no se podía negar, pero no un mensaje de amor; su interpretación de lo que el soldado Miller quería expresar con ella tenía que ser errónea. Al fin y al cabo no era la primera vez que le enviaba una canción con el amor como tema principal... ¿o sí?



—Definitivamente... —Se impulsó para ponerse en pie y, desperezándose ruidosamente, sentenció—: Te equivocas, Idris.

A penas cuatro días después, antes de que Idris hubiera decidido siquiera si valía la pena escoger una canción con la que responder a aquella inclasificable *Vida loca*, recibió un nuevo sobre. El CD que contenía venía rotulado como *Love song*.

No tuvo que esperar a escucharla completa ni esforzarse en leer entre líneas para entender su mensaje, que era

directo y meridiano.

—*However far away I will always love you*<sup>25</sup> —cantaba Adele con su conmovedora voz—. *However long I stay I will always love you*<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> - Sin importar cómo de lejos, siempre te querré.

<sup>26</sup> - Sin importar la distancia a la que esté, siempre te querré.

—No me jodas, Kevin Miller —atinó a decir, más asombrado que contrariado—. No me jodas...

El «cuarto oscuro» del Splash estaba atestado de hombres. La luz azul y atenuada de los apliques fijados en las paredes, no conseguía dispersar la

oscuridad que poblaba cada rincón de la alargada y estrecha sala, pero los cuerpos se intuían con facilidad entre las ondulaciones de la penumbra moviéndose al compás cadencioso del placer; algunos entrelazados en un abrazo urgente, otros postrados como solícitos orantes, los menos reclinados unos sobre otros con el abandono propio del deseo saciado.

Idris percibía las figuras apretujadas a su alrededor. Captaba el acerbo y familiar aroma a alcohol, sexo apresurado y sudor, que flotaba en el ambiente. No oía la música que solía ambientar la sala, pero sí el roce sinuoso de los cuerpos, el sonido de

cremalleras abriéndose y el tintineo urgente de hebillas acompañado del murmullo de la ropa al desprenderse de la piel; y también los gruñidos de impaciencia, los besos húmedos entre risas y reniegos, los jadeos, los estertores de placer agónico, los exhaustos suspiros, las groseras proposiciones pronunciadas a media voz, las tardías advertencias y los «¡Oh, Dios mío!».

Cerró los párpados y se abandonó a las caricias de unas manos fuertes y rudas que por debajo de la camiseta se hacían dueñas de su torso y de sus endurecidos pezones.

No recordaba cómo había llegado allí,

si había entrado acompañado o si el hombre que le retenía contra la pared usando el peso de su compacto cuerpo se le había echado encima una vez dentro. Debía de haber bebido mucho para estar tan desmemoriado, pero tampoco recordaba cuánto.

—Espera un momento —le ordenó al tipo.

Palpó su pecho, ancho y musculoso, demasiado musculoso para su gusto, y continuó subiendo por el cuello hasta las mejillas, que encontró salpicadas de una barba hirsuta que no le resultó agradable. Lo miró directamente. Sus rostros se hallaban a escasa distancia pero a pesar de ello no era capaz de

apreciar con claridad sus facciones. Le pareció distinguir un mentón cuadrado, el perfil de una nariz alargada y prominente, una frente amplía, y en el lugar que debían ocupar sus ojos, un par de manchas oscuras.

—Tengo unas determinadas preferencias y creo que tú no encajas en ellas.

—¿Seguro? —inquirió el hombre con un deje lascivo en su ronca voz.

Con las yemas de los dedos descendió por el torso de Idris zigzagueando bajo la camiseta hasta alcanzar su cintura. Detuvo las manos en ella, ciñéndola con una firmeza apasionada y codiciosa, buscó las caderas y siguió su contorno

sin prisas hasta llegar a las nalgas, que apresó de forma repentina, clavando sin clemencia los dedos en la apretada carne.

Un jadeo involuntario vibró en la garganta de Idris que por un acto reflejo cerró los ojos y adelantó la pelvis. El contacto directo con la entrepierna del hombre le reveló que estaba especialmente dotado y tan duro como él, y eso estimuló su excitación y enfrió sus reticencias. Abrió los párpados y rodeándole la cintura con los brazos, lo atrajo imperioso hacia sí, frotándose contra su ingle con estudiada provocación. Sin dejar de mover las caderas, le aferró con los dedos sus

cortos cabellos; tironeando de ellos le instó a torcer la cabeza a un lado y acercándole la boca a la oreja le susurró:

—Tal vez podría hacer una excepción contigo.

Lamió el carnoso lóbulo que sus labios rozaban y a continuación lo atrapó entre los dientes. Notó cómo el tipo se estremecía y que un gruñido entre molesto y excitado se le escapaba, y satisfecho, mordió con un poco más de ímpetu.

—¿Qué otra cosa sabes hacer, aparte de pellizcarme el trasero? —preguntó.

En vez de responder, el tipo se deshizo sin esfuerzo ni aspavientos de su abrazo,



le agarró las muñecas con ambas manos y las inmovilizó contra la pared por encima de la cabeza de Idris.

—Te equivocas, amigo —le advirtió este, sin mostrar resistencia pero con un asomo de suficiencia en la voz—. Aquí soy yo quien controla la situación.

—Hoy no —replicó. Al moverse, sus labios calientes y tersos acariciaron los de Idris, provocándole un ligero cosquilleo—. Hoy quieres dejarme el mando a mí.

—¿Ah, sí? —Rozó apenas con la punta de la lengua el labio superior del hombre—. ¿Y tú cómo sabes lo que yo quiero?

—Te conozco.

El tipo hundió el rostro en su cuello y lo mordió con suavidad. Idris tembló, sacudido por una tórrida corriente que serpenteó por toda su piel.

—Ves cómo te conozco —insistió con la voz envarada por el deseo.

Idris entrecerró los párpados y echó la cabeza hacia atrás ofreciendo la garganta. El tipo, excitado ante su entrega, la atrapó con la boca y los dientes, lamiendo deleitado allí donde la carne sufría los agujonazos de sus mordiscos. Sin dejar de besarle el cuello, le asió ambas muñecas con una sola mano y con la otra comenzó a desabrocharle despacio la hebilla del pantalón. Idris gruñó de impaciencia.

—No tenemos prisa —dijo el tipo. Apoyó la mejilla en la suya y le habló con insinuante tono—. Disfruta, Idris.

El aludido, concentrado en los largos y calientes dedos que le atenazaban las muñecas y en las experimentadas evoluciones cerca de su dura entrepierna, tardo unos segundos en percatarse de que había pronunciado su nombre.

—¿Sabes cómo me llamo? —musitó—. No recuerdo haberme presentado.

—Nos conocemos.

Idris notó cómo la cinturilla del pantalón se aflojaba cuando el hombre, tras desabrocharle el botón, comenzó a bajarle la cremallera lenta, muy

lentamente, tanto que todo su ser se convulsionó, enardecido por la pujanza del deseo insatisfecho.

—Te equivocas. —Idris emitió un ronco jadeo y empujó las caderas hacia delante, reclamando las caricias que su pene necesitaba con urgencia y que tan ingratamente le negaban—. No te he visto en mi vida.

El pantalón se deslizó un poco hacia abajo y los dedos del tipo se movieron suavemente sobre la tela del bóxer, casi sin llegar a tocarla, modelando la forma enhiesta y rotunda del miembro de Idris.

—Y aun así me conoces —le susurró, alargando cada palabra.

El aliento del hombre le acarició la

oreja desatando con vehemencia en su vientre un anhelo imperioso. Idris masculó una maldición; quiso restregar su pelvis contra la mano del tipo, pero este, sin llegar a separar del todo los dedos, mantuvo las distancias. Adelantó la cabeza y apoyó la frente en su hombro con un gesto entre suplicante y frustrado.

—¿Vas a hacer algo de una vez con esa mano? Si de verdad nos conociéramos sabrías que estoy a muy poco de mandarte a la mierda.

El hombre le soltó las muñecas y se apartó un pequeño paso de él.

—Estás a muy poco de suplicarme.

Idris intuyó la sonrisa burlona en sus labios y el deseo expectante en su

mirada, pero la oscuridad que enmarcaba su rostro le negaba la posibilidad de vislumbrar con claridad los detalles de sus facciones.

—¿Por qué no puedo ver tu cara? — rugió—. ¿Quién eres?

—Suplícame, Idris —murmuró.

Idris se lanzó sobre él aferrando su rostro entre las manos. Ávido y entregado, besó sus labios, que se le ofrecían sin reserva, e invadió su boca, secuestrando su lengua, deliciosa y sorprendentemente dócil, que lamió y mordió entre jadeos.

—¿Qué tienes que me pone tan caliente? —inquirió con brusquedad sin detener sus perentorios besos.

El hombre le hizo darse la vuelta y cercándolo con la proximidad de su cuerpo, lo inmovilizó contra la pared obligándolo a apoyar en ella las manos; Idris apenas tuvo tiempo de sorprenderse.

—¡Eh! ¡Eh! —protestó al advertir que le bajaba completamente el pantalón y tiraba del bóxer, dejando a la vista sus nalgas—. No soy pasivo, no te hagas ilusiones.

Notó las manos del hombre descender por su vientre y la peligrosa dureza de su pene hostigándole el trasero.

—Idris —suspiró en su oído, agarrándole el tumefacto miembro—. Idris —repitió cuando comenzó a

masturbarlo.

—No vas a persuadirme —farfulló sin mucha convicción—. Y menos con ese ariete. —A pesar de lo dicho, sus caderas comenzaron a oscilar uniéndose a la cadencia autoritaria y voluptuosa con la que le masajeaba—. Ni lo sueñes...

—No soy yo quien sueña.

Oyó perfectamente la voz sugerente y cavernosa, las palabras pronunciadas con sutileza, pero no pudo entender el significado. Su cerebro no le respondía, fluctuaba entre el placer que aquella experta mano prodigaba a su pene y la deliciosa percepción del desproporcionado miembro que,



acompañado, se deslizaba entre sus nalgas, ascendiendo y descendiendo en una perezosa marcha. De cuando en cuando el tipo detenía este torturador ir y venir, apostando amenazante el glande ante la carnosa entrada; entonces Idris aguantaba la respiración, refrenaba su pelvis y apretaba los dientes a la espera de la acometida, de la invasión que no deseaba, que no quería que se produjese, pero que aun así, en cada oportunidad, se limitaba a aguardar sin protestas, sin preocuparse por la falta de condón ni de lubricante ni por el hecho de que pocas veces gustaba de desempeñar el rol pasivo.

«¿Qué estoy haciendo?» recapacitó su

ofuscada mente.

De repente lo sintió, irrumpiendo con rudeza y seguridad, adentrándose a través de la febril y estrecha carne y anegando sus entrañas de placer y dolor, menos dolor del que recordaba, del que auguraba su sentido común, y mucho más placer del que había sospechado. Por unos instantes permaneció rígido, paralizado, sin resuello, preguntándose confusamente cómo era posible que aquel enorme pene entrara y saliera de su cuerpo con tal gozosa facilidad. Despacio recobró la concentración y el gobierno de su voluntad, y entonces se unió al balanceo que cada investida del hombre, profunda y constante, imprimía

a su pelvis, enlazándolo al ritmo con el que le bombeaba el pene. Una oleada de encadenados estremecimientos le sacudió los miembros y, desorientado, apoyó la frente en la pared. La piel le ardía, como si la sangre que circulaba bajo ella hirviera, y regueros de sudor le corrían por la espalda empapando la camiseta, los acelerados latidos del corazón le reverberaban en los oídos, el pulso, convertido en un hiriente martilleo, se concentraba en sus genitales y en su dilatado ano. Cerró los párpados con fuerza, presintiendo la cercanía del orgasmo, conteniendo el aliento para degustar la inminente vaharada de placer que amenazaba con

arrollarlo. Esperó ansioso, ahogado en una excitación dolorosa y creciente que le envaraba los miembros y emborronaba la mente; pero a pesar de percibir la incipiente descarga engendrándose en su vientre, el orgasmo no llegaba. Tratando de alcanzar el exquisito desahogo que parecía esquivarle, agarró con crispado gesto la mano que sostenía su pene, obligándola a aumentar su presión y la velocidad que imprimía a su masaje, a la vez que redoblaba la energía con la que impulsaba adelante y a atrás las caderas, propiciando que el tipo le penetraran aún más profundo.

—Idris...

—Deja de decir mi nombre —le ordenó entre dientes—. Me desconcentras.

—Pronuncia el mío.

—¡No lo sé! —exclamó, golpeando la pared con los puños.

Sentía su cuerpo atrapado en ese torturador instante previo al estallido final, detenido dolorosamente en el éxtasis, en la cima, sin lograr avanzar hacia el ambicionado descenso, y la frustración le estaba enloqueciendo.

—Sí lo sabes.

—¡No sé quién eres!

—Soy yo.

La voz del hombre se derramó como un extraño eco en su oído. A su

alrededor los cuchicheos, los susurros, los jadeos extasiados, se habían extinguido. Nadie se movía, nadie hablaba, el silencio era una cortina densa que los envolvía.

—Soy el soldado Kevin Miller.

Idris se incorporó en la cama de golpe, con tanta premura que se atragantó con la saliva y tuvo que toser para volver a respirar con normalidad. Atónito, con los ojos llorosos, escudriñó su entorno. Tardó un poco en reconocer los muebles, las ventanas, las paredes. No estaba en el «cuarto oscuro» del Splash

sino en su apartamento, en su cama, solo, y por la forma en que se elevaba la manta entre sus piernas, con una apoteósica erección.

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada con un grosero exabrupto.

—Un sueño —masculló frotándose el sudoroso rostro—. Un simple sueño húmedo.

Simple sí, pero, y eso no podía negarlo, inquietantemente vívido.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que experimentó uno, aunque no por ello podía considerar inusual tenerlo. Solía sucederle si transcurrían demasiados días entre encuentros sexuales, un hecho poco usual, o cuando

no lograba llevarse a la cama al objetivo de turno, menos habitual aún. Pero aquello... Soñar con un completo desconocido y además, y sin muchos reparos, dejarse follar por él, algo que desde hacía años no le permitía hacer a nadie ni en la vida real, rayaba lo absurdo.

Metió la mano en los calzoncillos y se acarició el pene; las pequeñas gotas de semen que escapaban del glande le humedecieron los dedos.

De lo que no le cabía duda era que la ensoñación, por insólita que fuese, había logrado enardecerle como hacía mucho que no le ocurría durante un sueño. Sentirse tan caliente, tan duro, tan cerca



de eyacular, le había sucedido a menudo en sus años en la Juilliard, en el tiempo en que comprendió por qué las revistas pobladas de mujeres con enormes pechos y pubis rasurados que su compañero de habitación se empeñaba en prestarle, no le inspiraban ningún interés y, en cambio, la contemplación de los modelos masculinos de ropa interior que abundaban en los anuncios de las paradas de metro sí captaban toda su atención. Por entonces, el protagonista principal de sus sueños húmedos, descafeinadas sesiones de besos y manoseos por encima de la ropa, era un joven y atractivo profesor que impartía la asignatura de Lenguaje

Musical. Una vez que experimentó su primera masturbación a dúo, con un chico dos años mayor y sin duda poseedor de una dilatada experiencia en cuestiones de sexo, aquellos inocentes sueños pasaron a convertirse en carnales simulacros en los que el tímido profesor evolucionó en un auténtico sátiro que con el tiempo fue cediendo protagonismo a la mitad de los chicos y hombres atractivos que pasaron por la Juilliard. Tras su ingreso en el Real Conservatorio y a medida que sus relaciones sexuales se multiplicaban y ganaba en conocimientos y destreza, sus oníricas fantasías, como si ya no fueran necesarias para aliviar su efervescente

libido juvenil, pasaron de ser cotidianas a convertirse en algo esporádico y, casi siempre, menos entretenidas que la realidad.

Se acarició los genitales y los oprimió con cuidado; estaban tensos y recogidos, preparados para una inminente eyaculación. Se los masajeó despacio, saboreando el placer que el gesto transmitía al resto de su cuerpo. El sueño que acababa de tener podía considerarse muchas cosas pero no aburrido, y la erección que mantenía su pene vertical como un obelisco bajo la tela del bóxer, demasiado apetitosa como para dejarla pasar simplemente porque su mente había querido gastarle

una broma de mal gusto. Quizás aquella inesperada ensoñación era el resultado de llevar días valorando hasta qué punto podía o no estar errado en sus conjeturas sobre las dos últimas canciones del soldado Miller. Demasiados días lamentándose de no haber sabido prever a tiempo que esa extravagante e irracional historia de los CD podía volverse aún más rocambolesca; convenciéndose a sí mismo de la necesidad de dar por terminada, por fin, aquella aventura sin pies ni cabeza.

«Tampoco tengo por qué preocuparme ahora de solucionar ese problema».

Se quitó los calzoncillos y la camiseta, cerró los ojos y, sin apresuramiento, que

era como le gustaba, inició un rítmico recorrido por su grueso miembro, cercandando la carne con unos dedos que ejercían la presión justa para que pequeñas descargas de placer viajaran bajo su piel. Pensó en aquel profesor de Lenguaje Musical, en cómo se le ceñían los pantalones vaqueros a la entrepierna y asomaba su lampiño pecho por la camisa entreabierta; en su carnosa lengua paseándose por los labios, humedeciéndolos, mientras repasaba ejercicios sentado en su escritorio. Se lo imaginó como muchas veces se había imaginado a sí mismo: desnudo de cintura para abajo, inclinado sobre el borde de uno de los pupitres de la

Juilliard, sacudiendo el trasero entre ronroneantes gemidos, reclamando atención. La imagen fustigó su ya desatado deseo. Se mordió los labios y con los dedos de la mano libre se dibujó círculos alrededor de un pezón antes de pellizcarlo. Sin ningún preámbulo su yo imaginario penetró aquel culo tan apetecible, al tiempo que en el mundo real intensificaba la celeridad y la firmeza con la que su mano sometía a su miembro. La tensión acumulada en el vientre amenazó con desbordarse. Se supo al límite, arrastrado sin compasión hacia ese instante fugaz en que cuerpo y mente se incendiarían por el delicioso deleite del orgasmo. Y de nuevo pensó

en el «cuarto oscuro» del Splash, y en las dominantes manos del falso soldado Miller, en su avasallador cuerpo, en su pene irrumpiendo una y otra vez en sus entrañas, codicioso, desmedido, hiriente, adueñándose de sus sentidos, de su conciencia.

Profirió una exclamación gutural y entrecortada cuando el latigazo le quemó las entrañas y se diseminó por todo su ser transformado en placenteros espasmos. Encorvó la espalda hacia delante y se agarró el pene con vehemencia mientras los densos chorros de semen salían disparados salpicándole el estómago y la mano. Con un par de profundas inhalaciones acompañó la

irregular respiración y se tumbó otra vez, acometido por esa repentina y agradable desidia que le era tan familiar.

—Jodido Miller —masculló, contemplando contrariado los goterones de semen entre el oscuro vello de su vientre—. ¿Cómo has conseguido meterte de esta forma en mi cabeza?

El domingo, tras regresar del trabajo, Idris bajó a la lavandería del inmueble situada en el sótano con la ropa sucia de varias semanas, una caja de detergente, un bote de suavizante, una libreta y un



bolígrafo. Tenía por delante más de una hora de espera mientras las prendas pasaban por el proceso de lavado y secado, y pensaba emplear el tiempo en terminar lo que había comenzado hacía tres días, la mañana en la que despertó tras la extraña noche de sueños lúbricos y onanismo.

En la rectangular sala que servía como lavandería, había seis lavadoras alineadas contra la pared del fondo. Tres se hallaban en marcha, dos libres y la última lucía un cartel en el que alguien con poco pulso había garabateado «*aberiada*». De las dos que estaban detenidas ocupó una con vaqueros, uniformes de trabajo y

sudaderas, y otra con ropa blanca; las puso en funcionamiento utilizando la calderilla que para tal ocasión iba reuniendo en un cenicero y a continuación se sentó sobre una de ellas con las piernas cruzadas y el cuaderno sobre el muslo.

No habría una nueva canción para el soldado Miller, en vez de eso había decidido hacer lo que la lógica y su amigo Nicholas, llevaban aconsejándole desde hacía mucho tiempo: escribirle.

Abrió el cuaderno y fijó la vista con esfuerzo en la página que apareció ante sus ojos. A la parca luz que proyectaban los tres fluorescente atornillados al techo y cubiertos de polvo, no resultaba

fácil distinguir las líneas escritas sobre el papel. Las leyó para sí, moviendo los labios en un silencio que solo interrumpía el traqueteo sordo de la ropa en el interior de la lavadora y el intermitente chasquido de unos de los fluorescentes, que parpadeaba sin llegar a apagarse ni a encenderse.

«Mi nombre es Idris Mackie. Desde febrero recibo unos sobres con CD's de música que llegan a mi dirección en tu nombre. No nos conocemos y aunque tengo la seguridad de no ser la persona a la que pretendías enviárselos, en los últimos meses yo...».

A continuación de esas últimas palabras solo había párrafos tachados.

Todos representaban fallidos intentos de explicar el motivo por el cual, si tan claro tenía que no era el destinatario, no había hecho antes nada al respecto.

Fue releendo frases sueltas saltando de un párrafo a otro.

«Intenté devolverte los CD's», explicaba en uno de ellos. «Te los mandé por correo pero se me olvidó meter dentro una nota aclarándote la situación».

Esa parte había sido inmediatamente descartada con un par de gruesos trazos horizontales al percatarse de que no dejaba su intelecto en muy buen lugar.

«Me estabas incordiando más de la cuenta», declaraba en otro. «Quise

zanjar el asunto devolviéndote los CD's por correo, y como broma los acompañé con *Sympathy for the Devil*».

También había tachado aquel fragmento; le hacía parecer más estúpido, si cabía, que el anterior.

«Me aburría y mandarte canciones en respuesta a las tuyas me pareció un entretenido pasatiempo».

Tampoco quiso utilizar aquella frase, ponía de manifiesto, de forma meridiana, la insensibilidad con la que podía llegar a comportarse y, aunque no dejaba de ser una conclusión acertada, por una vez le apetecía no resultar tan indolente.

—Debería de ser más fácil —

mascullo.

Tendría que ser capaz de simplificar las cosas y en un par de frases ir directamente a la cuestión que le interesaba tratar, sin tanto rodeo ni explicaciones sobre por qué no había aclarado antes el equívoco; sin tener que justificar su proceder desde que la primera carta llegó a sus manos ni su descarada intromisión en una correspondencia ajena. Tenía que ser capaz de comunicarle al soldado Miller que había tomado la irrevocable decisión de que aquella historia, que nunca debió empezar, concluyera, sin considerarse obligado a dar un motivo o una disculpa, pero sobre todo, sin sentir

remordimientos.

Tiró el cuaderno sobre la lavadora y sacó un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón. Mientras encendía un cigarrillo contempló despreocupado el cartel de «Prohibido fumar» que colgaba en la pared de enfrente, entre el que advertía no dejar la ropa desatendida dentro de la lavadora ni la secadora y el que, además de servir para ocultar un enorme desconchón en la pintura color malva, amenazaba con acciones legales a los que ocasionasen daños en los enseres de la lavandería.

Flemático, Idris fumó dando largas caladas y exhalando el humo en forma de delicados círculos. De cuando en

cuando lanzaba miradas por el rabillo del ojo hacia la libreta.

«En realidad no quieres mandar esa carta», oyó decir en su cabeza a una voz con el mismo acento sabelotodo de su amigo Nicholas.

—Otro que se cuele en mi cerebro como gato por su casa —gruñó mordiendo la boquilla del cigarro—. Y solo para decir tonterías.

Notó el móvil vibrando en el bolsillo del pantalón contra su muslo segundos antes de que comenzara a sonar. Al examinar la pantalla vio que quien le llamaba era Jason.

—Hola —saludó al descolgar—. ¿Qué quieres?



—¿Te vienes al Ty's? —inquirió su amigo—. He quedado allí con Nick y Patrick para tomar unas cervezas y cenar algo.

Idris bajó de un salto de la lavadora. Con un rápido vistazo constató que aún le quedaba veinte minutos para concluir al programa de lavado.

—¿Qué te parece si nos vemos en una hora?

—Me parece bien —convino Jason, y añadió con vocecita lisonjera—: No te olvides de traer dinero, estamos sin blanca.

—Búscate la vida, gorrón —replicó flemático antes de colgar.

Metió en la cesta de la ropa el

cuaderno, el detergente y la botella de suavizante, y abandonó resuelto el sótano. Pretendía darse una rápida ducha y antes de dirigirse al Ty's, pasar de nuevo por la lavandería, meter la ropa en la secadora y a su regreso o casi mejor, al día siguiente, recogerla. No sería la primera vez que quebrantaba la prohibición de dejar ropa sin supervisar y si el administrador o un vecino llegaba a descubrir su infracción, tampoco sería la primera vez que le soltaran un rapapolvo por su falta de civismo.

Subió a buen ritmo los seis tramos de escalera que le separaban de su planta y, cuando llegó, descubrió parado frente a la puerta de su apartamento a un hombre

alto y algo desgarrado vestido con un pesado gabán corto, como el que usaban los marineros, que le venía grande, y tocado con una gorra de visera larga. Idris se le acercó y cuando estuvo junto a él fue cuando el tipo se percató de su presencia.

—Hola —saludó este haciéndose a un lado y mirándole dubitativo.

Idris lo examinó de arriba abajo sin reserva. Le sobrepasaba casi en una cabeza, tenía unos rasgos marcados y por su mirada inquieta parecía sentirse fuera de lugar.

—¿Qué quieres? —inquirió Idris, se apoyó la cesta en la cadera y tras sacar la llave del bolsillo, la metió en la

cerradura y la hizo girar.

—¡Ah! —El desconocido siguió con la vista sus rápidos movimientos—. ¿Vives aquí? Venía buscando a Idris Mackie.

—Yo soy Idris Mackie. —Empujó la puerta y se plantó entre ella y el tipo alzando una ceja—. ¿Qué quieres?

En el semblante del hombre afloró una inocente expresión de perplejidad.

—Eso es imposible —afirmó, sacudiendo la cabeza—. Yo conozco a Idris y tú ni te le pareces.

—¿Ah, sí? —replicó en un tono claramente retador.

—Bueno él no es... —el tipo dudó, como si le costara encontrar las palabras adecuadas para continuar—. Él

es más alto. Y su pelo —se señaló la gorra con el dedo haciéndolo girar en el aire—. Lo tiene corto y castaño, y es... —titubeó nuevamente—, blanco... quiero decir caucásico.

—¿Un «caucásico» con el nombre de un profeta musulmán? —comentó con un resquicio de sarcasmo—. Me extraña.

—Vale. —El tipo levanto ambas manos con evidente contrariedad—. No sé qué pasa aquí, pero... tú no eres Idris Mackie.

Un par de arrugas plegaron la frente de Idris, su mirada se volvió acerada y su boca adoptó la apariencia de una línea recta.

—Tío —comenzó con aspereza—.

¿De qué vas?

La puerta del 3C se abrió y el coro de maullidos que surgió de su interior interrumpió el intento de réplica del hombre. La señora Vasíliev salió del apartamento y al tratar de cerrar la puerta, un felino de color caramelo asomó la cabeza con intención de escabullirse tras sus pasos. La mujer lo hizo desistir empujándolo cariñosamente con la punta del pie.

—Fiódor, entra en casa —le instó—. Mamá regresa en un momentito.

Cerró y al girarse vio a los dos hombres observándola. Sus inquisidores ojillos fueron de uno a otro y finalmente se detuvieron en la cesta vacía que

portaba Idris.

—No habrás vuelto a las andadas, ¿verdad? —Se les acercó con un paso inesperadamente veloz para su avanzada edad—. Como encuentre tu ropa en la lavandería se la regalo al vagabundo de la parada de autobús.

—Señora Vasíliev —Idris pasó por alto su amenaza y su ominosa mirada—. Dígale a este tío mi nombre, por favor.

La mujer irguió su pequeño cuerpo adoptando una postura autoritaria.

—Lo sabía —sentenció, triunfante—. Esos cigarritos de la risa que fumas a todas horas han terminado por hacerte olvidar hasta tu nombre.

—Pues recuérdemelo, ¿quiere? A mí y

a él.

La señora Vasíliev masculló algo ininteligible y sacudió la mano en el aire como si quisiera apartar de su rostro un enjambre de moscas.

—Se llama Idris Mackie —dijo, encarándose con el desconocido—. Se droga. Se emborracha como un *kazak*<sup>27</sup>. Y le gustan los hombres. —Entornó los párpados clavando su suspicaz mirada en el sorprendido semblante del tipo y, en un tono grave y cómplice, añadió—: Todos los hombres.

<sup>27</sup> - Cosaco en ruso.

Y dicho esto, se encaminó hacia la escalera con su caminar de muñeca de cuerda.

—Gracias, señora Vasíliev —Idris



habló sin mirarla, con la vista en el rostro del hombre que por segundos iba adquiriendo una tonalidad macilenta—. Ha sido usted de mucha ayuda. ¿Satisfecho, amigo?

—Pero... pero —balbuceó. Se quitó la gorra y comenzó a frotarse desazonado los cabellos, muy cortos y tan negros como el ala de un cuervo—. ¿Cómo es que hay dos personas con el mismo nombre? —Su desorbitada mirada se volvió hacia la puerta abierta—. Además, este es el número, la dirección que me dio. No es posible. Y las cartas que he enviado...

—¡Para, para, para! —le interrumpió con brusquedad—. ¿Cartas dices? —Y

antes de que pudiera responder, profirió —: ¿Tú eres el jodido soldado Kevin Miller?

Los ojos del hombre, grandes, profundos y de un oscuro verde oliva, se llenaron de estupor.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Idris soltó un corto resoplido que bien podría haber sido una risotada. Entró en el apartamento, dejó caer la cesta en un rincón y se aproximó a la nevera.

—Necesito una cerveza.

—¡Eh, espera! —le llamó desde el umbral el soldado.

—Entra —le animó. Abrió el frigorífico, agarró una lata de cerveza y la abrió. Al ir a beber de ella, advirtió

que el tipo continuaba en el rellano, estrujando la gorra entre las manos y contemplando con total desconcierto el interior del apartamento—. Tranquilo, por mucho que me guste los hombres no tengo intención de saltar sobre ti.

—No es eso —Kevin dio un inseguro paso hacia delante—. Es que no entiendo que está pasando.

—Pues ya somos dos —sonrió sardónico Idris.

Alzó la lata y bebió de ella dando largos y contundentes tragos.

El soldado cerró la puerta sin hacer ruido y se quedó plantado mirando a su alrededor. Idris apoyó los brazos en la parte superior de la puerta de la nevera

y lo examinó de la cabeza a los pies.

Era más alto que él, lo cual, de entrada, le resultaba molesto. Parecía delgado, de hombros anchos y robustos, aunque aquel enorme gabán que llevaba no permitía apreciar su cuerpo con claridad. Tenía la piel tostada, pero no era su color natural sino más bien el que se adquiere tras pasar muchas horas bajo el sol. Sus brazos, largos, terminaban en unas manos grandes, nudosas, castigadas; manos más propias de quien se gana la vida con ellas que de un soldado. Sus piernas eran recias, también largas, algo arqueadas, y sus pies grandes, acorde con su estatura. No vio en su cuadrado rostro nada

especialmente digno de destacar: unas mejillas tensas y un mentón marcado y firme, cuidadosamente rasurado, una nariz prominente y ancha sobre una boca de labios delgados, unos ojos grandes, de espesas pestañas, y una frente que parecía mucho más amplia debido al exagerado corte de pelo. Calculó que debía de rondar los treinta años o incluso más y eso terminó de desanimarle.

«No, no eres mi tipo», elucubró dando un nuevo trago a su cerveza. «Para nada». Y a continuación se reconvino molesto: «Eres un gilipollas, Idris. No es el momento de pensar en sexo».

—Si aún no estás convencido, puedo

enseñarte mi permiso de conducir —se ofreció, relegando sus cavilaciones a un segundo plano.

—No te preocupes. —Sacudió la cabeza evitando mirar a Idris a los ojos —. Te creo. Es que no estoy seguro de querer saber lo que está sucediendo.

«De aquí no sales hasta que todo este asunto quede bien clarito, capullo», estuvo a muy poco de soltarle. Pero la total confusión y el incipiente desasosiego que leyó en su pálido semblante, le frenó la lengua.

—Tú mismo —concluyó, a regañadientes.

El soldado bajó la vista hacia la gorra que apretaba entre las manos.

—Mis cartas... —titubeó—. Las cartas con canciones... ¿Las has recibido tú?

—Sí —respondió conciso, casi con desidia.

—Pero, sabías que no eran para ti.

—Sí.

Kevin le miró directamente. A sus iris asomó un destello vivaz, una chispa incandescente que bien podría haber sido identificada como un asomo de furia, y que imprimió algo de resolución a su mirada.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Quieres una cerveza? —le interrumpió Idris, alzando la suya en su dirección.

—No... Gracias. ¿Por qué tú...?

—¿Un refresco? —le ofreció, volviendo a frustrar su intento de interrogatorio.

El soldado vaciló e Idris aprovechó para sacar del frigorífico una lata de Coca-Cola. Cerró la puerta y se aproximó a él.

—Siéntate. —Señaló con la cabeza hacia el sofá al tiempo que le tendía la lata—. Ponte cómodo.

Kevin apretó los labios, renuente, y aun así, guardándose la gorra en el bolsillo del gabán, cogió la Coca-Cola y le siguió. Antes de sentarse se desabrochó el abrigo, pero no se lo quitó. Idris se quedó de pie al otro lado



de la pequeña mesa situada frente al sofá. Dejó sobre ella la cerveza y sacó del bolsillo del pantalón el paquete de tabaco.

—¿Fumas?

—No.

—¿Te importa que yo lo haga?

—No —respondió cortante, dejando entrever su impaciencia.

Antes de volver a hablar, Idris se tomó su tiempo para encender el cigarrillo y saborear un par de caladas.

—Llevé las cartas a Fort Hamilton con la intención de devolverlas. Pero como no estabas allí no quisieron cogerlas y me obligaron a traérmelas de vuelta.

—¿Fuiste hasta la base? —se extrañó

Kevin—. ¿No era más fácil devolverlas por correo?

Idris chasqueó la lengua malhumorado; aún le escocía su torpe proceder, tanto que prefirió no entrar en detalles.

—Eso hice después. Pero tú me las mandaste de regreso.

—¡Ah! —se limitó a replicar quedamente. Sostenía entre las manos la lata de refresco sin abrir y la contempló pensativo—. Lo hice, es verdad. Malinterpreté el gesto.

No dijo nada más. Idris tampoco; se dedicó a fumar en silencio, sin importarle que la ceniza del cigarrillo fuera cayendo al suelo, mientras observaba cómo Kevin hacía girar

lentamente la lata entre sus manos.

—Entre los CD's había uno que no era mío —dijo el soldado al cabo de un rato—. *Sympathy for the Devil*. Pensé que devolviéndomelos y añadiendo esa canción, Idris quería decirme... —Calló y unos segundos después alzó la vista. Sus grandes ojos estaban anegados de una lastimera decepción—. Me refiero al hombre que me hizo creer que se llamaba Idris —aclaró, pronunciando las palabras como si se desprendieran pesadamente de su boca—. Deduje que quería decirme que no era como yo pensaba, que tenía defectos que yo desconocía. Defectos que podían perjudicarme, perjudicarnos si

manteníamos una relación. —Exhaló con fuerza el aire de los pulmones evidenciando lo difícil que le resultaba seguir con su explicación—. ¿Entiendes lo que quiero decir con relación?

—Que eres gay —confirmó, impasible.

«De esos gais idiotas que creen en *Príncipes azules* y finales de cuento de hadas», estuvo a muy poco de agregar.

Kevin prosiguió esquivando sus ojos:

—Le devolví de nuevo todas las canciones y añadí *House of the rising sun* para hacerle saber que no me importaban, que nadie es perfecto...

—Sí, ya, que todos tenemos algo de «pobre chico» —intervino—. Esa la

pillé.

Asintió pesadamente, pero no dijo nada. Al poco tiempo, preguntó:

—¿Por qué me enviaste *Sympathy*?

—Bueno, no ibas muy descaminado en tus deducciones. Traté de darte a entender que no era la persona que tenía que recibir las cartas.

—¿Y no se te ocurrió una manera más clara de hacerlo?

—Escribí una nota para acompañar los CD`s —se defendió con desgana—. En ella te decía que no sabía quién eras y que me dejaras en paz.

—No vi ninguna nota —alegó Kevin sin disimular su desconfianza.

—Se me olvidó meterla en el sobre.

El soldado compuso una mueca incrédula.

—¿Se te olvidó?

—¿Nunca se te ha olvidado nada?

Tardó unos segundo en responderle.

—Seguramente sí —dijo desanimado, sacudiendo un poco los hombros—. Las cosas irrelevantes se pasan por alto con facilidad —añadió. Sus palabras destilaban un patente reproche—. Pero, si querías que te dejara en paz, —Le miró a los ojos con hostilidad e Idris, impasible, le sostuvo la mirada—, ¿por qué seguiste enviando canciones?

—No lo sé —respondió, después de una generosa calada al cigarrillo y de expulsar despacio el humo.

—¿Cómo que no lo sabes?

Se encogió de hombros, indolente.

—¡Tienes que saberlo!

—Te digo que no lo sé.

—¿Te lo pidió él? —inquirió alterado.

El desprecio y la indignación se habían apoderado del semblante de Kevin—.

¿Te pidió que me escribieras? ¿Todo esto es una especie de engaño cruel que habéis montado entre los dos?

—¡Claro que no! —protestó—. Ni siquiera sé de quién me hablas.

—¡Tienes que conocerle! —insistió—. ¡Sabía tu nombre, tu dirección!

—¡Te digo que no, tío!

—Entonces, ¿por qué? —Se levantó airado, sujetando la lata con una

crispada mano—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Joder! —Idris emitió un sonoro resoplido de contrariedad—. Había olvidado lo pesado que puedes llegar a ser. —Se dirigió al escritorio y aplastó meticulosamente la colilla en un cenicero hasta convertirla en un amasijo de papel y hebras de tabaco—. Supongo que me resultaba entretenido. Buscaba una canción, te la mandaba y esperaba a ver cuál me mandabas tú.

—Te burlabas —afirmó con amarga acritud Kevin.

—No —negó sin apartar la vista del cenicero.

—Te divertías haciéndome creer que eras Idris.



—Yo soy Idris, coño —masculló impacientándose.

—¡Te reías de mí!

—¡Quería ayudarte! —exclamó de repente, volviéndose hacia él con brusquedad—. ¡Parecías tan necesitado, tan desesperadamente solo y necesitado de que alguien te escuchara!

Sus propias palabras, irreflexivas y espontáneas, le tomaron por sorpresa. Se quedó paralizado y confuso frente a un hombre que, de repente, parecía demasiado abrumado como para poder siquiera replicarle. No sabía qué significaba lo que acababa de soltar. No entendía de dónde habían surgido aquel montón de tonterías empáticas y

solidarias, ¿o no lo eran?

«No sé muy bien qué te infunde ese tío ni por qué», le había dicho Jason. «Pero desde luego no te es indiferente».

Aquel día en lo billares lo sabía, sabía que Jason, que Nicholas, no se equivocaban. Pero prefirió obviar lo que le estaba sucediendo antes de asumir que lo suyo con el soldado Miller ya no era un juego, que quizás nunca lo había sido, que tal vez...

De improvviso, una idea atravesó su mente igual que un relámpago y una sensación de absoluto desasosiego se extendió por su pecho como lava ardiente. Se fijó en Kevin; había adoptado una pose derrotada y su

semblante revelaba el gesto esquivo de quien, sintiéndose avergonzado, no lo quiere demostrar. ¿Y si no lo había hecho por el soldado Miller? ¿Y si realmente el que necesitaba ser escuchado, el que se sentía desesperadamente solo, era él mismo? Él, tan satisfecho con su distanciamiento emocional, tan cómodo en su indolente soledad, tan seguro de no necesitar nada ni a nadie... ¿Y si siempre había sido él?

—Tengo que tomar algo fuerte —  
gruñó.

Fue hacia la cocina y abrió las puertas de uno de los módulos colgados de la pared. En su interior, entre cajas de

cereales, tarros de cristal y paquetes de galletas, había una botella de tequila que agarró con urgencia. Se sirvió una buena cantidad en una taza que encontró en el fregadero y se la bebió de un solo y vehemente trago que le hizo contraer el semblante y soltar un juramento. Mientras volvía junto a Kevin, rellenó otra vez la taza y antes de vaciarla se la enseñó:

—¿Quieres ahora una copa?

El soldado, que había optado por sentarse de nuevo, se mordió los labios con cierta desazón y sacudió la cabeza.

—Un abstemio, ¿eh? —apuntó, sirviéndose más tequila—. Sois una especie en extinción, ¿lo sabes?

Kevin tomó aire y se irguió.

—Alcohólico.

Idris detuvo la taza cerca de sus labios.

—¿Qué dices? —inquirió, observando al soldado por encima del borde.

—Que soy alcohólico. Llevo cuatro años sin probar el alcohol pero te juro... —señaló con la cabeza la botella de tequila que Idris sostenía por el cuello con una mano—, que ahora mismo me la bebía de un trago.

Idris miró de reojo la botella, después la taza y de nuevo a Kevin, que permanecía con su espalda bien enderezada y la expresión ligeramente ansiosa.

—No entiendo. Si no bebes, ¿por qué dices que eres alcohólico? —inquirió, aún con la taza en alto y el ceño arrugado en un gesto de duda.

Kevin exhaló un suspiro que sonaba a resignación.

—Un alcohólico siempre lo es por mucho tiempo que lleve sin consumir, porque la posibilidad de una recaída nos acompaña durante toda la vida. Afirmar que soy ex-alcohólico sería un eufemismo.

Tras pensar unos segundos, Idris se bebió el contenido de la taza de golpe, recogió de la mesa la lata de cerveza a medio terminar y se lo llevó todo hasta el fregadero, donde lo dejó sin muchos

miramientos.

—No hace falta que lo apartes de mi vista —aseguró Kevin.

—No lo hago por ti. —Idris se limpió los labios usando el dorso de la mano y regresó al sofá. Con languidez, se sentó en el lado opuesto al que ocupaba el soldado, dejando entre ambos un considerable espacio. Reclinó la cabeza en el respaldo y cerrando los párpados se masajeó el puente de la nariz—. Si sigo bebiendo me caeré redondo y me perderé el final de este circo —alegó, y no mentía, al menos no del todo.

Kevin le miró de soslayo sin perder su rígida pose.

—No pienses que te lo he dicho para

que me compadezcas.

—No te compadezco.

—Pero lo hacías cuando respondiste a mis cartas.

—Sí —reconoció, ceñudo—. ¿Y qué? ¿Tanto hiere tu orgullo un poco de conmiseración?

—No buscaba que nadie me tuviera lástima —replicó.

—Ni yo quería sentirla precisamente por un soldado. —Contrariado, cerró con fuerza los párpados y con los dientes apretados gruñó algo indescifrable antes de proferir de forma perfectamente comprensible—: ¡Maldita sea! ¡No soporto a los jodidos militares! Mi trabajo me costó sentir algún tipo de



simpatía hacia ti, así que no vengas quejándote.

Los labios del soldado temblaron levemente, como si fueran a esbozar una sonrisa, pero apenas quedó en un espejismo.

—A mí tampoco me caen demasiado bien.

Idris volvió el rostro hacia él luciendo una mueca de burlona incredulidad en la boca.

—En serio —asintió Kevin—. No me sorprendería que tuviéramos opiniones parecidas sobre militares y ejército. — Y antes de que pudiera replicar, añadió —: Pero, buena o mala, tengo que admitir que la vida militar me salvó.

Idris se fijó en sus ojos, enmarcados en aquellas espesas pestañas. Percibió en ellos un rastro de aflicción remota y enraizada, un lastre difícil de disimular, quizás una herida aún por cerrarse, pero también una serena determinación, y le parecieron más grandes que antes, más profundos y hermosos.

—No tienes por qué justificarte —indicó Idris.

—No lo hago —objetó—. Solo expongo un hecho. Convertirme en soldado me salvó la vida.

Calló unos instantes, y ensimismado, con los labios levemente fruncidos y el extremo de una de sus cejas algo levantado, contempló la lata que tenía

entre las manos. Idris dedujo que debía de estar valorando hasta qué punto era una buena idea seguir compartiendo esa parcela de su vida con él.

—Seis meses antes de alistarme había tocado fondo —comenzó—. No lo digo a la ligera. De verdad era un auténtico desecho humano. Estaba tan alcoholizado que ni siquiera me daba cuenta. Pero abrí los ojos y decidí que tenía que hacer lo que fuera para salir del agujero en el que me encontraba.

—¿Qué sucedió? —le interpeló Idris, y agregó irreflexivo—. ¿Cogiste el pedo del año y en pleno coma etílico tuviste una revelación?

La desaprobadora mirada que Kevin le

dirigió le hizo caer en la cuenta de la falta de delicadeza que representaba preguntar ese tipo de cosas a un alcohólico al que se acababa de conocer; pero, aunque una lejana voz en algún recóndito lugar de su mente le exhortó a pedir disculpas y retractarse, se quedó callado, obstinadamente callado.

—No —contestó, sin que su voz denotara emoción alguna—. Tiré a mi hermana por la escalera y perdió el hijo que esperaba.

Idris enmudeció por la sorpresa. No supo qué le descolocaba más, si la inesperada e inexplicable sinceridad de aquel tipo o el dramático suceso que

acababa de compartir. Con más urgencia de la que le habría gustado mostrar, sacó del bolsillo el paquete de tabaco y antes de lanzarlo a la mesa, extrajo de su interior el mechero y un cigarrillo. Al encenderlo, alzó la vista hacia Kevin; en sus ojos aún podía leerse una silenciosa acusación.

—Lo mío no es la diplomacia —alegó, como única disculpa, aunque se le habían ocurrido algunas frases más acertadas—. Te habrás dado cuenta ya —agregó, encogiéndose de hombros.

—Sí.

—¿Te alistaste para expiar tus pecados?

—Ni siquiera lo intentas, ¿verdad? —

ironizó—. Lo de ser diplomático.

Volvió a encogerse de hombros con aire resignado, como si quisiera dar a entender que no podía evitar ser cómo era.

El soldado negó lentamente con la cabeza.

—No, no buscaba expiación. Había decidido dejar el alcohol y para conseguirlo necesitaba una estabilidad y una motivación, pero estaba solo, sin amigos ni familia. Sin trabajo. Yo no soy un patriota ni pretendo ser un héroe, ni tan siquiera me interesan las armas, pero el Ejército me proporcionaba un empleo y también un lugar al que pertenecer y una meta que alcanzar. Cuando recibí la

carta de admisión, llevaba casi cinco meses sin beber y todo para poder ingresar. Era la primera vez, desde que me di a la bebida a los diecinueve años, que estaba tanto tiempo sin consumir. Y sigo sin hacerlo. —Respiró hondo varias veces, preparándose para lo que iba a decir—. El Ejército es un lugar difícil, muy, muy duro, no lo negaré. Algunas cosas de las que he sido testigo no son ni justas ni justificables. Y algunas de las que he hecho... —Le costó continuar la frase—, me acompañarán toda la vida. —Inclinó la cabeza apoyando la frente en la palma de la mano y con los dedos tironeó de sus cortos cabellos—. Pero llevo sobrio

cuatro años y no sería justo negar el papel que el Ejército ha jugado en ello. Y en los últimos meses, si no hubiera sido por las cartas de Idris... —Lo miró con un atisbo de turbación—. Quiero decir... —Se cubrió el rostro con la mano—. ¡Dios mío, que confuso es todo esto!

Idris lo observó pensando que la suya era una estampa lamentable, rozando el patetismo: su figura encorvada, imprecisa dentro del usado gabán; la cabeza reclinada con gesto derrotado, los fuertes dedos con los que trataba de cubrirse el rostro pero que dejaban entrever los apretados párpados, la lata de Coca-Cola a la que parecía agarrarse



como a un salvavidas. Normalmente, cualquier persona que exhibiera de ese modo su fragilidad le habría inspirado desprecio. Pero en este caso solo se sintió invadido por una incompresible sensación de impotencia.

Alargó la mano y le quitó la lata.

—No es un buen *whisky*. —Tras abrirla se la ofreció de nuevo—. Pero dicen que es igual de dañina.

Una leve sonrisa afloró a los labios de Kevin. Idris tan solo pudo disfrutar de la fugitiva visión unos segundos, pero fueron suficientes para hacerle pensar que su boca resultaba mucho más apetitosa cuando sonreía. Esperó a que bebiera un par de sorbos de Coca-Cola

y entonces le propuso:

—¿Qué te parece si nos dejamos de correr en círculos y aclaramos de una vez por toda este embrollo? ¿Cuál es la historia con «tu» Idris Mackie?

El soldado reflexionó durante unos instantes.

—¿Podría hacerte una pregunta personal?

—¿Por qué no?—replicó antes de levantarse y dirigirse al escritorio—. Casi me has contado la mitad de tu vida, supongo que es justo que hurgues un poco en la mía.

—Lo que ha dicho esa anciana en el vestíbulo...

Idris le echó un vistazo por encima del

hombro mientras cogía el cenicero; ya no sonreía y era evidente que su incomodidad había aumentado.

—Me refiero a su afirmación — continuó Kevin, dubitativo—. Esa sobre que te gustan los hombres.

Apagando el cigarrillo en el cenicero caminó de nuevo hacia el sofá, apartó la mesa con el pie y se sentó en ella frente al soldado. A este debió de turbarle la inesperada cercanía, las rodillas de ambos casi se rozaban, porque se apresuró a recostarse contra el respaldo del sofá.

—¿Por qué te cuesta tanto preguntarlo directamente? —inquirió, con visible impaciencia—. Sí, soy gay.

—¿Abiertamente gay? —insistió.

—No llevo una pancarta cada vez que salgo de casa, pero sí, soy abiertamente gay.

Kevin le contempló en silencio; en sus tristes ojos había un atisbo de admiración.

—Yo... no. Por eso creo que estamos en esta situación.

Idris se reclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en los muslos.

—Pensaba que en el Ejército ya no estabais obligados a esa hipocresía del «No preguntes, no digas»<sup>28</sup>.

<sup>28</sup> - En inglés Don't ask, don't tell, es como se conoce popularmente la política sobre homosexualidad de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, derogada por el presidente Barack Obama en 2010.

—No tiene nada que ver con el

Ejército, aunque allí, a pesar de la derogación del 2010, aún es mejor mantener la boca cerrada sobre este asunto. —Volvió a beber con algo de desasosiego—. Soy yo quien prefiere mantener el secreto... Desde el día en que se lo confesé a mi familia.

—No se lo tomaron muy bien, ¿eh? —ironizó, acariciando con el pulgar la pulida bola del piercing.

Mostró a Idris una cansada expresión antes de responder.

—La verdad es que no. —Sus ojos se desviaron, inquietos, dubitativos—. ¿Y la tuya? —se atrevió a preguntar—. ¿Cómo recibió la noticia?

Idris sacudió la cabeza y torció la

boca en una mueca cáustica.

—Nunca hubo un comunicado oficial respecto al tema; nada de: «papá, mamá, soy maricón». No hizo falta. De alguna manera siempre lo tuvieron claro. Y pocas veces se hizo referencia a mi orientación. Nunca hubo entre nosotros una comunicación fluida y ellos tenían otros asuntos más importantes en los que centrar su interés. Aunque... —Hizo memoria unos segundos— Un verano mi madre me dio una guía sobre salud sexual para gais. —Emitió una corta y áspera carcajada—. No resultó una lectura muy entretenida, ya me tenía bien aprendida la lección.

—Yo hubiera preferido algo así —

musitó Kevin.

—No te engañes —le corrigió, con destemplanza—. La indiferencia no es una buena alternativa.

—Cualquier alternativa habría sido preferible. —Se pasó abstraído la mano por los cabellos, a delante y a tras—. Yo pensaba que era mejor ser franco que mentir, confiar que temer. Pero la realidad es muy diferente. —Levantó la Coca-Cola y bebió de ella con avidez, como si realmente fuera el *whisky* que su mente necesitaba—. Mi padre era contratista —comenzó con la vista clavada en la lata—. Tenía una pequeña empresa familiar. Con el tiempo empleó en ella a sus tres hijos mayores: mi

hermana y mis dos hermanos. Yo soñaba con trabajar codo con codo junto a ellos, por eso ni me planteé ir a la universidad. El mismo verano que terminé el instituto, entré en la empresa.

Por un momento, los recuerdos suavizaron las líneas de su rostro. Hubo un destello de nostalgia en su mirada y el verde oliva de sus iris se avivó, los labios se entreabrieron en una delicada sonrisa y un par de pequeños hoyuelos le nacieron en las mejillas. Idris se inclinó un poco más hacía él, atraído por aquella fugaz expresión que le llevó a preguntarse cómo había podido pasar por alto el intenso atractivo de aquel semblante.



—Era feliz trabajando con ellos, muy feliz —musitó antes de que su rostro recuperara su macilento pesimismo—. Pero un día, un cliente le contó a mi padre que me había visto en compañía de un chico del pueblo que tenía fama de marica —continuó—. Cuando me preguntó si yo era gay, le dije la verdad. —Negó con vehemencia—. No debí hacerlo. —Apretó los párpados y la frente se le crispó—. No debí. —Inhaló con fuerza y abrió nuevamente los ojos posándolos en Idris—. Mi padre enfureció, mis hermanos dejaron de hablarme, mi madre casi enferma. Mi hermana fue la única que intentó mediar entre ellos y yo, pero resultó inútil. La

relación comenzó a deteriorarse y yo me desmoroné.

—Y te agarraste a la botella —  
apostillo Idris sin tacto.

Kevin alzó la comisura de la boca en una mueca amarga.

—Supongo que entonces me pareció que me ayudaba en lo malos momentos. Otra nueva equivocación. El alcohol solo consiguió precipitar la ruptura con mi familia. Terminé poniendo tierra de por medio y me vine a Nueva York.

—Huiste.

—Hui —reconoció, y añadió, con un regusto a orgullo herido en la voz—: Piensas que fui un cobarde, ¿verdad?

Idris cogió de encima de la mesa el

paquete de tabaco y se tomó su tiempo para encender un cigarrillo; él también había buscado, al poner distancia con los suyos, una paz que creía merecida, un refugio donde lamerse las heridas.

«No eres el único cobarde aquí», pensó en decirle.

—¿Encontraste lo que buscabas? —fue su réplica.

El soldado se encogió de hombros.

—No sé qué buscaba, pero fuera lo que fuese no lo encontré. Las cosas nunca marcharon bien. Los problemas con el alcohol no ayudan a conservar un empleo, tampoco a los amigos, sobre todo si pretendes ocultarles que eres gay. Quise evitar que mi condición

sexual volviera a causarme dificultades y traté de mantenerla en secreto. Evitaba moverme por ambientes gais o frecuentar la compañía de homosexuales. Aun así tuve unas pocas relaciones, pero la mayoría terminaron en un rotundo fracaso. Alcohólico, desempleado y arrastrando un equipaje de conflictos personales y traumas. La verdad es que no se puede decir que fuera un buen partido —comentó en un tono que intentaba ser sarcástico—. Seis años después de llegar a Nueva York, cuando mi situación era más deplorable, mi hermana me pidió que regresara. Mis hermanos habían dejado la empresa de mi padre y él quería que le ayudara a

remontar el negocio. —Chasqueó la lengua con aire pesaroso—. Que le ayudara sí, pero con condiciones; aunque eso no lo supe hasta que llegue al pueblo. Me citó en su despacho y sin muchos rodeos me dijo que volvería a aceptarme en la familia y que me daría una participación en la empresa si me sometía a una terapia para curar la homosexualidad.

Idris soltó una estruendosa carcajada. Al atragantarse con el humo del cigarrillo y la risa, comenzó a toser ruidosamente.

—¿Te parece divertido? —le reprendió Kevin, disgustado.

—¿Que alguien crea que la

homosexualidad se puede curar? La verdad, sí. —Tosió varias veces más hasta que logró respirar con normalidad —. Le mandaste a la mierda, ¿no?

—Te estoy hablando de mi padre, no de un tipo cualquiera que acabas de conocer en un bar —objetó, vehemente—. ¿Mandarías a tu padre a la mierda?

Idris sacudió la cabeza arriba y abajo mientras daba una calada.

—Si me viene con semejante gilipollez, por supuesto.

Kevin adoptó una despectiva expresión.

—Pues yo no soy así.

—¿Aceptaste?! —inquirió asombrado.

—¡Claro que no! —se exasperó—. Me largué y me emborraché. Y después mi hermana quiso hacerme entrar en razón y yo...

—Ya sé —le cortó flemático—. El incidente de la escalera.

No pretendía hacer un comentario sarcástico, esta vez no. No trataba de ponerle en evidencia ni importunarlo, más bien todo lo contrario. Le interrumpió para evitarle el tener que relatar un hecho traumático para él, uno más de los que intuía habían ido salpicado su vida. Quiso ser amable, pero no supo serlo o Kevin no le entendió, y la irritación en el rostro de este se hizo más patente. La rabia subió

hasta sus verdosos ojos y la boca se le ensanchó en una mueca desabrida.

—Sí, ya lo sabes —masculló con acritud—. Eso y que mi familia me detesta, y mi alcoholismo, y que me dejo embaucar por el primer tipo que me muestra un poco de cariño. ¡Joder! —estalló, manoseándose nerviosamente la cabeza—. ¿Por qué te he contado todo esto? ¿Por qué?

«Por la misma razón que mandaste las canciones», pensó Idris, tentado de agarrar su muñeca y detener el desesperado gesto con el que se frotaba los cabellos. «Porque necesitas que alguien te escuche y te comprenda. Que alguien te consuele».



—No te conozco —se lamentó, cubriéndose los ojos con la mano—. No te conozco, no sé quién eres, y aun así te he contado cosas...

«Sí sabes quién soy», quiso decirle. «Sí me conoces. Me conoces como yo te conozco a ti».

Alargó la mano hacía el rostro del soldado, pero las palabras que este pronunció, articuladas con una voz algo más serena pero aún ronca por la furia, le detuvieron:

—¿Por qué te las cuento si no eres nadie para mí?

Idris sintió como si acabaran de darle una bofetada en pleno rostro, aunque no comprendía el porqué de una sensación

así. Mordió la boquilla del cigarrillo y antes de que el soldado pudiera verle, retiró el brazo y se irguió molesto.

—Solo das rodeos para no hablar del tipo que te engañó.

Kevin respiró hondo y apartó la mano.

—Quizás tengas razón.

—La tengo —afirmó con suficiencia.

—Quizás aún no puedo creer que me mintiera.

Idris extendió los brazos en toda su envergadura y se enderezó con aire desdeñoso.

—¿Necesitas más pruebas?

Un profundo desamparo de adueñó de las pupilas del soldado.

—No ves lo doloroso que es,

¿verdad?

Se encogió de hombros, displicente, pero no respondió.

—No tenía por qué engañarme. — Kevin negó lentamente con la cabeza—. No puedo comprender por qué lo ha hecho. ¿Por lástima? ¿Por maldad? —El mutismo de Idris y su expresión apática le hicieron entender que de él no obtendría una respuesta—. Lo conocí en enero —dijo de repente, con cierta brusquedad—. Nos dieron un día de permiso en la base, después de comunicarnos que nos destinaban a un pueblecito en Afganistán para la reconstrucción de sus infraestructuras civiles. Soy soldado, pero no de

infantería, en el Ejército mi trabajo es el de un simple obrero de la construcción. Había estado de reemplazo otras veces, pero nunca a una zona caliente así que me sentía un poco nervioso y asustado. Salí del cuartel y me dediqué a vagabundear en solitario; cuando quise darme cuenta había entrado en un bar de ambiente. Llevaba años sin entrar en uno y no precisamente por mis problemas con el alcohol, pero ese día...

—Necesitabas compañía —Idris terminó su frase—. Y todo daba igual.

—No lo sé. —El soldado frunció el entrecejo como si le costara entenderse a sí mismo—. Supongo que sí, pero hacía tanto tiempo que evitaba intimar

con nadie que había olvidado qué se siente, cómo es necesitar a alguien a tu lado aunque sea por unas horas, por unos instantes. Estaba sentado en la barra de un bar bebiendo un refresco, escuchando canciones de ABBA y rechazando a los tipos que se me acercaban, mientras me preguntaba qué demonios hacía allí, qué esperaba, si es que esperaba algo. Y entonces apareció. Ni siquiera me fijé en él. Quiso invitarme a tomar una copa o algo parecido. Le dije, como a los otros, que no buscaba compañía. Me dio la impresión de que le contrariaba y pensé, por cómo se apartó de mí, que desistía. Pero agarró un taburete, se sentó a mi

lado y me dijo: «Parece que hoy no ha sido un buen día, ¿eh? Se me da bien escuchar. ¿Quieres ponerme a prueba?».

—Una espontánea sonrisa acudió a sus labios; su expresión se tornó inocente y su mirada dulce como la de un niño ilusionado—. Qué manera más tonta de ligar, ¿verdad? Pero dio resultado. De alguna forma supo cómo conseguir que me relajara, que me sintiera cómodo a su lado, como hacía años que no me sentía con nadie, supo hacer que me abriera a él. Hablamos durante horas, o mejor dicho, yo hablé y él me escuchó. No me juzgaba, tampoco me sermoneaba, ni siquiera condescendía. Daba igual lo sórdido, ridículo o trágico

que fuera lo que le confiaba, él siempre tenía un gesto amable, un comentario oportuno o un consejo, y con su mirada, con su expresión, me hacía sentir su interés y su intención de ayudarme, de comprenderme. En algún momento nos fuimos a un hotel y fue una noche... — Se interrumpió al percibir el tono soñador de su propia voz. Perdió la sonrisa y algo parecido a un crudo dolor empañó sus ojos—. Fue la mejor noche de mi vida.

—Colgarse de un tío por un polvo, por muy bueno que haya sido, es de... —«Perdedores», pensó Idris durante una fracción de segundo—. Desesperados —dijo finalmente. Dio una última calada

al cigarrillo y lo apagó en el cenicero—. Dice poco de tu sentido común.

—No fue el sexo —protestó Kevin—. Pero no creo que tú lo entiendas —agregó, desafiante.

—Quizás si fueras una tía... —contraatacó. Al ver el brillo belicoso de sus ojos, rectificó—. De acuerdo, será que soy un insensible —concedió a regañadientes.

—Da igual, no trato de convencerte de nada. Solo te cuento lo que ocurrió. —Hizo una pequeña pausa, tensa, antes de continuar—. Por la mañana, al despedirnos, fue cuando me percaté de que no sabía apenas nada de él, algo que no me había preocupado. Se lo comenté



y me dijo que era violinista...

—¿Cómo? —le interrumpió Idris, enderezándose—. ¿Te dijo que era violinista?

Kevin asintió.

—Sí. Me contó que había estudiado en la Escuela de Música Juilliard y en el Real Conservatorio de Música de Canadá...

—¡Será hijo de puta! —escupió Idris.

—¿Qué sucede?

No le respondió. Una idea, especialmente kafkiana, acababa de germinar en su mente, provocando que la sangre le hirviera en las venas.

—¿Qué pasa? —insistió el soldado.

—¿Cómo era el tipo?

—¿Cómo era? —repitió, desconcertado.

—Físicamente. ¿Alto? ¿Bajo? ¿Rubio? ¿Moreno?

Kevin reflexionó unos instantes.

—Algo más alto que tú. Delgado. Cabellos castaños, cortos. Ojos grises. Bien vestido, elegante. Y muy atractivo.

Idris cerró los párpados y reclinó la cabeza hacia atrás mientras se frotaba la nuca con una crispada mano. De repente sentía unas incontrollables ganas de emprenderla a golpes con cualquiera que estuviera dispuesto a devolvérselos.

—¿Le conoces? —preguntó el soldado con una precaución más parecida al temor.

Claro que lo conocía, tan bien como para haber identificado sin mucha dificultad su modus operandi: la falta de consideración, la inmoral insensibilidad, la insolente sangre fría.

—No —mintió.

—Le conoces —esta vez no preguntaba.

A Idris le hubiera gustado equivocarse y poder considerar su implicación en aquella extravagante historia como algo anecdótico, ser simplemente un nombre que un individuo anónimo, poco honesto, había copiado de un buzón, para utilizarlo cuando el amante ocasional de turno resultase un pelma con demasiadas expectativas. Pero las evidencias eran

otras. En aquella ciudad, solo un puñado de personas, que se contaban con los dedos de una mano, sabían que Idris Mackie era violinista y dónde había cursado sus estudios. Y de ese puñado de personas, solo una encajaba en la descripción de tipo elegante y bien vestido, sin un ápice de escrúpulos.

«Brian Willis», masculló su mente. «Ese es el cabrón que te engatusó para follarte a gusto».

—Te digo que no.

—Mientes —replicó Kevin apretando los dientes dolido—. Os conocéis. Por eso sabe tu nombre, tu dirección y que eres violinista. Porque lo eres, ¿verdad?

Idris abrió los ojos y enderezando la

cabeza, le dirigió una helada mirada.

—Ya no. Hace casi tres años que no toco.

—Dime su nombre.

—No sé quién es —Y antes de que el soldado pudiera replicar, añadió—: Me follo a muchos tíos. Cualquiera de ellos puede tener esa información sobre mí. A saber cuál de todos te la jugó.

—Pero... —trató de protestar.

—¿Fue idea suya lo de los CD's? —le cortó.

Kevin le miró con una mezcla de malestar y desconcierto pintada en el rostro. Abrió la boca, como si fuera a insistir en su protesta pero, finalmente, la cerró y negó con la cabeza antes de

hablar:

—No. Mía. —Se frotó la mejilla con la palma de la mano en un gesto lento—. Le pregunté si podía llamarle mientras estuviera de servicio, mandarle un e-mail, una carta, cualquier cosa que nos permitiera estar en contacto. Me respondió que no le gustaban las llamadas telefónicas y mucho menos la cursilada de leer o escribir cartas, pero aun así me dio una dirección. —Se encogió de hombros con cansancio—. Esta dirección. A pesar de que me había dicho que no le gustaban las cartas, le escribí varias cuando llegué a Afganistán. Sentía que había surgido algo entre nosotros, algo que no lograba

identificar, y no quería, no podía dejar escapar ese «algo», fuera lo que fuese. Las escribía y las rompía, no era capaz de plasmar en ellas mis sentimientos, posiblemente porque en aquel momento no los entendía. No llegué a enviarle ninguna y entonces un día se me ocurrió lo de las canciones. Mi abuelo fue locutor radiofónico de una cadena musical y me enseñó a sentir la música, a convertirla en una parte importante de mi vida. Creí que podríamos comunicarnos, entendernos sin palabras; él era músico y yo amo la música, ¿por qué no? Tras enviar los primeros CD's y no recibir contestación alguna, comencé a pensar que había cometido un

catastrófico error. Mandar canciones en un sobre... —Soltó un resoplido—. ¿Qué idea había sido esa? Sin una explicación coherente, nada. Cualquiera habría pensado que estaba loco o idiota o lo más razonable, no habría entendido lo que pretendía, lo que intentaba conseguir con semejante comportamiento. Pero entonces, llegó esa primera carta...

—*Sympathy for the Devil* —indicó Idris, sintiendo un pellizco de ansiedad en las entrañas.

El soldado asintió. Premeditadamente apartó la vista para evitar que sus ojos se encontraran con los de Idris.

—No puedes imaginarte la dicha y el



terror que sentí cuando la escuche. Me había respondido, aunque aquella canción sonase como una especie de disculpa o de despedida, pero me había respondido. ¿Podría ser que yo también le importase? ¿Que de verdad, esa noche, esa única e increíble noche ambos hubiéramos conectado? Después, las cartas continuaron llegando en respuesta a las mías, una tras otra. Al principio me costaba comprender qué quería decirme con aquellas canciones, pero entonces me envió *Space Dementia*. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Y pude experimentar su dolor, su furia, su frustración.

Porque los ojos de Kevin estaban

puestos en algún lugar indeterminado al otro lado del ventanal, no pudo ver cómo la mirada de Idris se tornaba afilada igual que una cuchilla, cómo su mentón se contraía, sus mejillas se tensaban y su cuerpo adoptaba una pose rígida, exudando hostilidad. No se percató de cómo sus palabras lograban despertar en él un inusitado resentimiento y unos incomprensibles celos, una mordiente amargura por la pérdida de algo que nunca había poseído.

«¿Su dolor?», pensó rabioso.

—Lo sentí tan cercano, tan afín. Habíamos conectado. No —rectificó Kevin—. Era más que una conexión...

—Abstraído, calló durante unos segundos—. Pensaba continuamente en ello, en lo que estaba surgiendo entre nosotros. Pensaba en mis propios sentimientos. Intentaba darle un nombre, identificar de qué se trataba exactamente, aunque en el fondo creo que sabía qué me estaba sucediendo. Mi incertidumbre se debía tan solo a que me daba miedo admitirlo, decirlo en voz alta, escucharlo de mis propios labios. Mientras las cartas se sucedían en una y otra dirección, me sentía feliz y a la vez tan confuso y asustado. Cada vez que enviaba o recibía una, era como estar montando en una montaña rusa. Y los conflictos armados que se iban

sucediendo en el enclave militar que ocupábamos... —Se cubrió la boca con la mano como si quisiera acallar las palabras que estaban a punto de salir de ella. Negó con la cabeza una y otra vez, siempre con la vista en el infinito, hasta que por fin volvió a hablar aún con los dedos aferrados a su mandíbula—. Durante semanas lo presentí. Supe que iba a ocurrir lo que siempre temí que ocurriría. Cuando me alisté sabía que, como soldado, muy posiblemente tendría que enfrentarme a la eventualidad de herir o matar a otra persona, pero hasta que no sucede, hasta que no aprietas el gatillo, no eres consciente de lo real que es esa posibilidad.

Se llevó la lata a los labios bajo la penetrante mirada de Idris, quien, por la forma en que su mandíbula se contraía, parecía luchar consigo mismo para mantenerse mudo. Bebió con ansiosos tragos hasta que acabó con su contenido. La apretó entre los dedos, y el chasquido que produjo resonó en el gélido silencio del apartamento.

—Era él o yo —murmuró en un tono abatido—. Él o alguno de mis compañeros. No me sentí como un héroe. No me sentí aliviado ni culpable ni a salvo. Creo que durante días no sentí nada. Quise escribir a Idris, contarle con palabras lo que había sucedido. Necesitaba tan

desesperadamente desahogarme. No pretendía justificar lo ocurrido ni excusar mi comportamiento, no buscaba lástima o aprobación; únicamente hablar de ello, sacarlo de mi cabeza, de mi alma, solo quería que alguien me ayudara a asumirlo. Pero temía su juicio, que lo que había hecho le repugnase hasta el punto de despertar su desprecio... Finalmente, después de muchos angustiosos días, solo me atreví a enviar una canción. —Inclinó la cabeza hacia delante, apoyando la frente en un apretado puño—. La mañana que me entregaron su carta con *Stand by me*, había conseguido una botella de vodka que tenía escondida en un rincón de mi

taquilla...

—Mi carta —le atajó Idris con una rudeza que hizo sonar sus palabras cómo golpes secos—. No «suya», mi carta. Mi furia. Mi dolor. Idris Mackie soy yo. ¡Yo! —reiteró hundiéndose un rígido dedo en el pecho—. El de las canciones soy yo. El otro es quien te folló y se olvidó de ti.

Kevin levantó la vista y perplejo, como si lo estuviera viendo por primera vez, contempló a un Idris que, por su congelada expresión de sorpresa, parecía tan asombrado como él por las resentidas afirmaciones que acababa de pronunciar.

—Lo siento —se disculpó el soldado

al cabo de unos incómodos instantes—. Tienes razón. Habló pensando en él, no puedo evitarlo. Pero eres tú. Tuyas son las canciones y la cercanía y el consuelo. Eres tú quien me ha mantenido en pie todo este tiempo. —Se irguió en una pose que traslucía tanta serenidad como tristeza y tomándose su tiempo, concluyó—: Pero no esperes que te dé las gracias, no te las mereces.

No había animadversión en sus palabras ni reproche en su tono, no había en su semblante ni rastro de hostilidad; tal vez por ello, Idris no interpretó aquella afirmación como un ataque, y en vez de replicar con algún comentario beligerante, se quedó en



silencio, contemplando expectante al soldado.

—No debiste entrometerte —le reprochó Kevin—. No tenías derecho a intervenir. Debiste avisarme de que tú no eras el Idris Mackie que yo creía. Era tu responsabilidad advertirme que mis cartas iban dirigidas a un hombre que no existía, a un mentiroso que había decidido engañarme sin necesidad. Habría dolido, pero no como duele ahora. Habría sido un amargo desengaño, sí, pero entonces yo no estaría ahora enamorado de un fantasma, de una ilusoria figura que en base a lo sucedido durante una noche plagada de embustes y engaños, una noche en la que

por primera vez en mucho tiempo me sentí plenamente feliz, he ido construyendo, recreando día a día con las piezas de un puzle que tú, alguien que en realidad no existe para mí, me has ido enviando.

—Te equivocas —replicó Idris, más herido de lo que habría imaginado, más decepcionado de lo que era capaz de soportar—. Existo. Estoy aquí, soy yo quien está aquí.

—Pero no te conozco —negó, moviendo apenas la cabeza, con tanta desesperanza que parecía a un paso de perder completamente el frágil aplomo que aún le quedaba—. En realidad no sé quién eres.

—Sí lo sabes —insistió, rotundo, con una aspereza en la voz que no era furia sino frustración—. Me conoces. —No se dio cuenta de que lanzaba hacia delante la mano para agarrar el muslo de Kevin ni cómo sus dedos se hundían con ansiedad en su carne—. Y yo te conozco.

El soldado lo contempló con la mirada ensombrecida por la desolación. No entendía qué significaba aquella expresión dura que afilaba el semblante de Idris. No lograba interpretar el fulgor que encendía sus ojos escrutadores e inquietantes ni tampoco el gesto casi agresivo, con el que le agarraba la pierna. Pero lo peor era que no

comprendía qué quería dar a entender con su errónea afirmación. Se removió inquieto, visiblemente incómodo. Notaba la mente turbia, agotada y el cuerpo tan tenso que resultaba doloroso. Pensó en levantarse, pero la mano de Idris continuaba cerrada sobre su muslo. Perplejo, le miró a los ojos:

—Da igual, ahora que está todo aclarado, ya nada importa. He de irme.

Idris apretó los dientes pero no dijo nada, y Kevin hizo ademán de incorporarse. Fue en ese momento cuando Idris pronunció una sola palabra, con un tono bronco y urgente:

—Quédate.

El soldado parpadeó, confuso.

—Lo siento. Siento haberte involucrado en una historia tan sórdida. Lo siento de verdad.

Se levantó y entonces Idris apartó apresuradamente la mano, como si algo le hubiera abrasado la palma. Kevin dejó la estrujada lata sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—No irás a hacer ahora una estupidez, ¿verdad? —gruñó Idris.

Agarró el pomo y sin volverse, inquirió:

—¿Una estupidez como emborracharme?

Idris no quiso responder y el soldado no esperó a que lo hiciera:

—No. No voy a permitir que todo esto

me haga más daño.

La puerta se abrió y se cerró tras Kevin, despacio, sin hacer apenas ruido.

Idris sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. Pensó en llamarlo. Pensó en levantarse, abrir la puerta, salir al vestíbulo y llamarlo por su nombre. Pero no lo hizo. Pensó que tenía que ducharse, que si no se daba prisa llegaría tarde a la cita con sus amigos. Pero no se movió. Pensó en la ropa que había dejado en la lavandería, en la amenaza de la señora Vasíliev, en el cuaderno plagado de palabras inútiles y pueriles olvidado en la cesta; en los CD's amontonados en el cajón del escritorio, en los porros que guardaba

en el mismo lugar, en la botella de tequila del fregadero, en los cuatro años que Kevin llevaba sin beber, en lo seca que tenía la boca. Pensó en el hormigueo que sentía en la yema de los dedos que había clavado en el muslo del soldado, en lo hermosos y tristes que eran sus ojos, en mujeres embarazadas rodando escaleras abajo, en sueños húmedos, en hombres uniformados disparando sus fusiles, en el violín olvidado bajo la cama, en el enorme, hondo y gélido agujero que sentía crecer en sus entrañas. Y pensó en lo ridículo que resultaba estar allí sentado, fumando y pensando sandeces sin sentido porque un hombre que le traía sin cuidado, que no

significaba nada para él, al que no conocía, al que no necesitaba conocer, se había marchado sin mirar atrás, sin un «adiós», sin un «nos vemos».

Emitió un reniego ronco y, con la planta del pie, golpeó fuertemente los bajos del sofá. El mueble se desplazó sobre sus patas provocando un desagradable chirrido y dejando a la vista la suciedad agazapada debajo. Entre pelusas cenicientas, un par de paquetes de tabaco vacíos y algunas cáscaras de cacahuets, Idris vio un CD. En su polvorienta superficie podía leerse *Bohemian Rhapsody*.

—Maldito seas, soldado Kevin Miller—susurró mordiendo la boquilla del



cigarro.

Era tarde y hacía frío, pero las calles estaban atestadas de transeúntes con los que Idris se cruzaba inadvertidamente, concentrado en mantener la mente alejada de incómodos pensamientos. Llegó al Ty's justo cuando sus amigos salían del local.

—Hombre, creíamos que ya no venías. —Jason le recibió dedicándole una mueca de fastidio—. ¿No dijiste que en una hora nos veíamos? Pues llevamos más de dos esperándote.

—Íbamos al Fat Cat a jugar unas

partiditas —le informó Patrick mientras se cerraba la cremallera del anorak negro que vestía—. ¿Te apetece? Quien pierda paga las cervezas.

Nicholas se le acercó. Se fijó en el cansancio que destilaban sus ojos, en la tensión alrededor de la boca, en el color desvaído de su rostro, y frunciendo el ceño, inquirió:

—¿Te encuentras bien?

Idris se levantó el cuello de la cazadora y encogiendo el cuerpo, se arrebujo en su interior.

—Sí.

—No tienes buena cara —afirmó el pianista, preocupado.

Patrick acercó su rostro al de Idris.

—Es verdad. Pareces demacrado.

—Seguro que se ha vuelto a pasar con la maría —comentó Jason, con algo de sorna.

Idris, ignorándolos, echó a andar con las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Vamos o no al Fat Cat?

Patrick tuvo que dar un par de largas zancadas para ponerse a su altura mientras que los otros dos los seguían.

—¿A que no sabes la última de Jason?  
—canturreó, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Cierra el pico, bocazas! —le ordenó el aludido, tratando de agarrarlo por el gorro del anorak.

No lo consiguió, Patrick fue más rápido, se colocó delante de Idris y

comenzó a caminar de espaldas para poder enfrentarlo mientras andaban.

—¿Recuerdas aquel tipo de Jersey que vendía coches de segunda mano? — Aunque Idris no contestó, Patrick se tomó su silencio como un «sí»—. Jason fue a verlo ayer al concesionario con la excusa de que estaba interesado en comprar un coche, aunque no tiene ni carné...

—¡Serás cabrón! —bufó Jason.

—No te esfuerces —le recomendó Nicholas. Se agarró flemático a su brazo y caminó apoyando el peso en él—. De todos modos Idris no le está prestando atención.

—A los quince minutos ya estaban

follando encima del escritorio del tipo como un par de osos salvajes. —Patrick, sin dejar de caminar, movió exageradamente los brazos y las caderas, lo que hizo que algunos viandantes que se cruzaron con él se apartasen molestos—. No se percataron de que el micrófono de la megafonía estaba abierto y que los clientes que visitaban el concesionario oían sus burradas y resoplidos. —Soltó una divertida carcajada—. ¿Te lo imaginas? ¡Dame fuerte, cabrón, dame fuerte! —profirió imitando la voz espesa de Jason y golpeándose el trasero—. ¡Hasta el fondo!

Idris se detuvo en seco, tan

inesperadamente que a Jason y a Nicholas les faltó poco para chocar contra él. Patrick se detuvo también aún riendo sin reserva; pero al ver cómo la expresión en el rostro de su amigo viraba de la indiferencia a una cólera hirviente e incontenible, la risa se le congeló en la garganta. Se percató de que los férvidos ojos de Idris estaban puestos en un punto a su espalda y giró la cabeza por encima de su hombro para comprobar qué transfiguraba de aquella manera su semblante.

—Anda, mira. Tu amigo Willis — anunció al ver a una decena de metros al abogado charlando animadamente con otro hombre, alto, atractivo y ataviado

con una gabardina gris.

—No es mi amigo —rugió Idris, royendo cada palabra.

Apartó a Patrick de un empujón y ante la estupefacta mirada de sus tres colegas, salvó en unos segundos, con pasos furiosos y firmes, la distancia que lo separaba de Brian. Se le echó encima como un salvaje y, agarrándolo por la solapa de su abrigo, lo lanzó contra el capó de un coche aparcado junto a la acera. El abogado, tomado por sorpresa, no supo resistirse. Para cuando fue capaz de reaccionar, Idris ya había descargado los primeros puñetazos contra su rostro. Los gritos de dolor de Brian despertaron a los atónitos

espectadores. Algunos transeúntes, que se habían detenido paralizados ante el fulminante ataque, se apartaron asustados mientras otros se alejaban a la carrera. El hombre vestido con gabardina retrocedió prudentemente, arrinconándose junto al escaparate de una zapatería. Nicholas corrió hacia Idris, intentó sujetarlo por los brazos pero Jason se lo impidió.

—¿Qué haces?! —gritó el pianista, cuando su voluminoso amigo tiró de él para apartarlo de la pelea.

—Deja que se desahogue —Jason lo arrastró con un brazo, casi sin esfuerzo, mientras que el que tenía libre lo interpuso ante Patrick—. Ya iba siendo



hora de que alguien le diera una tunda a ese desgraciado.

—¡Jason, por Dios! —El pianista se revolvió sin éxito. Veía como Idris descargaba una y otra vez su puño contra el rostro de Brian y como este se debatía cubriéndose con los brazos y pateando, intentando evitarlos—. ¡Que lo va a matar!

—¡Qué va! —le contradijo, agarrándolo por el cuello con el antebrazo e inmovilizándolo contra su ancho costado—. Aún podría darle más fuerte.

Alrededor de ellos comenzó a formarse un nutrido grupo de curiosos; mientras unos miraban entre

horrorizados y fascinados la violenta escena, otros se afanaban en ocupar una buena posición para grabarla con sus móviles. Algunas voces se elevaron exigiendo la presencia de la policía o la intervención de algún buen samaritano que detuviera la tremenda agresión, y Jason terció para calmarlos:

—Tranquilos, tranquilos —les dijo, sin soltar al alterado Nicholas que no cejaba en su empeño de escapar—. Todo está controlado. No se preocupen, circulen, circulen.

—Jason, tío —susurró Patrick absolutamente pasmado—. Que sí, que se lo va a cargar.

—¡Idris! —gritó Nicholas—. ¡Para,

por el amor de Dios!

Aunque Idris no dio muestras de haber escuchado los ruegos del pianista, dejó de golpear la cara de Brian, que se había transformado en un sanguinolento mapa de cortes y contusiones, y agarrándolo por el pelo con ambas manos lo incorporó para poder hablarle cara a cara.

—Pedazo de escoria —le increpó rabioso—. Debería arrancarte la cabeza. Debería...

—Basta... Idris —balbució, atragantándose con las palabras. La sangre que manaba copiosamente de su deformada nariz se le había metido en la boca y se le derramaba por el mentón,

manchando la pechera de su camisa. Tenía los labios reventados y el párpado derecho había comenzado a hincharse amenazando con cerrarle el ojo. Se agarró a las muñecas de su agresor tratando de obligarlo a soltarle—. ¿Te has... vuelto loco?

—No podías contenerte, ¿verdad? —Sacudió la cabeza de Brian y este gritó de dolor—. Tenías que jugar con él. Tenías que joderle la vida, ¿verdad, cabrón?

—No sé de qué me hablas. —Lanzó un par de torpes patadas a las piernas de Idris, que ni las sintió—. ¡Déjame ya!

—¡Te hablo de Kevin Miller! —gritó.

—¡Anda ya! —exclamó Jason al

escucharlo.

Nicholas detuvo su lucha por soltarse.

—No me digas...

—¡Misterio resuelto! —aplaudió

Patrick.

—¿De quién? —Brian se agitó con vehemencia—. ¿Kevin qué?

Logró mover lo suficientemente rápido su puño como para golpear a Idris en la sien. Este apenas acusó el golpe. Como si de una marioneta se tratase, volteó al abogado y lo tumbó sobre el capó, comprimiéndole inmisericorde el rostro contra la carrocería. Brian chilló cuando Idris le retorció un brazo contra la espalda.

—El soldado Kevin Miller —le

espetó, volcándose sobre él—. El soldado que conociste en enero, justo antes de que lo mandaran a Afganistán. El que te contó sus miserias porque se tragó tu actuación de tipo decente. Al que en vez de decirle que una vez follado te traía sin cuidado lo que le pasase, le diste mi nombre y mi dirección para que fuera yo el que le diera el golpe de gracia.

—¿Esto es porque usé tu nombre?! — exclamó, escupiendo un espumarajo de sangre.

—¿Esto es porque no se lo merecía! — bramó—. ¡No se merecía tus mentiras, cabrón, hijo de puta! ¡Ni que le trataras como a una mierda! —Levantó el puño

con la intención de descargarlo contra Brian—. ¡No merecía sufrir por tu culpa!

Las manos de Jason surgieron por detrás de su cabeza, aferrándole el brazo a tiempo de evitar el golpe.

—Bueno, ya es suficiente por hoy. — Rodeó con su antebrazo el cuello de Idris y lo arrastró, no sin dificultad, lejos del abogado—. Cada contrincante a su rincón.

Idris luchó por liberarse del agarre de Jason, pero este resistió sus sacudidas manteniéndolo firmemente pegado a su cuerpo.

—Ya vale, Mackie —gruñó, resoplando por el esfuerzo—.

Tranquilízate, coño.

—¡Idris! —Nicholas le sujetó el rostro, obligándole a que le mirara—. ¡Para ya! ¡Para, por favor!

Idris aún forcejeó unos segundos más, resollando con los dientes apretados y los ojos, desorbitados por la furia, vueltos hacia Brian, quien, desfallecido, se había dejado caer blandamente y se hallaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en el coche.

—¡Suéltame! —le exigió a Jason.

—¿Vas a estarte quietecito?

Idris masculló entre dientes algo ininteligible.

—Suéltale —pidió Nicholas.

Jason obedeció y cuando Idris se lanzó



hacia delante con intención de llegar hasta el abogado, Nicholas se interpuso en su camino y, posando ambas manos en su pecho, lo retuvo.

—Se acabó, Idris. Se acabó.

Miró al pianista, con tanto odio, que podría haberse dicho que era el culpable de su desatada rabia. Le apartó las manos de un violento golpe pero no trató de acercarse a Brian, sino que se dio la vuelta y apartando a empujones a los curiosos apostados alrededor de ellos, se marchó. Nicholas se apresuró a seguirlo.

—Bueno, señoras y señores —Jason se dirigió a la concurrencia girando sobre sí mismo como un maestro de

ceremonias—. El espectáculo ha terminado, sigan su camino, nosotros nos ocupamos.

El grupo se movió pero sin prisas, renuente a marcharse, y Jason los arreó con las manos como si se tratara de un rebaño de ovejas.

—Vamos, vamos, cada uno a sus asuntos.

—Ese hombre necesita atención médica —dijo una mujer mientras se alejaba apresurada—. Llamen a una ambulancia.

—Claro, claro.

Jason sacó el móvil del bolsillo del pantalón y se aproximó a Brian, que permanecía sentado en una lánquida

pose. Tenía las manos cerca del rostro, inflamado y sanguinolento, pero no se atrevía a tocarlo. Patrick estaba de pie a su lado, contemplándolo con lástima; sacudió la cabeza a un lado y a otro y comentó:

—Menuda escabechina.

—¿Aún respiras, Willis? —inquirió Jason, sonriendo malicioso.

—Llama a esa ambulancia —respondió, con un fuerte tono nasal.

El grandullón le tendió una mano que Brian tardó unos segundos en ver. Se asió a ella y dejó que Jason tirara de él para incorporarlo. Las piernas apenas le sostenían, pero recostado contra el lateral del coche pudo mantener el

equilibrio.

—¿De veras te hiciste pasar por Idris?  
—preguntó Patrick, inclinándose un poco para poder verle la cara, fascinado por su deplorable aspecto.

—¿Qué?

—¿Te tiraste al tal Kevin Miller y le dijiste que te llamabas Idris Mackie? — especificó Jason.

—Supongo —Brian se rozó los labios con las yemas de los dedos y ahogó un gemido—. ¡Maldito cabrón!

—¿Cómo que supones? —Patrick alzó las cejas, atónito.

—A veces uso el nombre de Idris. — Hablaba con lentitud, tratando de no mover mucho los labios, y su

vocalización resultaba balbuceante—. También el de otros. Así me libro de los tíos a los que sé que no voy a querer volver a ver. Puede que le diera su nombre a ese tal Miller, pero no recuerdo mucho de él, así que... ¿Y la ambulancia?

—¡Serás capullo! —se indignó Jason, incapaz de superar la sorpresa que aquello le provocaba—. ¿Qué necesidad tienes de hacer algo tan miserable?

—No es mi culpa que haya tanto gilipollas suelto por ahí que ha olvidado que los hombres no necesitamos mierdas sentimentales —se defendió Brian, usando un tono hostil—. Aunque les repitas mil veces que no quieres saber

nada de ellos, localizan tu número de teléfono y te bombardean con llamadas lastimeras suplicándote un cita. O averiguan qué locales frecuentas y se presentan allí llorando por un poco de sexo. Y si se enteran de que soy abogado, entonces sí que no hay manera de quitárselos de encima. Pandilla de fracasados. Se comportan como solteronas. No tienen dignidad.

Patrick y Jason intercambiaron una mirada que Brian interpretó como un claro desprecio hacía él.

—Vosotros no podéis entenderlo —masculló, desdeñoso—. Sois unos perdedores como ellos. Os encantaría ligaros a un tipo como yo, pero ni

siquiera tenéis el valor de intentarlo y os la pasáis sentados en la barra de un bar esperando las migajas que otros dejan caer, suspirando por el tío perfecto que además de follaros con una polla enorme envejezca a vuestro lado. ¿Puede haber algo más patético? ¡Qué sois hombres, joder!

Jason levantó el puño para responderle como creía que merecía pero, para su sorpresa, Patrick se le adelantó. El resuelto puñetazo que este le soltó en pleno rostro, aunque mal dirigido y sin mucha fuerza, consiguió que Brian, aullando de dolor, cayera desmadejado hacia atrás sobre el capó.

—¡Me cago...! —aulló Patrick

sacudiendo la mano en el aire a la vez que daba pequeños saltitos—. ¡Cómo duele!

—¡Ese es mi muchacho! —le aclamó Jason, pasándole el brazo por encima de los hombros—. Pero deberías entrenar ese rechazazo para que fuera más efectivo. Te daré unos cuantos consejos, que te vendrán muy bien.

Los dos echaron a andar tranquilamente calle abajo.

—Paso —rechazó, examinándose compungido la mano—. Se me han quitado las ganas de volver a dar un puñetazo.

—La... ambulancia —balbuceó Brian, esforzándose por no resbalar por el



capó.

Una vez que Patrick y Jason se hubieron alejado lo suficiente, el hombre de la gabardina gris abandonó su refugio junto a la zapatería y se aproximó al abogado.

—Ayúdame —le suplicó Brian alargando el brazo hacía él.

El tipo, con las manos en los bolsillos, le contempló unos instantes.

—No te llamas Chace Norton, ¿verdad? —inquirió con tranquilidad.

Brian dejó caer la mano que le tendía y con un cansado suspiro, le solicitó:

—Si no te importa, que el puñetazo no sea en la cara.

Nicholas examinó la mano de Idris bajo la intensa luz de los tubos fluorescentes del techo. Ambos se hallaban en la cocina del pequeño apartamento del pianista, una habitación sin ventanas, con pocos muebles encajados unos contra otros entre las cuatro paredes como las piezas de un apretado puzle. Idris se había dejado caer sobre una vieja silla plegable. Apoyaba el codo en una mesa pegada a la pared del fondo y la cabeza sobre la palma de la mano sana, y tenía los párpados cerrados. Nicholas, sentado en una banqueta baja, le sostenía la otra

mano por la muñeca. Después de lavarla con jabón y aplicarle yodo, su aspecto no había mejorado: cortes y magulladuras le salpicaban los nudillos, se le había hinchado la zona y la inflamación se extendía hacia los dedos.

—Creo que puedes tener roto algún hueso —comentó, ceñudo.

Al oír la apreciación de su amigo, Idris movió los dedos y una mueca de dolor torció su boca.

—No hay nada roto —informó, lacónicamente.

—Ese sería el menor de tus problemas —suspiró. Se puso en pie, fue hasta el frigorífico y sacó del congelador una bolsa de guisantes—. ¿Qué pasará si

Brian te denuncia por agresión?

—No lo hará.

Nicholas volvió a sentarse en la banqueta, hizo que apoyara la mano en el muslo y colocó la helada bolsa sobre los nudillos. Idris gruñó entre dientes sin llegar a abrir los ojos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Entreabrió un párpado, observó un instante al pianista con una mortecina mirada, y lo cerró antes de asegurar:

—Porque sí. Porque le conozco. Porque me conoce. Pasará una temporada sin asomar las orejas y luego volverá a aparecer como si nada. Punto final. ¿Tienes algo de maría?

—No.

—¿Y tabaco? Me he quedado sin cigarrillos.

—Tampoco.

Idris volvió a abrir un ojo; su gesto denotaba desconfianza.

—¿Seguro?

—Te has comportado como un idiota y un bestia —le reprochó con tono enojado—. ¿Y por qué?

—Ya te lo he contado.

Nicholas chasqueó la lengua, contrariado; no estaba del todo de acuerdo con esa afirmación. Era cierto que mientras le curaba la mano, Idris había ido desgranando la historia completa del soldado Kevin Miller, lo que sabía por boca de este, lo que había

deducido. Todo. Pero en la narración, Idris no había hecho notar el motivo de su descontrolada violencia contra Brian, el porqué le afectaba tanto la tragedia sentimental de Miller.

—Me has contado lo que le ha hecho Brian a ese muchacho, no lo que te ha hecho a ti.

—¿Te parece poco usar mi nombre en su provecho?

—A ti eso te da igual.

Idris entreabrió los párpados y lo contempló en silencio.

—Lo has molido a palos por Miller —continuó Nicholas—. ¿Te has enamorado de él?

Abrió del todo los ojos y soltó una

carcajada lenta, entrecortada, sin humor.

—Nick, de todas las estupideces que se te podían ocurrir, esta es la mejor.

—Él se ha enamorado de ti.

—¿Quién? —Idris se sujetó la bolsa de guisantes con la mano sana y se irguió en el asiento.

—El soldado Miller.

—No has prestado atención a lo que te he contado, ¿verdad? —inquirió, sarcástico—. Es de Brian de quién está enamorado.

—He escuchado todo atentamente. Cómo conoció a Brian y lo especial que fue ese encuentro. Y también lo que significó para él comenzar a recibir las canciones, lo que le hicieron sentir, su

transcendencia en estos últimos meses; por eso sé que se enamoró del hombre que se las enviaba. Y ese hombre —le señaló con el dedo—, eres tú, no Brian. Dime, entonces, ¿a quién ama?

—Te diré algo. —Se inclinó sobre el rostro de Nicholas, tenso, aunque sin hostilidad—. Me da igual a quién ame.

—No te da igual.

—No seas pesado.

—Le has reventado la cara a Brian porque no te da igual.

—Lo he hecho porque se lo merecía.

—¿Le amas?

—¡Es que no me escuchas?! —exclamó con destemplanza.

—¿Te has enamorado?



—¡Joder, Nick! ¡No!

Idris agarró la bolsa de guisantes y la tiró por encima de la cabeza de Nicholas, que no se inmutó por el agresivo e inesperado gesto. El paquete chocó ruidosamente contra uno de los armarios de la pared y cayó dentro del fregadero con un golpe seco. Idris se recostó con brusquedad contra el respaldo de la silla y echó la cabeza hacia atrás apoyándola en la pared y clavando la mirada en el techo.

—¿Enamorarme dices? —masculló—. ¿De un tipo que me habla a través de los Creedence Clearwater Revival, Elton John y Freddie Mercury? ¿Al que solo he visto una vez? ¿Alguien con quien he

estado apenas una hora y ni siquiera me he follado? Resulta un poco disparatado, ¿no?

El pianista, con un suspiró de resignación y pocas energías, se levantó, fue hasta el fregadero y tras rescatar la bolsa de guisantes, se la volvió a colocar a Idris en la mano herida, que tenía posada sobre la rodilla.

—No se necesita mucho para enamorarse de alguien —reflexionó Nicholas, acomodado de nuevo en la banqueta—. Una mirada, una sonrisa, un gesto amable o incluso desdeñoso... —Sonrió con melancólica dulzura antes de añadir—. Yo me enamoré de un tipo arisco al que odiaba porque era mejor

músico que yo.

Idris apretó los párpados y se los masajeó con dos dedos.

—Nicholas, ahora no, por favor. No me cargues con eso también, ya tengo suficientes remordimientos bullendo hoy en mi cabeza.

—No trato de cargarte con nada, solo intento ayudarte a tener una perspectiva clara de lo que sientes.

—Sé mejor que tú lo que siento: odio, asco, rabia, impotencia, desprecio... —enumeró.

—Y amor...

—No —soltó cortante.

—Pero podrías sentirlo.

Idris no replicó. Permaneció en

silencio mientras se mordía en labio inferior, negaba con la cabeza y se pellizcaba el puente de la nariz.

—¿Por qué crees eso? ¿Qué te hace estar tan jodidamente seguro de que yo puedo llegar a sentir algo por ese necio?

—Sé que te importa y muy pocas personas llegan a importarte. Sé que te preocupas por Miller y rara vez te preocupas por alguien que no seas tú. Sé que algo ha cambiado en ti gracias a él, y eso no te había sucedido nunca con nadie.

Idris soltó un resoplido despectivo.

—¿Eso es amor?

—Por algo se empieza.

—No te entiendo. —Enderezó la

cabeza y lo miró directamente, con unos ojos que destilaban reproche e incomprensión—. Parece que busques que me lance ciegamente a sus brazos ¿Por qué te empeñas en empujarme hacia él? ¿Por qué, precisamente tú? En vez de persuadirme de que me enamore de un alcohólico inútil que asesina en nombre del Tío Sam, deberías convencerme de que lo haga de ti.

El pianista le sostuvo la mirada en silencio unos instantes. No había en sus penetrantes ojos negros rastro alguno de turbación, ni dolor ni resentimiento, ni tan siquiera enojo; pero Idris pudo percibir como algo se agitaba en lo más profundo de aquellas serenas pupilas

cuando le oyó afirmar:

—Hace tiempo que decidí que no perdería lo que tengo contigo por tratar de conseguir lo que sé que nunca tendré.

—Agarró a Idris por la mandíbula y lo atrajo sin miramientos—. Eres un terco y un gilipollas, Idris Mackie, y son muchas las ocasiones en las que te habría dado con gusto un par de buenos puñetazos. —Lo soltó empujándolo hacia atrás con un ademán desganado—. Pero te quiero y me cuesta quedarme de brazos cruzados cuando te veo equivocarte. —Apoyó las manos en los muslos y tomándose unos segundos como si quisiera reunir fuerzas, añadió —: No pierdas esta oportunidad, no

dejes que el soldado Miller salga de tu vida. No será perfecto, pero ha conseguido sacudir tu dormido espíritu, que es mucho más de lo que otros hemos logrado.

—Eres un idiota... —musitó Idris, sin querer apartar la vista de sus hermosos ojos.

—Me temo que sí —admitió, esbozando una cansada sonrisa—. Pero tengo razón.

—Da igual lo que pienses, Nick. —Se pasó la mano por las rastas lentamente, enredando los dedos en los gruesos mechones—. Miller no siente nada por mí. Tampoco creo que lo sienta por Brian. Se ha enamorado de alguien que

simplemente no es real.

—Tú eres real. Solo necesita que se lo recuerdes. ¿Por qué no le muestras quién eres, lo que escondes dentro de ti? Pero sin las canciones de otros, sin palabras. Háblale esta vez con tu verdadera voz.

Idris entendió a lo que se refería y apretando los labios, sacudió la cabeza.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—No, Nicholas. —Cerró los ojos y llenando los pulmones de aire, soltó—: Ya no puedo tocar. Te mentí a ti, a mis padres. Os hice creer que abandonaba la música por una rabieta, pero en verdad lo hacía por cobardía, para evitar tener que enfrentarme a la posibilidad de que



hubiera perdido mi talento.

—Lo sé.

Idris lo miró sin poder ocultar su sorpresa.

—No pongas esa cara. —Nicholas se encogió blandamente de hombros—. ¿Crees que no soy capaz de detectar una crisis interpretativa en un músico? Menudo profesor sería si no.

—Nunca dijiste nada.

—Tú tampoco. Preferiste tragártelo, enterrarlo donde entierras todo aquello que te afecta y eres incapaz de manejar, en vez de sincerarte conmigo. En vez de confiar en mí —agregó en un tono que aunaba amargura y decepción.

—¿Qué habría cambiado? —se

lamentó, súbitamente airado—. Te habrías dedicado a sermonearme con la típica monserga de que todos los músicos pasan alguna vez en su vida por una crisis, que es pasajero, que siempre se supera, que basta con un poco de descanso, unos meses, unos años. Esas mentiras ya se las escuché repetir demasiadas veces al director de mi última gira. Si hubieras estado allí, si me hubieras escuchado tocar en aquellos conciertos... —Se llevó el puño a la boca y se mordió los nudillos en un gesto rabioso—. No era yo. No era mi música. Aquello que salía de mis manos no era mi música. Jamás me había sentido tan perdido, tan impotente, tan

asustado. ¡Dios, era aterrador! —Bajo la cabeza hasta ocultar su rostro—. Te equivocabas, Nicholas. No me arranqué la voz, la perdí. La perdí y tuve tanto miedo de no poder volver a encontrarla que aproveche mi rabia contra mi familia como excusa para no tener que enfrentarme a esa posibilidad. —Calló un instante y al volver a hablar lo hizo en un susurro—. Puedo vivir con la decisión de no tocar, no con el hecho de no poder hacerlo.

Nicholas le tomó el rostro con ambas manos y lo alzó con delicadeza.

—Tan terco... —suspiró—. No la perdiste, Idris. Simplemente, un día, ya no tenías nada más que decir. —Le

acarició con los pulgares la áspera mejilla—. Te cansaste de gritarle al mundo tus anhelos, tus miedos, tu desesperación y que no te entendiera; de suplicarle ayuda y que no te oyera. Te cansaste de esperar que tu voz llegara hasta tus padres. Se te agotaron las palabras, pero no perdiste la voz. Se quedó dormida ahí dentro —Le posó la mano en el pecho, justo donde enérgico y atropellado palpitaba su corazón, acompañando el gesto con un tierna sonrisa—, a la espera de nuevas palabras. Volverá a dejarse oír cuando tengas algo que decir. —Cerró el puño y le golpeó sin fuerza el pecho—. Algo que salga de aquí.

Idris le apartó las manos y sacudió la cabeza manifestando su amargo desacuerdo.

—Esto es lo que no quería: tu condescendencia, tu sentimental enfoque de mi situación, tus inservibles consejos. Crees que después de esta transcendental charla todo será diferente, que esta insoportable incertidumbre que me carcome, que me paraliza desde hace años, desaparecerá con un chasqueo de dedos. ¡Qué fácil, ¿verdad?!

—No —negó tranquilamente Nicholas—. Nadie ha dicho que sea fácil. De hecho es muy, muy complicado. —Posó el dedo índice en la frente de Mackie y

le empujó la cabeza contra la pared inmovilizándola—. Lo que digo es que depende de ti. Que eres tú quien tiene que reunir el valor, quien tiene que encontrar un motivo por el que valga la pena afrontar tus miedos. Lo que digo es que pienses, Idris, piensa en lo que ganas y en lo que pierdes si simplemente te quedas cruzado de brazos recreándote en tu desdicha como has hecho hasta ahora.

Idris lo observó con el entrecejo tan fruncido que la frente se le plagó de finas arrugas.

—Quita el dedo —le instó con aspereza—. Y dame de una vez un jodido cigarrillo.

Nicholas apartó la mano y tras sacar un paquete de tabaco del bolsillo trasero de su pantalón, lo posó sobre la mesa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el pianista, mientras le veía encender el cigarrillo.

—Fumar —replicó, sarcástico.

—No me refiero...

—Déjame respirar un rato, ¿quieres? —le cortó, desabrido. Dio una calada y tras expulsar el humo, agregó en un tono menos áspero—: Por favor.

Asintió moviendo pesadamente la cabeza y como si le supusiera un tremendo esfuerzo, se levantó despacio de la banqueta.

—¿Quieres algo de comer? —

preguntó, abriendo el frigorífico y asomándose al interior—. Me queda un poco de pastel de carne.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí esta noche?

—Claro —respondió, trasteando en las baldas de la nevera—. En el sofá.

Idris no pudo evitar que una lánguida sonrisa acudiera a sus labios.

—Nunca bajas la guardia, ¿eh?

Nicholas se apoyó en la puerta y le brindó un guiño de complicidad no exento de cierta melancolía.

—Nunca. Al menos mientras te funcione la polla.





# Quinto movimiento.

*Fine*

Kevin no prestaba atención a las palabras de su sargento; tampoco es que estuviera diciendo nada relevante. Le recordaba, una vez más, lo importante que era que no hubiera ningún contratiempo en las reformas previstas en la residencia del capitán Cooper.

Mientras el fornido y canoso

suboficial enumeraba las terribles consecuencias que podrían derivarse, para ambos, de una negligente actuación, el soldado contemplaba abstraído la desordenada superficie del escritorio tras el que se parapetaba el hombre; comparada con la pulcritud de la media docena de mesas diseminadas por la sala, la del sargento Hightower parecía un campo de batalla donde los restos de comida y las piezas sueltas de irreconocibles artefactos, le habían ganado la contienda a papeles y carpetas.

—¿Me estás escuchando, Miller?

El aludido levantó la vista y se enderezó.

—Sí, mi sargento.

—Pues no lo parece —bufó.

—Lo siento, mi sargento.

El suboficial lo observó con aire crítico.

—Desde que volvimos de Afganistán andas atolondrado. Primero tu metedura de pata con el presupuesto de suministros. Hace dos días casi te das de hostias con el soldado Salomon. Esta mañana perforas una tubería haciendo un simple taladro en la pared para colgar una estantería. —Pensativo, tamborileó con los dedos en el escritorio—. ¿Aún le estás dando vueltas al incidente con aquel puto terrorista?

—Intento no hacerlo, señor.

—Pues esfuérgate más. Seguiste las normas y actuaste en consecuencia, no hay motivos para andar con remordimientos. ¿Te gustaría haber regresado en una bolsa de plástico?

—No, señor.

—¿Y que lo hiciera alguno de tus compañeros?

Kevin tomó aire, contrariado.

—Sabe que no, señor.

—Pues entonces espabila, coño. No quiero tener que mandarte a la sicóloga del batallón. Todo el que entra en su consulta sale peor de lo que estaba; esa mujer es como Oprah Winfrey hasta arriba de «éxtasis».

Sonó una risita y Kevin miró de reojo

a su derecha. Dos mesas más allá, un cabo, de aspecto desaliñado y rostro salpicado de acné, se balanceaba reclinado en su silla con los pies sobre el escritorio, sonriendo divertido mientras manipulaba su móvil.

—Oprah colocada —canturreó—. No me importaría verlo.

—¿Has utilizado ya alguno de los días de permiso que se te han asignado? — quiso saber el sargento Hightower.

—Uno. La semana pasada.

—¿Follaste?

Kevin apretó los labios y se limitó a dirigir la vista al techo.

No, en su primer día libre en el país tras casi diez meses de campaña en el

desierto, en vez de sexo había tenido un descarnado encuentro con la verdad, algo que, evidentemente, no iba a confiarle a su sargento.

—¡Me lo imaginaba! —exclamó, dando un manotazo en la mesa—. Hay que descargar de vez en cuando, hijo, o de lo contrario se te hinchan las pelotas y te pesan más que el cerebro. Mira, si haces un buen trabajo con la reforma del capitán, podrás tomarte el resto de tu permiso para que te vayas de putas.

—Gracias, mi sargento.

Sonó un teléfono en la mesa del cabo, y este dejó por un por un momento de prestar atención a su móvil para cogerlo. Tras una corta y escueta conversación,

colgó, y dirigiéndose a Kevin, dijo:

—Eres el soldado Miller, ¿verdad?  
Kevin Miller.

—Sí, señor.

—Te esperan en la entrada de peatones.

—¿A mí? —se sorprendió—. ¿Quién?

—Una visita —informó, retomando su actividad con el móvil.

—Pero, ¿de quién? ¿Y por qué espera fuera?

—¿Tengo cara de saberlo, soldado? —ironizó el cabo sin apartar la vista de la pantalla.

—Anda, ve a ver quién te busca —le autorizo el sargento—. Y mañana, ya sabes, te quiero bien despierto. No



metas la pata que te capo.

—Sí, mi sargento.

Se cuadró al saludar y salió de la sala con paso ágil. Abandonó el edificio del batallón y caminó atravesando el campo de entrenamientos, con la preocupación revoloteando por su mente. No tenía muchos amigos en la ciudad y le constaba que a ninguno se le ocurriría presentarse en la base sin antes avisar, así que las pocas alternativas se le antojaban imprevisibles. En cualquier otro momento, probablemente la inesperada visita solo le habría inspirado curiosidad, pero sentía que en los últimos tiempos la vida interponía en su camino demasiadas piedras, y le

inquietaba que en aquel momento estuviera yendo de cabeza hacía un enorme monolito.

Primero fue la repentina asignación de servicio en Afganistán, después el trágico tiroteo en aquella carretera y por último el descubrimiento del engaño del que había sido objeto. Esto último era, de entre todo, y por mucho que le remordiera en la conciencia, lo que le tenía más hundido. Había intentado autoconvencerse de que no valía la pena seguir lamentándose por lo sucedido, que permitir que hiciera más mella en su ánimo era darle a aquel ser ruin que tan fácilmente se había burlado de él, un poder y un protagonismo en su vida que

no merecía. No quería pensar en la humillación que le había infligido, en las ilusiones convertidas ahora en cenizas, en la felicidad vivida a la sombra de una mentira, en cómo, en los peores momentos, se había aferrado a su recuerdo, a su inmaterial presencia musical, para no perderse a sí mismo. No quería que las dudas, las preguntas, continuaran asediándole. Pero ahí estaban, incrustadas en su mente y en su alma, esperando una respuesta que no tenía, que era incapaz de hallar. Ahí persistía su dolor, su vergüenza, sus desbaratadas esperanzas. Ahí continuaba Idris Mackie, el auténtico, el arrogante, cínico e insensible Idris Mackie; él y sus

malditas canciones.

Se había deshecho de todas ellas nada más regresar a la base. Reunió hasta el último de los CD's, que tenía cuidadosamente guardados en el rincón más discreto de su taquilla, dentro de una caja de galletas, y los tiró al incinerador de basuras. Pero de poco le había servido el gesto. Sin poder evitarlo recordaba cada canción, el orden en el que habían ido llegando, lo que sintió al oírlas la primera, la segunda, todas las veces, y esa inconsciente evocación le hacía sentirse más solo, más despreciado, más olvidado que nunca.

Aquella noche, incapaz de conciliar el

sueño ni calmar su ánimo, consumido por la tentación de emborronar sus pensamientos con el contenido de una botella de *whisky*, había telefoneado a su padrino en el grupo de Alcohólicos Anónimos; un cincuentón, estibador en el puerto de Newark-Elixabet, padre de tres hijas y sobrio desde hacía quince años, que a pesar de lo intempestivo de la llamada le escuchó desahogarse durante varias horas sin emitir una sola queja. De él no recibió soluciones, ¿cómo podría habérselas dado?, pero en cambio, su sola presencia al otro lado de la línea telefónica, su confortadora voz y su comprensión desinteresada, consiguieron que el amanecer lo

encontrara sobrio en la azotea de los dormitorios. Después, la rutina del día a día en la base, su fuerza de voluntad, su orgullo, habían mantenido a raya el anhelo pero no así la confusión ni la decepción; como tampoco la huella que el auténtico Idris Mackie había dejado en su ánimo.

«Me conoces y yo te conozco», le había dicho.

¿Y que importaba si era así? ¿Qué cambiaba? ¿Acaso ya no tenía que sentirse engañado? ¿La sórdida verdad quedaba eclipsada porque existía la remota posibilidad de que entre ambos hubiera llegado a surgir algo parecido a una amistad?

«Quédate», le había pedido.

«¿Para qué?», pensó en preguntarle.

Pero no lo hizo. Temió la respuesta. Temió su propia reacción, y prefirió marcharse, seguro de que era la única opción juiciosa.

Al cabo de unos diez minutos de caminata llegó a la entrada peatonal. Se acercó al Policía Militar que hacía guardia ante la garita y se presentó:

—Soy el soldado Kevin Miller. Me han informado de que alguien pregunta por mí.

El hombre, de anchas y cuadradas espaldas, vestido con un uniforme que le venía pequeño y la gorra calada hasta las cejas, asintió, y apuntando con la

barbilla tras la espalda de Kevin, le dijo:

—Ahí lo tienes.

El soldado se giró y a unos diez metros, apoyado displicente en la valla de alambre que hacía de frontera entre la zona militar y la civil, vio a Idris. La sorpresa lo dejó mudo y paralizado. ¿Por qué estaba allí aquel hombre? Escasos minutos antes había estado pensando en él; ¿es que acaso era alguna especie de demonio al que se podía invocar con el pensamiento? La idea era tan ridícula que la apartó de su mente con un gruñido. Avanzó hacia él y entonces Idris volvió la cabeza en su dirección. Sintió sus ojos penetrándole,



hundirse en su persona como si quisiera llegar hasta lo más recóndito de su ser, y una especie de estremecimiento extraño, indecible, le recorrió el cuerpo deteniéndolo en seco.

Idris lo observó unos segundos. Su expresión era impasible, casi parecía ausente, ajeno a la presencia de Kevin, al mundo; la diferencia la marcaba la viveza que animaba sus pupilas, la determinación que arrojaban. Dio una calada al cigarrillo que sostenía entre el pulgar y el índice y tras tirarlo al suelo, lo pisó para apagarlo. Como si aquel gesto fuera una silenciosa señal, Kevin volvió a caminar hacia él, pero Idris, señalándole con un dedo, le ordenó:

—Párate. Ahí estas bien.

—¿Bien? —Sin percatarse de ello se detuvo a pocos metros de Idris—. ¿Bien para qué? —inquirió, molesto—. ¿Qué haces aquí?

Idris se inclinó hacia delante y fue cuando Kevin lo vio. El estuche de violín reposaba en el suelo junto a sus pies; viejo, deslucido, maltratado, pero insólitamente elegante y digno. Idris se acuclilló, soltó los cierres oscurecidos por el tiempo y el desuso, y levantó la tapa. En su interior, un magnífico violín del color de la sangre recién derramada descansaba en un lecho de terciopelo azul. El soldado advirtió un sutil aroma a barniz y a pinos, y aspiró con fuerza

para poder apreciarlo mejor. Idris tomó primero el arco y tras unos segundos de vacilación, el violín. Cuando se incorporó lo hizo despacio, como si ambos objetos fueran sumamente pesados y lastraran sus brazos. Los contempló unos segundos y después alzó unos ojos brillantes y asustados hacia Kevin.

—¿Qué...? —trató de preguntar este.

Idris, con un movimiento tan delicado y lento que hizo enmudecer al soldado, colocó el violín sobre su hombro y entonces, cerrando los ojos y exhalando un suspiro, reclinó la cabeza hacia el instrumento con el gesto agotado de quien lleva mucho tiempo esperando ese

momento. Posó la barbilla en la barbada, recreándose en el contacto. La mano en el mástil tembló. Los dedos, en un contacto íntimo, secreto, rozaron las cuerdas con reverencia. Levantó el arco, que sostenía igual que si se tratara del tallo de una grácil flor, y lo mantuvo sobre las cuerdas sin llegar a tocarlas; la estilizada vara se estremecía ligeramente como reflejando el pulso de la sangre en las venas de Idris. El arco subió y bajó, e imperceptiblemente besó las cuerdas. Estas emitieron un dulce lamento, lánguido, triste y solitario. Y entonces las notas brotaron sin apresuramiento una tras otras, componiendo un canto único y delicado.

Idris las fue acompañando con su cuerpo, que temblaba y oscilaba levemente a un lado y a otro. Sus rastas se agitaron, su expresión se volvió cambiante con cada acorde, con cada matiz, trasluciendo la marea de sentimientos que aquella melodía provocaba en las profundidades de su ser.

Kevin reconoció la pieza y sintió como un nudo apretado se le iba formando en la garganta. La melancolía le invadió hasta los huesos y un desconsuelo indefinido se alojó en sus entrañas. El *Adagio de Albinoni* podía remover los sentimientos como pocas obras clásicas, pero en ese instante, en

ese inverosímil momento, no eran los conmovedores acordes que la componían los que lograban sacudir sus emociones. Aquel violín, aquel hombre. Ambos eran uno solo arropados en un abrazo invisible por la música que los hermanaba, que los devolvía a la vida. Escuchó el adagio con los oídos, con el corazón, con cada fibra sensible de su espíritu. Se dejó inundar por la melodía, que era arrancada del corazón de madera con el amor y el respeto de un viejo amante, sintiendo su pulso vívido, su enternecedora cadencia, su recóndito anhelo; y reconoció las palabras, diluidas como gotas de agua en cada nota, su significado. ¿Cómo podía el

auténtico, el arrogante, cínico e insensible Idris Mackie transmitir con tal belleza, con tal preciosismo y franqueza, tanto dolor, tanta desesperanza, tanta soledad?

«Mi furia. Mi dolor. Idris Mackie soy yo», le había oído decir sin entender el rencor en sus palabras.

Ahora las comprendía, ahora podía comprenderlo.

«¿Qué te han hecho?», le preguntó en silencio. «¿Quién te ha herido tan profundamente?».

Idris se mecía al compás de la melodía que ascendía y descendía buscando su ocaso, entregado, perdido en el consuelo del sonido de su propia alma.

Despacio, casi con aflicción, pulsó los últimos acordes, arrebató el último suspiro al violín y el instrumento, agónico, elevó orgulloso su voz plañidera y culpable para luego enmudecer con un dulce susurro.

El arco quedó inmóvil unos instantes, y se hizo el silencio.

Idris contuvo la respiración y con un grácil balanceo de la muñeca, la música retornó. El eco penetrante de las cuerdas se elevó. Otras notas, otras palabras no pronunciadas llenaron el espacio que los separaba y una cálida sensación se extendió por el pecho de Kevin.

Conocía la nueva melodía, calmada y amorosa, que se desprendía de las



manos de Idris. La había oído con anterioridad, estaba seguro. En algún lugar de su mente dormitaba el recuerdo de aquella canción y la música recorría los recovecos de su memoria tratando de hallar el rastro de su presencia.

Y de repente lo supo.

Rescatada de un pasado lejano, la escena final de una vieja película emergió de sus recuerdos. Vio una sala de proyección, un hombre solo sentado en la oscuridad, una pantalla de cine y, proyectadas en ella, un carrusel de imágenes en blanco y negro, inconexas, frágiles, dañadas cruelmente por el paso del tiempo. Y los besos. Besos ingenuos, apasionados, castos. Besos de cine.

Besos de ensueño. Besos robados a sus películas originales, a los ojos de ilusionados espectadores, besos cercenados por la obtusa censura, salvados del olvido por una mano gentil para componer en una melancólica sucesión, la bella imagen del amor. Y escuchó la música, cargada de añoranza, la misma que interpretaba Idris, enmarcando cada uno de esos besos, cada mágico instante inmortalizado en celuloide.

—*Cinema Paradiso*<sup>29</sup>... —susurró.

<sup>29</sup> - Película italiana de 1988, escrita y dirigida por Giuseppe Tornatore.

Idris tocaba absorto en sus propios movimientos y Kevin sintió la música en las venas, recorriendo su cuerpo como

un suave oleaje.

Y cuando la melodía llegó a su fin, cuando las últimas notas se extinguieron abandonadas al viento, Idris alzó la cabeza e, igual que un buceador que aflora a la superficie del mar buscando desesperado una salvadora bocanada de aire, abrió la boca e inhaló profundamente. Y aún con los párpados cerrados y el rostro vuelto al cielo, sonrió, como hacía años que no sonreía.

Abrió los ojos y los dirigió hacia el soldado sin perder la sonrisa, con la mirada radiante de un hombre feliz. Se acuclilló y depositó delicadamente el violín en su estuche; lo cerró y tras incorporarse, dijo:

—Ahora ya sabes quién soy.

Y sin esperar una réplica, se dio con tranquilidad la vuelta para marcharse.

Kevin no se movió, aún conmovido, confuso, asustado de hacer algo de lo que quizás podría arrepentirse; y se limitó a observar cómo se iba alejando poco a poco de él, con su andar relajado, balanceando el estuche en el aire.

—¿Qué ha sido eso? —Oyó a alguien preguntar a su espalda con un tono descaradamente malicioso—. ¿Han venido a darte una serenata?

Volvió el rostro y vio a su lado al Policía Militar.

—¿Ese tipo es algo tuyo? —inquirió,

torciendo la boca en una mueca procaz.

—Es Idris Mackie —contestó, dirigiendo nuevamente la vista hacia la figura que se alejaba—. Y si tuvieras un mínimo de sensibilidad musical me envidiarías.

Idris contó los sacos de fertilizante, apuntó el número en su libreta y miró a Harry, sentado con cara de aburrimiento sobre un enorme macetero de plástico.

—¿No se suponía que los sacos de cincuenta se habían agotado?

El empleado alzó las cejas con aire inocente.

—Parece que no.

Idris se rascó entre las rastas con el extremo del bolígrafo.

—No me jodas, Harry. ¿Cuántas veces me vas a obligar a rehacer el inventario?

—¿Qué exagerado! Si son un par de errores de nada. Llevas unos días más quisquilloso de la cuenta. ¿Has pillado purgaciones?

—¿Purga...? —Idris torció la boca—. No. Y deja las venéreas en paz. —Echó un rápido vistazo al amplió y ordenado almacén repleto de estantes y material de jardinería—. No quiero ni pensar que tengamos que ir producto por producto repasando su número.

—¿«Tengamos»? —se escandalizó.

—Sí, tú y yo, ¿tenías alguna duda?

—¡Idris! —Se oyó gritar a Sun Hee desde la tienda—. ¡Sal, por favor!

—No puedo —replicó el aludido—.  
Ocúpate tú.

El rostro de la muchacha asomó por la puerta entreabierta del almacén.

—Preguntan por ti —canturreó con los ojos en blanco.

Idris alzó los hombros y le tiró la libreta a Harry.

—Todo tuyo.

Salió del almacén con las protestas del hombre sonando a su espalda y caminó tras los saltarines pasos de Sun Hee, sorteando estanterías metálicas que exhibían centros florales, bonsáis y

cactus. Cuando llegaron hasta el mostrador, la muchacha señaló la entrada de la tienda sonriendo de oreja a oreja.

Aunque se hallaba de espaldas, a Idris no le costó trabajo reconocerlo, el uniforme se lo puso fácil. Tras su encuentro en la base hacía tres días, había imaginado que no se volverían a encontrar, aunque no le supuso una sorpresa encontrarlo allí de pie, esperándole. A pesar de ello, un repentino nerviosismo le acometió provocando que su corazón se acelerara bruscamente, lo cual le hizo sentir, para su disgusto, como un bobo colegial. Avanzó hacia él y antes de llegar a su



altura, Kevin se dio la vuelta.

—Hola —saludó, quitándose la gorra con un gesto tímido.

—Hola.

—¿Podemos hablar?

Idris asintió sin mucho entusiasmo.

Los dos se quedaron uno frente al otro, contemplándose en silencio, expectantes pero tranquilos. Tras unos segundos, ambos miraron al unísono hacia el fondo del establecimiento. Sun Hee, acodada al otro lado del mostrador, los observaba con el mentón apoyado en ambas manos y una sonrisita traviesa adornando sus labios.

—¿No tienes nada mejor que hacer que cotillear? —se quejó Idris.

La muchacha negó sacudiendo la cabeza con todo descaro.

Idris le hizo un gesto a Kevin y salieron fuera de la tienda, cerrando la puerta acristalada a sus espaldas. Era una mañana gélida e Idris notó como la piel del rostro y de las manos se le tensaba antes de enfriársele rápidamente.

—Bueno, yo... —comenzó Kevin.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber; se cruzó de brazos y metió las manos debajo de las axilas.

El soldado no esperaba que le interrumpiera y titubeó unos instantes.

—He ido a tu apartamento y al no encontrarte le pregunté a tu vecina, la de

los gatos.

—¿Te dio la dirección de la tienda? Me asombra tanta amabilidad por su parte.

—Me la dio y también me advirtió de que eres un bueno para nada que solo sabe fumar, beber y amancebarse con hombres.

—¿Amancebarme? —Idris chasqueó la lengua—. Vieja loca, ¿quién utiliza hoy en día esa palabra?

—Veras, me han destinado a un servicio en Minnesota.

—¿Estamos en guerra con Canadá? —inquirió, dirigiéndole una sarcástica mirada al tiempo que encendía un cigarrillo.

El soldado sonrió a medias.

—Aún no. Vamos camino del condado de Cook. —Apuntó con el pulgar por encima de su hombro.

Idris siguió la dirección de su gesto y vio a unos cincuenta metros un *jeep pickup* verde, de no mucha envergadura, aparcado con las dos ruedas laterales subidas precariamente a la acera. Un soldado uniformado se apoyaba en el capó en actitud petulante. Le enviaba miradas fanfarronas a un par de chicas sentadas en una mesita frente a la entrada de una cafetería, y estas a su vez le devolvían coquetas sonrisas.

—Una riada dañó un puente y tenemos que ayudar en su rehabilitación —

continuó explicando Kevin—. Tardaremos unas tres semanas en regresar y no quería que pasara tanto tiempo antes de hablar contigo.

Idris emitió un murmullo gutural de asentimiento mientras expulsaba el humo de tabaco.

—¿Ahora os dejan esos chismes para recados personales?

Kevin alzó las cejas. De repente tuvo la sospecha de que Idris, con sus continuados comentarios, intentaba ganar tiempo o incluso, evitar que hablara del motivo que lo había traído hasta allí.

—No. Pero le cubrí las espaldas al conductor el día que el sargento lo acusó

de acostarse con su hija y ahora me está devolviendo el favor.

—Ya veo.

—Quisiera decirte algo.

—¿Has aparcado semejante trasto frente a mi edificio? El vecino del segundo habrá pensado que nos invadían los comunistas.

El soldado ladeó un poco la cabeza y sonrió, paciente.

—Idris —dijo.

El aludido notó que los latidos del su corazón se tornaban menos rítmicos, más precipitados. Era la primera vez que le escuchaba dirigirse a él por su nombre y la sensación que le provocó fue inquietantemente sugestiva.

—Tengo poco tiempo, déjame ir al grano, por favor —le pidió con amabilidad.

Idris suspiró.

—Está bien —convino e hizo un gesto con la mano animándole a hablar.

—Quería disculparme. Por cómo me comporté cuando nos conocimos en tu casa.

Idris dio una calada con expresión interrogante.

—No tuve en cuenta tus sentimientos. No intenté comprenderte. Me obcequé en verte como el culpable y preferí obviar que en realidad tú eras la persona que...

Idris alzó la mano que sostenía el

cigarrillo solicitando silencio.

—No tienes que disculparte. Yo no te lo puse fácil.

—Pero...

—Además —le interrumpió—. Te mentí.

Kevin frunció levemente el ceño pero no dijo nada.

—Sí sé quién es el tipo —admitió Idris—. Lo reconocí cuando me lo describiste. Se llama Brian Willis, es abogado. Si quieres puedo darte su verdadera dirección. Aunque si vas a verlo ahora es posible que no lo reconozcas. Alguien le partió la cara.

La sorpresa inicial que afloró al rostro del soldado mudó inmediatamente a otra



que denotaba comprensión. Se fijó en la mano con la que Idris sostenía el cigarrillo; en sus nudillos se podía apreciar un rosario de costras y magulladuras.

—¿Alguien? —inquirió, con un deje acusador.

—Un tipo como él tiene muchos enemigos —replicó, indiferente.

—Ya. —Negó con la cabeza—. No, no necesito su dirección. No tengo intención de volver a verle. Él no significa nada, no es nadie.

—Oye...

—Dijiste que habías dejado de tocar el violín, ¿verdad? —le atajó sin miramiento.

Idris, que había estado temiendo ese preciso momento, se tensó visiblemente. La expresión de su rostro se hizo impenetrable. Torció un poco la cabeza y dio silenciosas caladas al cigarrillo, una tras otras, sin apartar los ojos del sereno semblante de Kevin. Le costaba enfrentar el hecho de que había vuelto a tocar. Al pensar en ello, los nervios se le enroscaban en las entrañas y le asaltaba una sensación de vértigo. Se estremecía de placer al convocar el recuerdo de su música vibrando, creciendo, envolviéndolo como una marea viva. Su música, la que solo él podía interpretar, la que hacía tanto, tanto que no escuchaba y que había

llegado a añorar con la desesperación de quien ha perdido lo único importante en su vida. No estaba preparado para hablar de todo eso con Kevin, para contarle que la noche anterior a su visita a la base se había sentado en el suelo del apartamento con el estuche ante sí, que había tardado mucho, mucho tiempo en soltar los cierres y abrir la tapa, y más aún en coger el violín entre sus manos, y que tras afinarlo había sido incapaz de tocar una pieza. Aún no podía explicarle que, solo ante él, su música había regresado. Pero por la actitud decidida y firme del soldado, tenía la sospecha de que iba a resultarle muy difícil eludir el asunto.

—En diciembre habría hecho tres años —soltó de repente y, para su sorpresa, no se sintió tan expuesto como había imaginado.

—¿No interpretabas música desde entonces?

—No.

—Me refiero... ¿Ni una sola vez? —insistió, asombrado.

—Nunca.

—Tanto tiempo sin tocar. Nadie lo habría dicho oyéndote —afirmó, admirado—. Posees un talento... —Sus ojos fueron instintivamente hacia la floristería y regresaron veloces a Idris —. Podrías ser un concertista de gran...

—Lo fui —le cortó. Apuró el

cigarrillo y lo lanzó lejos con el pulgar y el corazón—. No lo volveré a ser.

—¿No volverás a tocar? —En sus palabras había un cierto tono de desilusión que su expresión consternada acentuaba.

—No he dicho eso. Nunca me gustaron los conciertos ni las giras, accedí a formar parte de todo eso para complacer a otros y sentirme aceptado. Infantil, ¿verdad? —Acompañó las últimas palabras con una mueca sarcástica—. Pero todo eso pasó. Mi música es mía. La tocaré cuándo quiera, cómo quiera y para quién me apetezca.

Kevin quiso decir algo, pero a su espalda sonó la voz airada del

conductor del *jeep*:

—¡Miller! ¿Nos vamos o qué?

El soldado lo miró por encima de su hombro con una mueca de contrariedad.

—¿Has visto la hora qué es? —El conductor señaló el reloj de su muñeca—. Nos van a meter un paquete por esto.

—¡Un minuto! —pidió Kevin y volviéndose hacia Idris, dijo—: Lo siento, tengo que irme. Pero antes, quisiera pedirte algo. ¿Podría escribirte?

—¿Cartas? —inquirió con expresión incrédula—. ¿Quieres que nos carteemos? Bromeas, ¿verdad?

Una sombra de decepción cruzó por el rostro del soldado. Sus ojos, hasta el

momento iluminados por un creciente entusiasmo, se enturbiaron, y sus labios adoptaron un rictus avergonzado.

—Perdona, pensé...

—¿Es que nadie te ha hablado de los e-mail? —le interrumpió Idris—. Es instantáneo. Puedes adjuntar archivos: documentos, fotos, hasta música. Algunos proveedores del servicio incluso ofrecen la posibilidad de hablar por *chat*. ¿Sabes lo que es un *chat*?

Kevin esbozó una sonrisa cómplice.

—¿Estas insinuando que soy demasiado viejo para las nuevas tecnologías?

Idris le respondió alzando la comisura de la boca en una mueca maliciosa. Sacó

un bolígrafo del bolsillo del pantalón y tomó la mano derecha del soldado. Le pareció algo áspera pero también cálida, fuerte y firme. Le gustó sostenerla y que Kevin se lo permitiera, y se le ocurrió que estaría bien que un día, esa misma mano le sostuviera a él.

—Este es mi número de móvil. —  
Escribió despacio en la palma de su mano—. Y esta mi dirección de e-mail ¿Sabrás utilizarlo?

—¡Miller! ¡Mueve el culo! —gritó el conductor, agitando los brazos en el aire.

El soldado frunció los labios, molesto.

—Maldita sea. —Le dedicó a Idris una mirada triste—. Lo siento. Tengo



que irme. —Retiró su mano muy lentamente—. Y sé cómo mandar un correo electrónico. Te lo demostraré. —Guardó silencio un instante. Se lamió los labios con un gesto indeciso, como si quisiera hablar pero no encontrase las palabras—. Adiós, Idris Mackie —dijo por fin.

El aludido esperó, con sus ojos en los del soldado. Esperó a que Kevin dijera algo más, a que hiciera algo más. Pero no dijo nada. No hizo nada. Solo le devolvió la mirada con unos ojos inquietos y anhelantes.

—Adiós, soldado Kevin Miller.

Kevin asintió en señal de despedida, se puso la gorra y se dio la vuelta para

dirigirse al *jeep*. Idris lo observó caminar y antes de que llegara junto al conductor apartó la vista y entró en la floristería. No quería verlo marchar. Cerró de un golpe y se quedó inmóvil con la vista en el suelo, asaltado por una desagradable insatisfacción. De repente se sentía irritado, incómodo, decepcionado, y aunque sabía el motivo, le molestaba admitirlo.

¿Qué le pasaba a aquel idiota de Miller? Había venido a verlo, quebrantando, seguramente, un sin fin de normativas militares, arriesgándose a que lo sancionarán, tal vez incluso a que lo arrestasen, ¿y todo para qué? Para limitarse a decir que sentía cómo lo

había tratado, que tenía talento, que quería escribirle cartas, y a continuación marcharse con un «adiós, Idris Mackie» y una inclinación de cabeza. ¿Y ya está? ¿No tenía nada más que explicar, que preguntar? ¿No se le ocurría una forma mejor de decirle adiós?

Alzó los ojos y vio a Sun Hee, aún de pie tras el mostrador; su enorme sonrisa le ensanchaba el rostro y estrechaba sus párpados.

—¿Qué te hace tan feliz? —gruñó.

Sun Hee levantó un juguetón dedo y señaló a su espalda. La puerta se abrió en ese momento. Idris se giró y entonces las manos de Kevin, vehementes y ansiosas, le aferraron el rostro al tiempo

que su boca se apresaba de sus labios. La sorpresa le paralizó. Notó en sus mejillas la aspereza de aquellas grandes manos, su calor templándole la fría piel, y también su dulzura, su timidez. Se sintió arrastrado por la febril pasión de aquel hombre y un anhelo desconocido, una necesidad nueva, insólita, le inundó el alma. Bruscamente despertó de su estupor y se aferró codicioso al cuerpo de Kevin, ciñéndole la cintura, atrayéndolo imperioso contra su pecho. Besó sus labios, exploró su boca, saboreó la tibieza de su saliva. Se hizo dueño de su lengua, la lamió y mordió hasta que percibió los silenciosos jadeos que escapaban de la garganta del

soldado. Este intentó deshacerse de aquella deliciosa trampa, pero Idris se resistió, posesivo, clavando los dedos en su carne, manteniendo su boca como rehén.

—Para, por favor —suplicó Kevin entre beso y beso. Apoyó su frente en la de Idris sin llegar a soltarle el rostro—. Tengo que irme.

A Idris le invadieron unas ganas imperiosas de arrastrarlo hacia el almacén y tumbarlo sobre los sacos de tierra para dar rienda suelta a su voraz deseo. Se sentía tan excitado y ansioso que tal posibilidad no le pareció en absoluto un despropósito, pero supuso que Kevin pondría ciertos reparos.

—Mierda.

—¿Me contarás por qué dejaste la música? —preguntó en un lento susurró; sus labios rozando los de Idris.

Idris vio sus embriagados ojos agazapados tras el velo de las pestañas y se supo irremediabilmente atrapado, preso incondicional de aquella mirada, de aquellas manos, de aquel hombre.

—Sí.

—¿Me contarás por qué has vuelto a tocar?

—Ya lo sabes.

Kevin sonrió. Idris sintió la caricia de aquella sonrisa contra su boca, y algo cálido y consolador se dilató en su pecho.

—¿Tocarás para mí?

—Sí.

El soldado se separó un poco de él, pero Idris le retuvo con firmeza.

—¿Me harás el amor cuando vuelvas?

La sonrisa de Kevin se volvió vergonzosa y su mirada huidiza. Posó un suave beso en los labios de Idris y al hacerlo murmuró:

—Sí.

Kevin le liberó el rostro, acariciándolo al mismo tiempo con las yemas de los dedos, y con más decisión de la que había mostrado hasta el momento, se deshizo de sus brazos. Cuando salió de la tienda su expresión era compungida pero su mirada radiante.

A través de la puerta, Idris lo vio correr hacia el *jeep*, y cuando el vehículo se alejó, mentalmente maldijo al Ejército, al estado de Minnesota y a las inoportunas riadas.

—Y yo que pensé que no era mi tipo —musitó, pellizcándose los mojados labios.

—Idris... —le llamó Sun Hee, alargando las sílabas.

Como si acabaran de golpearle con un mazo, se encogió de hombros. Se había olvidado de la muchacha.

—¿Es tu novio?

Idris compuso su semblante más indiferente y se volvió hacia ella.

—No.



Sun Hee palmoteó igual que una niña frente a una deliciosa tarta.

—Sí lo es —le contradijo—. ¡Idris tiene novio! ¡Idris tiene novio! —canturreó.

—Sun Hee. —Se rascó entre las rastas tratando de disimular su incomodidad—. Si prometes no hacer comentarios sobre lo que has visto, puedes tomarte el día libre.

La muchacha se quedó inmóvil, con los ojos asombrosamente abiertos.

—¿En serio?

—En serio.

—¡Paso! —exclamó, para incredulidad de Idris—. Esto es más divertido —Y comenzó a danzar

alrededor del mostrador cantando a pleno pulmón—: ¡Idris tiene novio! ¡Idris está enamorado!

—No estoy...

Dejó a la mitad su protesta.

«¿Para qué perder el tiempo?», pensó.

Suspiró resignado y una sonrisa mordaz curvo sus labios.

De poco servía ya... negar lo evidente.

FIN

Abril de 2014





# Agradecimientos.

Redactar los agradecimientos para una novela, es justo el momento en el que las escritoras y escritores recapacitamos sobre qué o quién ha hecho posible que lleguemos hasta aquí, hasta esta última página.

Lo primero que a mí se me viene a la mente en esas ocasiones, son las lectoras y lectores que lleváis años, algunas tantos como tiempo llevo compartiendo historias (casi catorce según mis cuentas), siendo mis fieles acompañantes en esta aventura, a veces dulce otras amarga pero siempre irresistible, que es la literatura. Pienso también en quienes aún no me conocen y están a punto de hacerlo. En quién me perdió la pista, pero de cuando en cuando vuelve a releer mis libros; en quien espera pacientemente por una nueva historia o me pregunta por ella

siempre que tiene oportunidad. Pienso en quien prefirió comprar mis libros a piratearlos, quien dejó un comentario aquí o allá y también en quienes dedican su tiempo a reseñar, recomendar, promocionar alguna de mis historias sin esperar nada a cambio más que la satisfacción de haberlo hecho. Pienso en todas estas personas porque sin ellas, no solo este libro, sino todos los que hubo con anterioridad y espero que haya, jamás existirían. Me dais la fuerza para continuar, para seguir teniendo ilusión y por ello, contáis con todo mi cariño y

agradecimiento.

Mil gracias a Nowevolution Editorial por confiar en mí y permitirme formar parte de su proyecto. A Rubén y su equipo de correctores, diseñadores y editores, por la amabilidad, el cariño que me han dispensado y la profesionalidad con la que han convertido mi historia en este hermoso libro.

Porque es lo justo, gracias también al portal Youtube, cuyo inmenso fondo de videos musicales me ha permitido



documentarme para proporcionar a esta historia su necesaria banda sonora.

Y por último y no menos importante, gracias a ti por escoger mi historia y llegar hasta esta última página.

*Nut.*

Twitter: @Nut\_\_

Facebook: nut.chan.3



# Títulos publicados

- **Romántica:**

Ácido Fólico.

Balada de amor  
para un soldado.

Entre acordes.

Juramentos de  
Sangre.

Me enamoré  
mientras dormía.

Me enamoré  
mientras mentías.

Philip Moonfark /  
El diario oscuro.

Rock, amor y  
pepperoni.

Tras los besos  
perdidos.

Tu sonrisa mueve  
mi mundo.

Un amor  
inesperado.

Venus - Antología  
Romántica.

¿Te confieso una  
cosa? Te amo.

¿Sabes una cosa?  
Te quiero.

- **Juvenil:**

Ángeles  
desterrados.

Bajo el paraguas  
azul.

Elecciones / Las  
crónicas de los  
tres colores. - vol.

1/2





Síguenos en:



¡VISÍTANOS!







# Venus

ANTOLOGÍA  
ROMÁNTICA - 2016

ALTEA MORGAN-CANA - MARÍA DRAGHIA - BRIANNA CALLUM  
GLORIA LOSADA - GONZALO GARCÍA - HELENA NIETO  
LAURA MORALES - MARÍA ELENA THERAS - NUT  
MORUENA ESTRINGANA - NARI SPRING-FIELD





# Venus, antología romántica adulta 2016

Estríngana, Moruena

9788416936052

206 Páginas

Once historias que hablan del amor más coqueto, el más pasional, el que llega sin pretenderlo, el amor libre entre dos personas del mismo sexo, el amor que nace entre las ondas de radio, el amor que te arranca una sonrisa. Una

antología fresca y excepcional.

## Resumen

Once escritores les convierten en espectadores de grandes historias de amor que les van a emocionar con cada uno de sus protagonistas.

El relato romántico busca despertar el optimismo en nosotros y mostrar el amor como un sentimiento fuerte, libre, que nos colma, que nos impulsa y motiva. Muchos lo buscan, otros lo pierden, lo desean y hasta lo odian, pero a todos ¡nos hace sentirnos vivos!

Con esta antología hemos querido transmitirles esas sensaciones. El amor surge por encima de cualquier circunstancia, de cualquier creencia, sin distinción de sexos o géneros, entre los sitios más pequeños y cotidianos donde el amor puede encontrarnos con una mirada, con una palabra, con una sonrisa.

Les invitamos a compartir la historia de once parejas, once formas de vivir, once formas de amar, once formas de encontrar un sentimiento: Amor.

Relatos y autores

Jon Snow, la abeja Maya y la faja de  
Beyoncé de Altea Morgan

(Des)vestirse de Leyre de Ana María  
Draghia

Asignatura pendiente de Brianna Callum

Es difícil decir lo siento de M<sup>a</sup> Gloria  
Losada

Sakura de Gonzalo García Echarren

La cita de los jueves de Helena Nieto

El café de Laura de Laura Morales

Preciosa luna de María Elena Tijeras

Lo quiero todo de ti de Moruena

Estríngana

A beautifull lie de Nari Springfield

Si es contigo... de Nut



# La vida desenfocada

Pilar Sarro





# La vida desenfocada

Sarro, Pilar

9788493826659

550 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La metamorfosis de los personajes en el núcleo central de la obra y Pilar Sarro ha conseguido trasportarnos hasta estas vidas, "tan normales" que nos hace partícipes de ellas sin apenas darnos cuenta. Dejamos atrás la era franquista

de nuestro país, para descubrir las nuevas visiones sobre la vida que ya explotaban fuera de nuestras fronteras.

## Sinopsis

Mateo, un joven recién licenciado en psicología, no sabe cómo enfrentarse a su vida de adulto. En tanto encuentra un trabajo a su medida, decide ofrecerse como voluntario en una pequeña asociación de atención al indigente. De

la mano de una coordinadora y otro voluntario, se adentrará en la noche madrileña, ofreciendo café y bocadillos a las personas sin hogar. En ese contexto se produce el encuentro con una mujer madura, Carmen, en la que creará reconocer alguien olvidado. A través de las conversaciones entre estos dos personajes, sabremos del pasado de Carmen, desde su nacimiento en un pueblo perdido de la provincia de Teruel, hasta su llegada a Madrid a ejercer su profesión de actriz teatral. En medio, asistiremos a su vida de

estudiante en la Sorbona de París, sus primeros trabajos en los teatros parisinos, el rechazo de su familia, o sus amores contrariados. Esos relatos ayudarán a Mateo a sobrevivir cuando su tranquila vida se ve interrumpida con la muerte de su padre; y a Carmen a aceptar que la ayuda de los otros no implica perder la dignidad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



MORUENA  
ESTRÍNGANA

¿Sabes  
una cosa?  
Te quiero

*Una historia de amor  
entre fogones*





# ¿Sabes una cosa? Te quiero

Estríngana, Moruena

9788494435782

366 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Vuelve la escritora de novelas románticas más adictiva del 2015, sus historias tienen intrigas, pasión y no vas a dejar de leer cuando hayas comenzado.»

## Sinopsis

Hay que tener cuidado con los sueños, pues cuando llegan, te toca lidiar con ellos y no siempre son como esperabas...

Bryan y Lusy tienen el mismo sueño, ambos desean ser chef y es por eso que ambos tratan de entrar en un concurso televisivo para lograr su meta.

La mala suerte del destino hace que Bryan pase y Lusy se quede a las puertas del sueño.

Las vidas de ambos van por caminos

separados. Bryan se hace un cocinero famoso que vive por y para su trabajo. Lusy ha dejado de lado su sueño por falta de dinero, pues costearse buenos cursos no es tan fácil y menos cuando tus padres no te apoyan y piensan que ser chef no es tan bonito como parece. Pero lo que ambos no esperaban era que la vida los juntara de nuevo, que sus caminos una vez más tuvieran un punto de unión. Donde uno está quemado por la vida que lleva y ya no se reconoce a sí mismo, otra tiene toda la ilusión por la vida que espera llevar un día.

Dos almas unidas por la pasión a la cocina y por ese deseo que les quema la piel cada vez que están juntas.

Un amor que nacerá a fuego lento y una pasión que arderá entre fogones.

Receta en vídeo de la autora, galletas y mucho amor ---> <https://youtu.be/3MB-uY33ago>

[Cómpralo y empieza a leer](#)





# TRES PROFECÍAS

ÍROAS, HIJOS DE LOS DIOSES

Jordi Nogués



# Tres profecías

Nogués Aymerich, Jordi

9788493989514

540 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tres profecías, primer volumen de una saga de dos números: Íroas, hijos de los Dioses. La segunda entrega llamada Éter finaliza la saga. La combinación de la Historia más documentada, con las costumbres de la antigua Grecia, los



juegos olímpicos como nunca te lo han contado desde el punto de vista de los atletas, la colonización griega y unido a la guerra de los dioses mitológicos.

Las profecías

Primera Profecía:

Un hombre tocado por los dioses helenos será vuestro enemigo; la naturaleza estará con él. La Atlántida caerá

Amón- Ra, Oasis de Siwa

Segunda Profecía:

Una mujer será su gran amor; su pérdida

le transformará en un demonio, un asesino, un violador de mujeres.

Adivina de Mégara.

Tercera Profecía.

Zeus y Hera le vigilan. Sufrirá una metamorfosis cual mariposa.

Apolo, Oráculo de Delfos.

La saga, básicamente, narra la caída de la Atlántida, el famoso continente que Platón describió en la Grecia Clásica, 2.500 años atrás.

El argumento está situado en la Grecia

Arcaica del siglo VIII a.C. Allá un joven ateniense es elegido por los Dioses Olímpicos como Íroas (Héroe) para luchar contra la amenaza atlante; recibe los poderes de la Diosa Althea, que se presenta a él en forma de loba cavernaria. El protagonista participa en los Juegos Olímpicos y en la colonización por todo el Mediterráneo. Estos dos hechos lo marcarán para toda la vida: se hace hombre, conoce a la mujer de su vida y se convierte en el personaje que Zeus y Hera (las máximas divinidades olímpicas). Como hombre

sufre las vicisitudes derivadas de su condición: amor, amistad, pérdida, desesperación, resignación, lucha. Como Íroas disfruta del poder de los Dioses y de sus beneficios.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



I S S A  
noibunaga



**Carlos Almira**



# Issa Nobunaga

Almira Picazo, Carlos

9788493719920

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Issa Nobunaga encontrará la historia de dos hermanos, el poeta que busca al mundo en su propio interior (su belleza, su sensibilidad) y el guerrero que se busca a sí mismo en el mundo, conquistándolo. En el fondo son dos



caminos y son uno, como diría

Heráclito: el mismo camino para subir y para bajar

No se trata de una novela de historia antigua japonesa, si no de las pasiones humanas, de los cambios que tiene el ser humano y la búsqueda de quiénes somos.

Sinopsis:

Japón: termina el siglo XVI; el país se deshace en guerras interminables entre los poderosos señores feudales; el poder del Emperador ha decaído hasta

volverse meramente simbólico; los daimios provinciales ya no obedecen a ningún gobierno ni a la Corte Imperial; los primeros viajeros portugueses introducen el país entre sus mercancías, las armas de fuego y el cristianismo.

Uno de estos daimios, el señor Nobunaga, tiene dos hijos: Issa y Oda. Issa Nobunaga, el primogénito, carece de ambiciones y de aptitudes para heredar el señorío, enzarzado en guerras con sus vecinos, y se inclina por la poesía y la vida vagabunda; por el

contrario su hermano, Oda Nobunaga, posee un excepcional talento político y militar, pero su nobleza le impide conspirar contra Issa para suplantarlo ante su padre; no tendrá que hacerlo porque, antes de la muerte de éste último, Issa Nobunaga desaparece dejándole toda la herencia.

Desde ese momento toda la actividad de Oda Nobunaga se dirige a encontrar a su hermano perdido, y a someter a los feudos, vecinos y lejanos, y unificar el país bajo la autoridad del Emperador (que vive en una cabaña en los arrabales

de Kioto). Para ello no dudará en aprovechar las armas de fuego y las técnicas militares introducidas por los portugueses. Sin saberlo, irá poniendo uno a uno, los peldaños de su trágico final.

Sus primeras páginas:

<http://es.scribd.com/doc/45135711/Nowa-BookIssa->

[Cómpralo y empieza a leer](#)